CONFERENCIAS

DEL P. FELIX, DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

EN

LA CATEDRAL DE PARIS.

AÑO IV.

CONFERENCIA PRIMERA.

SEÑORES:

La herida mas ancha y profunda que nuestros vicios y errores han causado al cuerpo social, es sin duda alguna la disolucion de que entre nosotros está amenazada la familia. Con sus doctrinas, con sus costumbres, con todos los torrentes que en su furia le arrastran, ha conmovido nuestro siglo todas las piedras de aquel necesario cimiento de la humana sociedad. Sí: para todo observador atento de los infortunios que nos amenazan, uno de los mas alarmantes síntomas de la edad presente, es el de la familia, tan llagada hoy por la incoherencia de sus elementos, por su anarquía, por sus depravaciones morales, por su oprobiosa esterilidad. Sin ser yo pesimista, me es imposible dejar de ver con claridad, y decíroslo sin rebozo, que si la civilizacion hubiese de huir de nuestro seno, lo haria por las brechas abiertas en este sagrado baluarte de las sociedades humanas

Por eso, despues de haberos mostrado en Jesucristo al restaurador del órden moral y del órden social, os mostré, el año último en el mismo Jesucristo al restaurador de la familia, punto de apoyo natural para el uno y el otro Así como la familia es principio, modelo y nervio de la humana sociedad, del propio modo Jesucristo ha constituido en su misma persona el principio, modelo y nervio de la familia cristiana pues la penetra con su vida, la modela á imágen suya, y la preserva de toda causa de disolucion, cubriéndola con el escudo de su amor divino Jesucristo es quien ha fundado la unidad y la perpetuidad de la familia sobre el austero dogma del vínculo conyugal indisoluble, pues al mismo tiempo que con la union perpetua del hombre y mujer erige un centro sólido á la familia, juntando luego en su propio corazon á estos dos seres, les atribuye un encargo respectivo que mantiene en ese centro la armonía y la fecundidad potestad y autoridad son los atributos del uno, amor y abnegacion los del otro.

Despues de haberos mostrado separadamente las especiales prerogativas de cada uno de estos dos ministerios, el del padre y el de la madre, restábame mostraros el ejercicio simultáneo de entrambos. Porque al

bien cada cual de ellas ejerce en la familia un cargo privativo, la Providencia les ha encomendado otro comun á los dos, en el cual se mezclan y funden la autoridad, atributo del padre, y el amor, atributo de la madre, para producir juntos la grande obra de la familia: hablo de la educacion del hijo, del hijo, tercera persona de esta trinidad humana, que procede del padre y de la madre para completar la sociedad doméstica y realizar su fin propio.

Este ministerio *de educar*, privativo y comun, á un mismo tiempo, del padre y de la madre, va á ser el tema de mis discursos: tema tan naturalmente ligado, como complemento, á lo que ya os hablé el pasado año sobre la familia; tema que, á pesar de su vulgaridad aparente, conserva entre los hombres, por las delicadas fibras que hiere y los intereses á que afecta, una popularidad tan perseverante, que nada haremos de mas en consagrarle todas las Conferencias del presente año.

La índole de esta disertacion, y, si me es lícito decirlo, la elevacion de esta cátedra, nos mandan esquivar cuestiones de órden inferior acerca de las cuales varía la opinion de los hombres, y son libres para todo cristiano. Tampoco puede ser mi ánimo erigirme aquí en defensor exclusivo de tal ó cual método de enseñanza, ni de tal ó cual clase de maestros. En todo método y para todo maestro, hay, por cima de las cuestiones secundarias, principios generales de educacion que nadie puede olvidar sin ofender á la vida del niño y falsear la formacion del hombre. En este gran límite me propongo yo encerrarme, y á poner de relieve estos datos esenciales, á veces olvidados en demasía, reduciré ahora mi apostolado. En esta region serena, bien pueden adunarse con amor todos los ánimos rectos y todos los corazones nobles para lograr la doble y generosa ambicion de educar á la humanidad educando á la infancia, y de dar gloria á Dios favoreciendo el progreso de la humanidad. En esta region me propongo elevarme á su mas serena cima, y recorrer imparcialmente el ancho campo donde la inteligencia, libre de pasiones, encuentra, y comunica benéfica á los demas, el provecho de luces desinteresadas.

Aquí os oigo preguntarme, señores, porqué, con motivo de la cuestion sobre el progreso, trato ahora de la educacion, y os mueve curiosidad de saber qué género de vínculo liga este asunto particular con el tema general de *El Progreso por medio del Cristianismo*. Voy á responder inmediatamente, comenzando por mostraros cómo el progreso se liga con la educacion, y cómo la educacion se liga con el Cristianismo.

I.

La palabra *educar* contiene ella sola una fórmula completa del íntimo enlace que existe entre el progreso y la educacion. Educar una vida humana, es realizar el progreso de un hombre, educar al género humano es realizar el progreso de la humanidad. El progreso es la educacion de la humanidad, y la educacion es el progreso del hombre. Pero si se ha de percibir mejor el estrecho vínculo que liga estas dos cosas, al parecer tan diversas, conviene formar antes una idea exacta de la educacion, y descubrir el oculto resorte general que vivifica y perfecciona á todo ser humano.

Hay ciertos *pensadores*, mejor dijera *soñadores*, que para esplicar el progreso y la educacion de la humanidad, han inventado cierto secreto muy curioso, y mas que curioso, comodísimo. La humanidad, dicen, se educa en virtud de cierta energía propia, á la que ingeniosamente llaman

fuerza progresiva. Muy bien, pero ¿y en qué consiste esta fuerza? ¿qué cosa es este poder misterioso? A esto os responde el genio de los tales novadores, que es un misterio como otros muchos de la naturaleza que misterio es la fuerza de atraccion, misterios el magnetismo y la electricidad, misterios la vejetacion y la generacion, etc., etc. Perfectamente. Y en virtud de este misterio, por obra de esta fuerza, cuya existencia se supone, pero no se demuestra, nos hallamos con que la humanidad, zarandeada de abajo arriba y de adentro afuera, se va elevando á su último fin y estendiéndose en su círculo propio, á manera, poco mas ó ménos, que la vida de una planta se eleva hácia el sol é inunda su esfera propia! ¡Y esta hipótesis tanto mas inesplicable cuanto precisamente ha sido inventada para esplicarlo todo, es la palabra sacramental de la ciencia de la naturaleza y de la ciencia del hombre, es el secreto semi cabalístico del progreso en general, y de la educacion en particular!

Segun esta teoría, harto mas trivial que ingeniosa por cierto, nos hallamos con que el hombre no es mas que el término último de una série gerárquica de entidades que empujadas por la consabida *fuerza progresiva*, suben y suben desde la última grada hasta la mas alta cima de toda la creacion. En virtud de este movimiento general ascensivo, que es el movimiento necesario de los seres, nos hallamos que el mineral sube á vejetal, el vejetal se eleva luego á animal, y por último, el animal se trasforma tambien y se perfecciona, hasta convertirse en humanidad. Y esta humanidad, donde se termina la série de seres inferiores que sube por esa escala, mas misteriosa, aunque tan diversamente, que la de Jacob, esa humanidad, que en sí propia concentra y compendia toda la fuerza progresiva, acaba por elevarse tambien, con inevitable movimiento ascendente, al ideal de un último fin... ¡indefinido!

Esta potencia de trasformacion necesaria y de ascension fatal, no falta quien la suponga rigiendo la vida y el ser hasta de todas las esferas del mundo sideral, y aquí las profecías que hemos visto sobre los perfeccionamientos del sol y los progresos de la luna, y aun creo que hay quien nos ha anunciado hallarse muy adelantada la educacion de las estrellas.

Dejemos en paz á estos componedores de mundos pasearse con sus utopías por la region de los soles. Quedémonos nosotros en nuestro humilde planeta, pues, por ahora, no tratamos sino del hombre y de la formacion de su vida. Aun dado que aquella novela filosófica y astronómica esplicase juntamente el progreso de los mundos y de la educacion de todos los demas seres, no por eso serviria para esplicar el progreso del hombre ni la formacion de su vida, porque es ley suprema de toda educacion el realizarse conforme á la naturaleza de los séres y á la armonía de sus respectivas facultades, y en este particular vemos al hombre separado por una profunda valla del resto de la creacion, y hallamos una ley que le es propia determinando el progreso de su vida. Pero aun supuesto que realmente existiese una fuerza misteriosa que por medio de una trasformacion continua fuese elevando fatalmente á todos los séres de la creacion, no por esto poseeríamos el secreto de la educacion del hombre, del hombre, sér inteligente, libre, y que como tal, por la misma ley de su naturaleza, no se desarrolla sino por medio de la inteligencia y de la libertad. Someter sus progresos al impulso de una fuerza ciega y fatal, es tanto como pedirle el perfeccionamiento de su vida, contrariando su naturaleza propia. Y no solo es el hombre un sér inteligente y libre, sino tambien social, ó por mejor decir, nacido para vivir en sociedad, cabalmente porque es inteligente y libre. Sociable y comunicativo por natu-

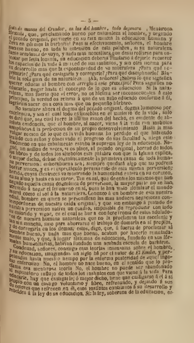
raleza, necesariamente la ley de su progreso estriba en la accion combinada de su libertad propia, y de la sociedad para la cual ha sido hecho. Juzgad, por esta sola consideracion, qué deba pensarse de una hipótesis segun la cual el desarrollo del hombre está regido por la misma fuerza que se supone regir soberanamante al de todos los séres inferiores á él

Cierto que los demas séres, cuando se hallan colocados en las condiciones ordinarias de su naturaleza propia, se desarrollan por sí mismos y en virtud de una evolucion, que podemos llamar fatal, siguiendo la ley que irresistiblemente los pone en la esfera propia de su actividad y determina la plenitud de su existencia el mineral, por ejemplo, sigue la ley de su atraccion, el vejetal busca su sávia, el animal obedece á su instinto, y esto les basta para lograr su equilibrio, su crecimiento, la perfeccion que les es respectivamente propia Así tambien el cristal halla la perfeccion de su forma en la accion combinada de los elementos que le consituyen y de las fuerzas que le rigen. Así la palmera que brota en el desierto es fecundada por el aire libre que lleva en sus alas el gérmen primitivo, y despliaga su follaje al calor del sol. Así el potro que, vagabundo y libre, salta en la pradera sin que le toque mano alguna logra ver desarrolladas sus fuerzas con toda armonía, y alcanza sin otro auxilio el complemento de su natural hermosura: cuando se le quiere formar, ó educarle, como impropiamente se dice, no es con el fin de darle el perfeccionamiento de su sér, sino con el de sujetarle mejor al dominio del hombre y hacerlo mas dócil á la voluntad de este su rey. Tenemos, pues, que sin auxilio de educacion alguna, y únicamente en virtud de la propia ley que los rige, el mineral es mineral, el vejetal, vejetal, y el animal, animal, completos todos segun sus especies, y perfectos segun sus géneros respectivos.

Mas no así el hombre, quien, para alcanzar su complemento propio, es decir, para ser verdaderamente hombre, hombre perfecto, ha menester que se le eduque, necesita de una accion combinada, propia y agena, interior y esterior, que le complete y, por decirlo así, le remate accion que, libremente ejercida y libremente aceptada, es condicion necesaria del normal desarrollo de su vida Ser inteligente y libre, inteligente para descubrir el ideal de su perfeccion, libre para ver de alcanzarlo, y comunicativo y social al mismo tiempo, es forzoso que reciba su progreso de la sociedad y de sí mismo; es forzoso que otro ser, como él libre tambien é inteligente, le asista para llevarle por el camino de su ideal y al término de su perfeccion El padre y la madre, ó en su defecto el maestro y el ayo, continuamente asistiendo al niño, vigilando y favoreciendo el progreso y ejercicio espontáneo de sus facultades, le ayudarán á emplearlas de modo que á su tiempo logren haber formado á un hombre; no á un hombre aislado, sino social, no á un hombre inmóvil, reducido á límites fatales, sino á un hombre libre, codicioso de una grandeza que no conoce límites; hombre perfecto, hombre completo.

Pero no se termina en esto cuanto hay que decir sobre la educacion y el progreso de la humanidad No solamente el hombre nace para la libertad y la sociedad, sujeto, por consiguiente, á la ley de su progreso libre y social, sino que ademas nace depravado, y sujeto tambien por consiguiente, á la ley de un desenvolvimiento doloroso y de una educacion militante.

En un libro escrito cabalmente con pretension de revelar el misterio de la educacion del hombre, ha dicho un autor famoso: *Todo sale per-*



fecta de manos del Criador, en las del hombre, todo degenera. ¡Mentirosa fórmula, que, proclamando bueno por naturaleza al hombre, y negando el pecado original, pervierte en su raiz misma la educacion humana y lleva en gérmen la barbarie! Pues si efectivamente, señores, el hombre naciese bueno, en toda la estension de esta palabra, si su naturaleza fuese armónica de suyo, y nada mas necesitara que desarrollarse para ostentar perfecta lozanía, su educacion deberia limitarse á dejarle recorrer los espacios de la vida á merced de sus instintos, y sin otra norma para su desarrollo mas que la espontaneidad de su naturaleza. ¿Para qué reprimirle? ¿Para qué castigarle y corregirle? ¿Para qué disciplinarle? Bástale la sola guia de su naturaleza. ¡Ah, señores! ¿Sabeis lo que significa querer educar al hombre con arreglo á este principio? Pues significa no educarle, negar hasta el concepto de lo que es educacion. Si la naturaleza, mas fuerte que el error, no os hiciera ser inconsecuentes á este principio, la verdad os retaria á que de un niño educado conforme á él, lográrais sacar otra cosa mas que un pequeño bárbaro.

No asentaré ahora el dogma del pecado original, dogma luminoso por escelencia, y sin el cual todo es tinieblas en el misterio de la vida, solo os diré que, sea cual fuere la última razon del hecho, es evidente de absoluta evidencia, que el hombre, al nacer, viene á la vida con instintos antipáticos á la perfeccion de su propio desenvolvimiento. Hasta la mas vulgar nocion de lo que es la vida humana ha perdido el que habiendo tratado con niños y observado el progreso de sus facultades, niega este fenómeno en que cabalmente estriba la suprema ley de la educacion. Negad, un millon de veces, si os place, el pecado original, borrad de todos los libros y de todos los símbolos esta palabra con que la Iglesia esplica, ó mejor dicho, define dogmáticamente la primitiva causa de toda humana perversion; enhorabuena sea; siempre quedará algo que no podreis borrar nunca, y es el espectáculo permanente de esta misma perversion; herida, cuyas cicatrices va mostrando la humanidad entera en su corazon, en su alma y hasta en su carne. Tan es así, que de entre los mismos que han negado aquella causa dogmática de perversion, la mayor parte no se han atrevido á negar el fenómeno en sí, pues le han visto dominar el mundo moral como el sol á la naturaleza. Conozco á un hombre de esta nuestra edad, hombre en quien se personifican las mas audaces negaciones contemporáneas de nuestra caida original, y que sin embargo á pintado de nuestra perversion nativa un cuadro, imposible de reproducir con todo su colorido y vigor, en el cual se burla con acre ironía de estos aduladores de nuestra humana naturaleza que no la proclaman tan escelente y tan sin mancha, sino para ahorrarse el trabajo de domarla en sí propios, y de corregirla en los demas; estos, digo, que, á fuerza de proclamar al hombre bueno, y nada mas que bueno, acaban por hacerle rematadamente malo, y que, á lograr sistemas de educacion, fundado en sus fórmulas humanitarias, habrian fundado una acabada escuela de barbárie.

Condenad, señores, conmigo esas teorías insensatas sobre el hombre, y su educacion, imaginadas un siglo há por el autor de *El Emilio*, y perpetuadas hasta nuestro tiempo por la enferma posteridad de aquel ingenio enfermizo. No, el hombre no nace bueno, en el sentido que lo proclama esa mentirosa teoría. No, el hombre no puede ser abandonado al espontáneo influjo de todos los instintos con que viene á la vida. Para educarle, hay que castigarle; ó mejor dicho, tiene que castigarse á el á sí propio con un castigo voluntario y libre, refrenando, y dejando á sus directores que refrenen en él, esos instintos contrarios á su desarrollo y rebeldes á la ley de su educacion. Sí: la ley, soberana de la educacion, es-

combatir sin tregua, en nosotros y contra nosotros mismos, la fuerza retrógrada que, con la Iglesia, llamamos *concupiscencia*, universal obstáculo al progreso de la humanidad, y singular barrera á la educacion del hombre. Solo así puede educarse al niño y convertírsele en hombre, porque sólo con esta reaccion inteligente y libre, noble y viril, contra sus instintos, puede dársele vigor, grandeza y dignidad; sólo así se le hace hombre, en el recto sentido de esta palabra, es decir, hombre de progreso y de civilizacion, porque solo así se le revista de verdadero valor humano.

Y aquí teneis, señores, cómo en la raiz misma de nuestra investigacion, hemos ya encontrado el íntimo enlace de la educacion del hombre con el progreso de la humanidad, y el vínculo que liga la especial materia que tratamos hoy, con el tema general de las anteriores conferencias.

Al comenzar esta predicacion sobre *el Progreso por medio del Cristianismo*, recordareis acaso, señores, haberme oido asentar como necesario axioma el de que, aun en el órden puramente natural, el progreso verdadero de la humanidad se proporciona indispensablemente al valor real de los individuos: quien dice progreso, dice hombre que se perfecciona, hombre que se adiciona, por decirlo así, no solo con todo lo que esteriormente le añaden sus conquistas sobre la materia, sino mucho mas con todo lo que interiormente gana perfeccionando su propio ser. El progreso humano, en una palabra, es la multiplicacion del valor del hombre. Y si por algo el Cristianismo ha fundado y mantiene el progreso de la humanidad, es cabalmente por la accion íntima, cuyo misterio os voy descubriendo poco á poco, que la Religion de Jesucristo ejerce en el acrecentamiento del valor humano. Cuando sin miedo ni rebozo os anuncié por primera vez esta idea tan sencilla y tan elemental, vosotros en demasía pagados á la sazon de vuestros progresos materiales, me oísteis como con estrañeza, mas hoy ya, me parece que en ese vasto monton de cabezas que veo apiñadas ante mí, no hay una sola que se niegue á inclinarse rendida al peso de la verdad, y no diga conmigo:—«Es cierto: el verdadero progreso consiste en el engrandecimiento del hombre, en el acrecentamiento del valor humano.»

Pues bien, señores, lo que principalmente constituye el valor del hombre, es la educacion que recibe cuando niño. El hombre, como tal, no vale precisamente por el solo hecho de estar dotado de facultades y potencias nativas, sino por el grado y armonía con que las desarrolle, y salvo raras escepciones, bien puede afirmarse que la educacion es medida de la grandeza humana. Bufon ha dicho: *el estilo es el hombre*; á la que es igual, una espresion, una manifestacion del hombre. Pues la educacion es mas que espresion del hombre, es el hombre mismo, el hombre con su valor, y con su fisonomía, espresion de su valor; el hombre con su sello característico, irradiado en su fisonomía. Haga el hombre lo que quiera, no podrá nunca ocultar la marca auténtica de la educacion que haya recibido, la lleva impresa en el rostro, y basta verle para decir de él.—«Ese es un hombre bien educado» «esotro es un hombre mal educado.»—sin que haya nadie que desconozca lo respectivamente honroso y deshonroso de cada una de estas frases. Y si la educacion pone su sello y reflejo visible en la frente del hombre, es porque en su alma imprime un carácter que se mantiene y perpetua con ella, siguiéndole en todas las jornadas de su peregrinacion por el camino de la vida y que sobreviviendo en cierto modo á sí propia, le va distinguiendo por do quiera con un signo glorioso, pregonando su valor y dándole puesto en la gerarquía del progreso y de la civilizacion.

Notad, en efecto, señores, que la educacion no distingue al hombre de los demas seres creados, solo porque él sea el único que se *eduque* verdaderamente, sino que distingue sobre todo á los hombres entre sí, y considerada en el conjunto de la humanidad, marca en cada hombre su respectivo nivel y diversos grados de civilizacion.

¡Civilizacion! palabra célebre y sonora, que yo tomo aquí, no en el pueril sentido de los que solo miran la corteza del hombre, sino en el de los que miran á su fondo, y mas aun en el sentido elevado que le da el cristianismo. No lo olvideis nunca, señores la civilizacion es cosa harto mas grande que los caminos de hierro, y los telégrafos eléctricos, y los cañones rayados, y los buques de vapor, y los milagros, mas ó menos babilónicos, de la industria moderna Se puede muy bien tener todo esto y vivir en la barbarie, porque todo esto es cosa que solo al cuerpo afecta inmediatamente, mientras que la verdadera civilizacion es asunto inmediato de las almas

¡Civilizacion! ¡Palabra sencilla, elementarísima para toda sociedad que no haya perdido la nocion de Jesucristo, es decir la plenitud del sentido comun de la humanidad, trasfigurado en la luz de Dios! ¡Palabra que no tendria yo hoy que definir si la mentira y el sofisma no estuvieran sembrados en los espíritus, como el polvo en la atmósfera que respiramos! ¡Civilizacion! es decir, cultura de los corazones, elevacion de las almas, vida modelada por las fases superiores que miran al cielo y buscan lo infinito, accion recíproca de las inteligencias en las inteligencias, de los corazones en los corazones, de las almas en las almas, ilustrándose, depurándose, engrandeciendose mútuamente por su misma comunicacion, y dando por resultado general é inmediato de este comercio de los espíritus, el acrecentamiento y la elevacion del *sentido moral*, del sentido moral, digo, criterio verdadero de la perfeccion social, termómetro de las verdaderas civilizaciones Notad bien este punto

Cuando quiera que las sociedades vean consumarse grandes atentados y ostentarse grandes crímenes sin que las almas sean consternadas con una consternacion desinteresada y profunda, cuando quiera que el espectáculo de las grandes virtudes y de los sacrificios sublimes no alcanza ni aun á llamar la atencion de los ánimos ni á conmover los corazones, entonces, creedme, señores, señal es infalible de que el nivel de la civilizacion está muy bajo en esas sociedades, sea cual fuere su esplendor material, en la disminucion de su sentido moral, llevan impresa la marca de su decadencia.

Por el contrario, cuando las almas se sienten heridas por todo golpe asestado contra el derecho y la santidad; cuando la vista del bien oprimido suscita contra el mal triunfante nobles iras y santas indignaciones, cuando los corazones generosamente agitados al aspecto de cualquier grandeza moral, responden con ecos simpáticos á todo lo que es puro, á todo lo que es santo, á todo lo que es bello con hermosura inmaculada, cuando se percibe el concierto de los espíritus vibrando al unísono de la justicia y de la verdad inundando con aplauso unánime y con espontáneas aclamaciones grandes causas heróicamente defendidas é ilustres infortunios *noblemente sobrellevados*, cuando en todos los grados de la gerarquía social, se llena el fondo de las almas con una voz resonante y mas poderosa que la voz de todos los intereses egoistas y de todos los triunfos de la fuerza, cuando, por decirlo de una vez, el sentido moral de los pueblos es delicado, profundo, elevado, ¡oh! entonces ya podeis decir que allí la civilizacion es grande, porque el nivel

de las almas es alto, y la misma fuerza civilizadora tiende á enaltecerlo y sublimarlo cada dia mas y mas.

¡Esto es civilizacion! . Ahora ya, señores, comprendereis por qué, no siendo la civilizacion sino el progreso mismo, se halla ligada con la educacion intimamente, pues en efecto sale de ella como de su raiz la planta, como la flor de su tallo, la civilizacion es producto natural y efecto inmediato de la educacion, hasta el punto de confundirse, digámosla así, con ella, pues al fin y al cabo la educacion tiene por objeto cultivar las almas, formar al hombre elevando sus mejores instintos, en una palabra, engrandeciendo el sentido moral de las generaciones nacientes. Y esta misma semejanza, ó mas bien, identidad que á la luz del comun sentido veis en el fondo de lo que vamos tratando, os esplica cuánto importaba dejar aquí bien consignado que la educacion es la medida del verdadero progreso de los pueblos, como quiera que es la que en ellos marca, juntamente con los grados del valor de sus individuos, el nivel de su civilizacion respectiva, distinguiendo al bárbaro del salvaje, al civilizado del bárbaro, y á los civilizados entre sí. Un hombre civilizado es un hombre bien educado, y el mas civilizado es el mejor educado. Un bárbaro es un hombre mal educado y por último, salvaje es el no educado de manera alguna, el hombre perpetuamente niño, con el candor infantil de menos, y la grosería de mas. Decir podemos, pues, que aun en plena civilizacion, el hombre de instintos buenos no desarrollados, y de instintos malos no reprimidos durante su infancia, ó lo que es igual, el hombre mal educado, siquiera sea el mas señalado por su ingenio, el mas ilustre por su cuna, el mas elevado por su riqueza, tiene mucho, cuando no lo tenga todo, de bárbaro y de salvaje.

Ahí le veis, en el seno de nuestras ciudades tan cultas, tan letradas, tan sábias, miradle bien: con sus ideas, con sus costumbres y con sus procederes, ese hombre no es mas que un vivo insulto á la civilizacion. Todos los perversos instintos que con nosotros nacen y crecen, se han quedado en su alma, faltos de toda represion, y vírgenes de toda especie de disciplina, ninguna mano le ha domeñado, ni él se ha domeñado á sí propio, no ha conocido ni el noble freno del amor, ni el mas noble todavía de su libertad, y triunfa en él la energía del mal, con represion absoluta de toda libre espansion del bien: no ha sido educado, su educacion no ha consistido sino en aplicarse á sí propio la fórmula salvaje: *dejad obrar a la naturaleza*. Este hombre no es un hombre civilizado, reluce, sí, la civilizacion material en su ropaje, en el ajuar de su casa, en sus espléndidos festines, pero su alma, su corazon están por civilizar: civilizado, culto al mirarle por de fuera, no ha lais en él sino á un salvaje cuando le mirais por dentro.

No dudo yo de que este pseudo civilizado, literato, elegante, opulento, perfumado, sea delicia de los estrados mas suntuosos, pero os digo que es egoista, insensible, duro, sin amor, y que segun el viento que pase sobre su cabeza ó penetre en su corazon, habeis de verle alguna vez feroz y cruel: si para saciar sus instintos de salvaje necesita matar hombres, los matará, beberá su sangre, devorará sus entrañas, y vereis entonces á ese hijo de la civilizacion ser asombro del bárbaro.

Pero en lugar de este hombre, dadme un pueblo, un pueblo entero de hombres cuyos instintos depravados no han sido reprimidos durante su infancia, ¡gran Dios! ¡qué pueblo! pueblo con ciencia y sin fe, con inteligencia y sin principios, pueblo que sabe odiar, no amar, rebelarse, no obedecer; menospreciar, no respetar, pueblo impío, no religioso, que profesa la blasfemia, y ageno á toda castidad, jamás adora sino al de

lete, su único Dios, pueblo de pasiones jamás refrenadas, de fuerza que nunca supo vencerse; capaz del crímen, no del arrepentimiento, sabe enriquecerse, pero sacrificarse no, pueblo todo él estúpido, doloroso, perjuro, hipócrita, pueblo sin fe, sin amor, sin generosidad, sin virtud, sin religion, sin Dios en suma, pueblo mal educado.

Aquí teneis, señores, lo que es la humanidad bárbara, la humanidad sin cultura moral, desposeida de la civilizacion y sin reconocer mas potestad que el brutal imperio de la fuerza ¿Quereis ver en ese pueblo reproducirse escenas de caníbales, espectáculos de barbarie? Pues con poco basta, con una rueda que desengrane, una máquina que se rompa, un trono que se derrumbe, una autoridad que caiga y al caer rompa los frenos de la fuerza que retenia cautivos en el corazon de aquellos civilizados todos sus instintos de barbarie. Entonces vereis en plena civilizacion, y multiplicándose con rapidez espantosa, brotar toda aquella generacion salvaje de séres impuros, malignos, audaces, malvados y obtener repentinamente de la flaqueza de los hombres ó de sus propios crímenes la potestad de hacer temblar á toda una nacion, subyugándola al despotismo del terror. En esas horas es cuando, en medio de la civilizacion, se ostenta la barbarie; cuando se levanta fiera, desgreñada, sangrienta, ardicado de furor el rostro, de ódio el corazon, y puñal en mano, para hacer lo que todos los bárbaros vencedores, para asolar, matar, degollar y destruir por el goce de destruir. Entonces es cuando sobre las ruinas de las instituciones mas santas y veneradas, escribe lo que para perder á las naciones y apresurar su decadencia, pueden los hombres mal educados, entonces es cuando el estrépito de todas las grandes cosas que se derrumban y la perdicion de todas las almas que sucumben, proclaman, mejor que este discurso, que el verdadero progreso de la humanidad, consiste en la educacion de la infancia.

Mostremos ahora el enlace de la educacion con el cristianismo.

II

La educacion, si ha de ser progresiva, tiene que ser verdaderamente religiosa y cristiana. Hablando el conde de Maistre á una santa y noble madre del amable hijo por ella educado, le decia:—«Si tan profundas raíces habia echado en él la virtud, si tan invulnerable le halló siempre el vicio, contra el cual se presentó en sociedad armado de todas armas, agradecedlo, señora, al denuedo con que supisteis contrariar las falsas ideas de vuestro siglo, dando á vuestros hijos una educacion *eminentemente religiosa*. Los modernos charlatanes que han infamado el nombre de filósofos, entienden este asunto de muy diversa manera, y han hecho todo lo posible por separar la moral de la Religion, recomendándonos especialísimamente que no fiemos al sacerdote los primeros años de nuestra vida. Tal hay entre ellos que nos ha sostenido con gran descaro que á los niños no se les debia hablar de Dios, paradoja, por cierto que confina demasiado con la demencia para no excitar mi sirva lástima!»

Tenemos hoy dia filósofos que allá se van en sabiduria con los del siglo pasado. Precisamente parece que nada temen tanto en la educacion como el influjo religioso, sin el cual ni aun se concibe cómo puede educarse á un hombre: tambien estos modernos filósofos nos recomiendan que no entreguemos en manos de sacerdote al niño, sin duda porque para el niño es el sacerdote personificacion principal de la Religion, cuyo influjo parece que tanto les estorba.

Que la educacion del hombre debe, ante todo, ser eminentemente

religiosa, es principio que óbviamente resulta de dos verdades incuestionables de suyo, porque su sola enunciacion entraña la evidencia. *No hay educacion sin moral, no hay moral sin Religion.* De manera que, ó no hay educacion, ó tiene que ser religiosa. Esta es una verdad tan perpétuamente grabada en el instinto del pueblo, que no ha menester ulteriores demostraciones, mucho menos ante el distinguido auditorio que me escucha, por lo cual pasaremos desde luego á buscar en el fondo íntimo de la educacion misma una esplicacion mas radical de verdad tan evidente.

La educacion, como ya su propio nombre lo dice, es un desenvolvimiento, una espansion, desenvolvimiento de los mas nobles instintos, espansion de las mas legítimas necesidades de la vida. Educar á un niño no es otra cosa sino descubrir, con la penetrante mirada del amor, lo que en su alma haya mas legítimo y noble, mas profundo y sublime, para dar á todo ello, por la comunicacion de la palabra, del alma y del corazon, una espansion armoniosa y un desarrollo fecundo. Pues bien, la necesidad mas legítima y profunda que al nacer, trae consigo el alma del hombre, es Dios, así como su instinto mas delicado, sublime y divino, es el instinto religioso, el instinto religioso, diré, respiracion del alma que tiende á lo infinito. Por esto cabalmente es la religion la primera pasion, como lo es postrera, del alma humana, y así se ve que tan luego como el despotismo de la carne ó del espíritu, la tiranía del orgullo ó del deleite han cesado de oprimir al alma con el yugo de las pasiones inferiores, brota en el fondo de ella esta otra pasion divina, y brota con una fuerza multiplicada por los mismos obstáculos que la han estado comprimiendo durante largos dias de esclavitud. Aquella alma que ha estado sin Dios, al verse como un sér fuera de su elemento propio, clama por Dios, primera necesidad suya, por Dios, su pasion primera, por Dios, su primera aspiracion, elemento mismo de su vida. En cuanto al alma del niño, no contaminada todavía por el hálito del mal, es amiga de Dios, y á las armonías de su corazon responden las armonía religiosas ejerciendo sobre él, callada y secretamente, una especie de santa seduccion. El niño tiene necesidad de adorar, abre su corazon á Dios, y Dios penetra en él, juntamente con la Religion, como en su morada propia. Porque Dios se ha como grabado á sí propio con el reflejo de su esplendor soberano en el alma del niño, y cuando la Religion se acerca á ella y le dice:—«Aquí tienes á Dios»—el niño le reconoce como á un amigo cuyo retrato guardará en su casa, y siente necesidad de hablar con Él familiarmente y solicita su dulce sonrisa, su amor, sus caricias y sus bendiciones, y con una facilidad inexpresable y un encanto indescriptible, le dice al caer de rodillas, con sus manecitas juntas y buscándole con la mirada: *Padre Nuestro!*

Tal es la primera inclinacion, ó mejor dicho, el primer arranque de un alma no pervertida aun por el mal, y de consiguiente, todo directorde la infancia que no responde á esa noble inclinacion y no secunda este sublime arranque, falsea radicalmente la educacion, y la raíz de misterio la vida moral del hombre. Sí, señores, cuando la educacion no secunda en el niño el progresivo desarrollo de estos instintos angelicales, cuando no trata solícitamente de ilustrar y agrandar esta divina imágen grabada por el mismo Dios en su alma, cuando no satisface, con las magnificencias del culto, con los trasportes de la oracion y el frecuente gusto de las cosas divinas, su necesidad de adorar, entonces esta necesidad, fondo divino del alma humana, la satisface el niño adorando á una criatura, ó concentrando la adoracion en sí propio. Y ya con esto, le veremos

plo para todo género de idolatrías, toda especie de servidumbres y toda clase de oprobios, y junto con las gracias de su niñez veremos el repugnante espectáculo de la irreligion que le marchita, le desfigura y deshonra corrompiendo su infantil existencia en lo que ésta tiene mas delicado y celestial, desflorándole arrancándole la corona de inocencia, robándole su mas celeste candor y su mas ideal hermosura!

Lo que tiene de bello, sobre toda la belleza de cuantas se pueden contemplar en este bajo mundo, el espectáculo del niño prosternado ante Dios, como el ángel de la oracion, eso mismo tiene de espantosamente feo el espectáculo, repugnante sobre todo encarecimiento, de un niño impío. Tristísimo de ver en donde quiera que la irreligion se apodera de un alma, vista en el alma del niño, es un espectáculo doblemente lamentable, mas triste que todas las cosas tristes que provocan en la tierra nuestros gemidos. Cuando me ha ocurrido hallarla en algun niño amado ¡ah! lo confieso, hubiera querido tener las lágrimas de Jeremías para llorar por aquella Jerusalen destruida tan prematuramente, y en cuyas ruinas ya no suena la voz de la Religion! Acercaos á un colegio, á un establecimiento cualquiera de enseñanza, donde no solamente se prescinda de la Religion, y se la echa á un lado como mueble inútil, sino quizás, ¡ay! donde se le desprecie y vilipendie en el alma de los niños.. ¡Qué espectáculo tan angustioso! ¡qué deformidad moral tan horrible en aquella edad donde ordinariamente la vida ostenta con mayor hermosura! Decidme si en esas casas habeis encontrado niños que dominen su egoismo, su orgullo, su ira, su nativa molicie sobre todo. no, no los hallareis, porque el niño sin Religion no doma sus pasiones: allí no vereis sino criaturas ya incrédulas, acaso ya impías, y como impías, altaneras, orgullosas, rebeldes, insolentes, groseras, perezosas, malignas casi bárbaras. La educacion de esos infelices niños, como recibida sin Religion, se devora y destruye á sí propia, y el natural mas elevado de suyo, falto como está de su elemento propio, se disipa en el vacío, ó perece en el fango.

Por consiguiente, señores, inaugurar un sistema de educacion, en el cual no se cuente con la Religion para nada, ó lo que sería aun mas desastroso, en el que se enseñase á despreciar ó á insultar la Religion, valdria tanto como condenar á corrupcion el alma del niño y degradar su vida. Educar á un hombre en el desprecio de Dios y de las cosas divinas, ¡ah! esto es negar hasta el concepto mismo de la educacion, decapitar la vida quitándole su mas elevado centro, y querer engrandecerla suprimiéndole su grandeza mas divina, y arrancando al niño su mas preciada corona de hombre. Semejante sistema de educacion, añado, sería fecundar en lo mas íntimo del sér humano el principio mas activo de todas las decadencias, y aniquilar el divino resorte de todos sus verdaderos progresos, sería destruir en la raiz misma de la existencia la única fuerza capaz de elevar sus potencias y facultades, sería torcer la corriente de todo el movimiento de la vida y precipitar al hombre todo entero, alejándole de Dios, hácia quien debe gravitar toda vida progresiva.

Inútil me parece insistir mas en este punto, pues creo que la inmensa mayoría de nosotros, aun los que partimos de los mas apartados términos del mundo religioso y moral, estaremos conformes en él. ¿Quién osará sostener ya hoy dia que la educacion es independiente de la Religion? Enseñados por tantas y tan terribles lecciones como hemos recibido, todos reconocemos de buen grado que la educacion debe ser religiosa.

Pero ¿cuál religion ha de ser ésta? ¿La religion vaga, indeterminada, sentimental, humanitaria, que no incluye ninguna creencia positiva, que

ningun deber imponе, ni ofrezca al hombre freno alguno para contenerse, ni fuerza alguna para dominarse? ¿aquella Religion, digo, tan cándidamente apellidada *universal* por estos flamantes Apóstoles cuya longanimidad consiste en no dogmatizar verdad alguna ni condenar ningun error? No, señores, no: la Religion que debo infundir hoy á vuestros hijos la vida divina y sus fecundas influencias, es vuestra Religion, es el cristianismo, el cristianismo verdadero. No basta, no, que la educacion sea religiosa, es preciso ademas que sea profundamente cristiana.

Al hablar mas arriba de barbarie y de civilizacion, hemos visto que lo que principalmente distingue á la una de la otra, es la educacion general. Pues bien, ahora añado, contrayendo aquel aserto, que lo que debe en absoluto distinguir á los pueblos bárbaros de los civilizados, es la educacion cristiana.

Dos grandes grupos de hombres pueblan el universo: el de la humanidad bárbara y el de la humanidad civilizada. Entre estos dos polos del mundo moral, hay ciertamente grupos intermedios de semi-bárbaros y de semi-civilizados; pero mirada á fondo la cosa, no vemos en resúmen sino barbarie ó civilizacion. La humanidad progresa ó retrograda entre estos dos puntos estremos, que, á la hora presente, ya pueden denominarse con mas propiedad cristianismo, ó anti-cristianismo: es civilizado lo que es cristiano, y bárbaro lo que no lo es.

Recorred todos los pueblos no marcados con la señal de Jesucristo: visitad las inmensas comarcas donde no impera de modo alguno el cristianismo, ó donde solo impera en algunas almas y familias predestinadas. Mirad al rostro de esos pueblos, y penetrad sobre todo su existencia íntima, y no hallaréis sino la palabra *bárbaros*, escrita en sus fisonomías lo mismo que en sus costumbres. La propia degradacion hallaréis en drusos y mahometanos, en indios y tártaros, en chinos y cochinchinos, sin mas diferencia que en los respectivos matices de su barbarie y en las distintas formas de su degradacion. Aun de los pueblos menos envilecidos entre los no cristianos, ¿cuáles son, decidme, sus caracteres? ¿Cuáles son sino absoluta carencia de humanidad, de lealtad, de caridad, de sacrificio, de castidad, de humildad, de fraternidad, de igualdad, de libertad, y mas que de todo esto, de justicia, de sinceridad y de buena fe? Y en vez de estas notas gloriosas de la verdadera civilizacion, ¿qué hallais sino egoismo, codicia, avaricia, impureza, perjurio, crueldad, dolo y perfidia?

No digo yo que todos los civilizados estén exentos de estos vicios, sino que ellos constituyen el carácter fundamental de los pueblos bárbaros, mientras que en los pueblos verdaderamente civilizados, son escepciones del espíritu general, rechazadas como un ultraje por la conciencia pública. Contra esos vicios arraigados, inoculados por largos siglos de abyeccion en los pueblos bárbaros, no espereis ni aun la mas leve protesta de la conciencia humana, mientras que en los pueblos cristianos vereis siempre estigmatizadas con indignacion, aun en medio de sus mas gloriosos triunfos, la injusticia audaz y la cínica mentira, y cuando esta fuerza moral no alcance á derrocar el brutal imperio de la fuerza material empleada en el crímen, estad seguros de que las almas guardarán allá en el fondo santas iras que tarde ó temprano estallarán como una reparacion solemne para satisfacer á la justicia y á la civilizacion conculcadas por las saturnales del crímen y los triunfos de la barbarie. Mas no espereis esta reparacion en los pueblos bárbaros: ¡allí los triunfos de la fuerza bruta, las orgías de la inmoralidad, las obras maestras de disimulacion y de perfidia viven como en su centro, sin turbar á ningun ánimo, sin indignar á ninguna conciencia, sin conmover á ningun corazon!

¿De qué nace tan profunda diferencia? ¿De dónde procede tan vivísimo contraste? Una sola palabra lo esplica todo. esos infelices pueblos no son cristianos. ¿Veis naciones altaneras, poderosísimas quizás por su número, denuedo ó cualesquiera otras dotes naturales, y que en sus bárbaras costumbres tienen marcada la huella de aquel rayo encendido por la primera rebelion del hombre, fuego devorador de la civilizacion verdadera? Pues allí no se ha levantado el para rayos divino, la cruz señalada con la Sangre redentora, la Cruz, emblema sagrado de todo progreso por medio del cristianismo, la Cruz que hoy dia fulgura en la cima de la catedral de Pekin, allí clavada por nuestros soldados como testimonio del triunfo de la civilizacion sobre la barbarie, presagio de nuevas victorias del triunfador estandarte, único verdaderamente destinado á dar vuelta al universo En donde quiera que ese estandarte aparezca llevado por mano de nuestras huestes guerreras, y mejor así por mano de nuestros misioneros, veráse la civilizacion germinar á su sombra, y á la barbarie retroceder vencida Sí, señores, sí, en todo tiempo y lugar, la frontera cristiana señala los confines de la civilizacion, y aquí es el caso de repetir con un escritor jóven y elocuente —«La cristiandad tiene derecho para llamar bárbaro á todo lo que no es ella »

A quien osase negar esta verdad, le desmentirian todas las barbáries y todas las civilizaciones pasadas, presentes y futuras Si consulto á lo pasado, veo que allí donde ha sido ignorado Jesucristo, ha reinado la barbárie, aun en medio del mayor esplendor de ciencias y de letras, si miro á lo presente, veo del propio modo que allí donde no se adora á Jesucristo, es y continúa siendo todo bárbaro, y que allí donde se le ha puesto en olvido, despues de haberle conocido y adorado, y camina todo por una rápida pendiente á la barbarie. Esta es verdad escrita en todas partes, en Africa, en Asia, en América y hasta en nuestra Europa; escrita sobre ruinas que allí están esperando la redencion de Jesucristo, y con ella la resurreccion y la vida. Sí esas ruinas de la civilizacion, amontonadas por donde quiera que ha pasado la barbárie, esas ruinas, que allí están como despojos de la vida moral, pulverizada por la fuerza bruta, son ¡ay! ruinas muy elocuentes, ellas narran lo pasado, lloran lo presente y profetizan lo futuro, para todo el que quiera escucharlas, están diciendo á voces que allí donde se proscriba á Jesucristo, será proscrita la civilizacion.

Pero no vayais á creer, señores, que estas dos humanidades, la bárbara y la civilizada, están hoy geográficamente divididas por líneas visibles y por fronteras materiales, por rios ó montañas, por mares ó continentes, no se encuentra hoy civilizacion en el seno de la barbarie, y barbarie en el seno de la civilizacion. En medio de los bárbaros hay gente civilizada, porque hay gente cristiana En todas las regiones han germinado las simientes divinas esparcidas á todos los vientos y fecundadas por abnegaciones sublimes, su flor regada con sangre de nuestros mártires, brota en todos los puntos de la tierra, y se abre al influjo de todos los soles. Civilizacion hay en China, en Corea, en las Indias, en la Oceanía, en el fondo de todas las soledades de la tierra y del mar, encuéntrasela acá y allá como un oasis en medio del desierto, grata á los ojos, y mas grata al corazon que topa con ella en su camino, y si nuestros hermanos errantes en bárbaras playas y en salvajes soledades, aspiran todavia en su jornada algun perfume de civilizacion, no consumida allí enteramente por la mano del hombre y por el tiempo, ¡ah! señal es que allí ha resonado el nombre de Jesucristo, que allí ha ondeado su lábaro santo, que allí ha corrido su sangre.

Si hay civilizados en medio de pueblos bárbaros, y esto, aunque sorprendente, no es en verdad maravilloso ni se presta tanto á graves meditaciones como el fenómeno singularísimo de que haya bárbaros en medio de pueblos civilizados. No me refiero á los pocos chinos, indios ó mahometanos que por acaso huellan el pavimento de nuestras grandes ciudades civilizadas, quiero hablar de aquella barbarie que brota en nuestro propio suelo, y se engendra de nuestra propia sangre, barbarie estraña, espantosa, marcada todavía en la frente con la señal de su bautismo, oscurecida, vestigio leve de un cristianismo que va desapareciendo de allí por momentos.

Al anunciar San Pablo (*Epist. II á Timoteo cap. III*), el advenimiento de tiempos peligrosos, «*instabunt tempora periculosa*» en los cuales aparecerá una raza de hombres, azote y terror de las sociedades humanas, píntalo con los siguientes caractéres —«Hombres, dice, amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados, sin afecion, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traidores, protervos, orgullosos, y amadores de placeres mas que de Dios, que tienen apariencia de piedad, pero niegan la virtud de ella, que siempre están aprendiendo, y nunca llegan á la ciencia de la verdad, pues resisten á la verdad, hombres corrompidos de corazon, réprobos acerca de la fe.»—Hombres, en fin, como en otro pasage los llama el propio pintor del anticristianismo,—«cargados de toda iniquidad, de toda malicia, de toda impureza, de toda avaricia, llenos de envidia, de homicidio, de dolo y de malignidad.»

¿No es verdad, señores, que al oir estas palabras del Apóstol, parécenos ver, mas bien que el profético anuncio de esa perversa raza futura, el cuadro histórico donde rasgo por rasgo se traza la fisonomía de esa propia raza ya venida? Respóndame quien tenga exacta nocion de la vida contemporánea: esta humanidad, descrita por San Pablo, ¿es un mito en el siglo XIX? ¿Hay quien no haya percibido en los libros, en los discursos, en las cosas, en la respiracion de las almas, el contacto de esa humanidad bárbara, introducida hoy en medio de la civilizacion cristiana y llenándola de consternacion?—¿Quién de entre nosotros no ha percibido en el mundo el estrépito causado por los golpes de esa raza?—¿Quién no ha visto en las cosas la huella de su paso?—¡Respondedme, hijos de los cruzados, estirpe de cristianos, prole de la civilizacion, que ha sustituido el imperio del derecho al dominio de la fuerza, y el reinado de la justicia á la tiranía de la espada! ¡Qué! ¿no os sentís cercados, inundados por una nueva barbarie que se va reproduciendo contra vosotros, harto mas terrible que la barbarie por vosotros vencida y aniquilada?—¡Qué! ¿no habeis visto pasar con estrépito por los caminos, y atravesar las aterradas ciudades de la antigua Europa, una raza nueva, y cada dia mas numerosa, de hombres sin fe, sin principios, sin costumbres, sin Religion, sin Dios?—¿No la habeis oido repetir con todos los ecos del mundo aquella misma palabra pronunciada, tres mil años ha, por bárbaros que se reunieron en Jerusalen, en el seno mismo del pueblo escojido.—«La ley de nuestra justicia, no es mas que nuestra fuerza: *lex justitiæ nostræ fortitudo nostra!*»

Esta barbarie, que se burla de todo derecho y conculca toda justicia, está devorada por apetitos insaciables y por ambiciones desenfrenadas. Un dia con sus ojos codiciosos miró vuestros bienes, y dijo:—«Esos son ricos, y nosotros pobres: los despojaremos.»—Miró á los potentados palideciendo en su mismo trono al temor de la rebelion amenazadora, y dijo:—«Los derribaremos.»—Miró, en fin, al mundo moderno todo entero con

todas sus invenciones y todas sus máquinas, y dijo —«Nuestro seré»— Y ahora mismo, á vuestra vista misma, sigue diciendo á esta civilizacion material en que fundais vuestra gloria, y es vuestro mayor peligro, —«¡Adelante, adelante! vengan nuevos descubrimientos, nuevas máquinas, nuevos buques, nuevos cañones, nuevos telégrafos, nuevos ferro-carriles ¡Adelante! no os pareis Ya llegará dia, y quizás muy pronto, en que mios serán vuestros buques, mios vuestros ferro-carriles, mios vuestros telegrafos, mios vuestros cañones rayados Y cuando ya me vea yo dueño de todo esto, entonces diré quién soy, y mejor y mas pronto que Alejandro, podré exclamar: ante mí enmudece la tierra.»

Sí, barbarie sin freno alguno moral ni religioso, barbarie devorada de un furioso apetito de goces y de dominacion barbarie que tiende ya su mano de un cabo al otro del mundo, para apoderarse de todas las armas de destruccion creadas por vuestro genio, esto es lo que hoy veo en las entrañas de nuestra antigua Europa, y el que no lo haya visto, es ciego en plena luz solar. A esta barbarie, llamadla, si os place, de otro modo ¿Qué importa el nombre cuando la cosa es patente, y está ahí delante de nosotros como una viva amenaza? Si, pongo por testigo al cielo y á la tierra, á Dios y á los hombres, esa barbarie existe hoy, os está mirando, os aborrece de muerte, y os está amenazando, mientras le llega la hora de su triunfo

Pues bien, os pregunto ¿de qué elementos creeis que se compone esa nueva barbarie suscitada entre nosotros, en pleno cristianismo y ataviada con ropaje de civilizacion? Pues se compone de todo hombre que no es cristiano, y cada dia acrecienta sus huestes reclutándose entre todos los que detestan al Sacerdote, á la Iglesia, al Sumo Pontífice, á Jesucristo, á Dios.

Resumamos, señores, repitiendo por última vez esta incuestionable verdad Dos banderas se hallan frente á frente en el mundo, dividiendo á la humanidad en dos grandes grupos respectivos la bandera de la civilizacion y la de la barbarie, la primera es el cristianismo, la segunda el anti-cristianismo Esta no retrocederá sino ante aquella, y lo que ha de hacerla retroceder, no es ciertamente el soldado armado de bayoneta, de metralla y de cañon, aunque sea el soldado frances, de quien se dice que es el primero del mundo, lo que hará retroceder á la barbarie, á la barbarie externa y á la interna, ha de ser Jesucristo, Jesucristo vencedor de las almas con su verdad de los corazones con su amor, y de las voluntades con su autoridad divina ¿Proseguiremos con Jesucristo nuestra marcha progresiva, ó, alejándonos de Jesucristo, retrogradaremos hasta tocar los confines de la barbarie? Este es el problema de lo futuro

Y este problema, que lleva en su seno la civilizacion ó la barbarie, la degradacion ó el progreso, ¿quien lo ha de resolver? La educacion Para contener los progresos de la barbarie rediviva, necesítase una gran regeneracion cristiana ¿Y de qué manera el cristianismo puede reproducirse entre nosotros con su inmortal juventud? Por la educacion cristiana, es decir, implantando y restaurando á Jesucristo en las nuevas generaciones Sí, señores, Jesucristo grabado, y mejor grabado cada dia, en el alma de los niños, Jesucristo en todo su ser entero la vida de Jesucristo, digámoslo en una sola palabra, corriendo á torrentes, por el canal del corazon de la infancia, en las venas de la humanidad en esto estriba el progreso de la edad futura Dentro de sesenta años, señores, todos nosotros habremos desaparecido de la haz de la tierra, y otra humanidad tomará nuestro sitio en la escena del mundo ¿Cómo será esa humani-

dad? ¿Civilizada y progresiva, ó retrógrada y bárbara? Solo Dios lo sabe, pero este secreto de Dios está en manos del hombre, y el oráculo de lo porvenir responde anticipadamente al problema de lo actual, diciéndoos por mi voz, que os lo profetiza —«Esa humanidad será lo que vosotros la hayais hecho ser, bárbara y retrógrada si la educais sin Jesucristo ó en contra de Jesucristo, civilizada y progresiva si la educais en Jesucristo y para Jesucristo »—

Aquí está, os digo, el secreto de lo futuro, y por eso en esto se cifra nuestra suprema y única ambicion Queremos en este mundo de hoy una gran renovacion cristiana, y para preparar esta renovacion, única que puede salvarnos de la barbárie, queremos solo una cosa; pero esta la queremos con toda nuestra alma, queremos á Jesucristo en vuestros hijos á Jesucristo y su doctrina, á Jesucristo y su amor, á Jesucristo y su autoridad, á Jesucristo y su santidad, á Jesucristo y su pureza, á Jesucristo todo entero creciendo en vuestros hijos. ó mas bien, á vuestros hijos todos creciendo de todas maneras en Jesucristo

Sí, os lo repito, esta es nuestra única ambicion. Y para esta sublime tarea, prenda de lo porvenir y de todos los progresos, ¡ah! yo tiendo mi mano á todos los que, como yo, estén seguros de no tener otra ambicion alguna. Y sean ellos eclesiásticos ó seglares, padres de familia o célibes, monges, sacerdotes, hombres de mundo, ¿qué mas da? Para esta obra fraternal, social, cristiana, á nadie repudiamos. la educacion que anhelamos, y cuyo secreto acabo de esponeros, no es monopolio de una casta ni esclusiva empresa de determinada clase de hombres, sino que pertenece á todo cristiano, á todo el que profese á Jesucristo, con palabra sincera y corazon leal ¿Hay alguno mas cristiano que yo? Pues póngase delante, y desempeñe mejor que yo esa obra bendita. Quien quiera que se sienta mas codicioso de sacrificarse y de padecer para depositar á Jesucristo en el corazon de la infancia, precédame enhorabuena, yo nada mas quiero sino ver á Jesuristo crecer en la infancia, y que este crecimiento llegue á ser regeneracion del mundo y progreso de la humanidad realizado por la educacion cristiana· nada mas

FIN DE LA PRIMERA CONFERENCIA.

Conferencia segunda

Erigida ya la f[illegible] en sus principales elementos, tiene el cargo, comun al padre y á la madre, de educar al hijo. Este ministerio sublime, cuya altura [illegible] perf[illegible] al hombre y engra[illegible] la humanidad, no podia ser omitido en la presente predicacion sobre *el progreso por medio del Cristianismo* pues aunque a[illegible] al parecer distinto de este, hállase tan conexo á su fondo [illegible] que [illegible] confunde con él. La intima y [illegible] conexion de estas materias, [illegible] ya consignado al demostrar el respectivo enlace del progreso con la educacion y de la educacion con el Cristianismo. El enlace del progreso y de la educacion consiste en que todo progreso verdadero no es sino un acrecentamiento del valor humano, y en que la educacion es quien al hombre [illegible], [illegible] con su valor humano, [illegible] le distingue entre los [illegible] de su especie. El enlace [illegible] con el Cristianismo consiste en que para ser aquella progresiva tiene que ser eminentemente religiosa y cristiana, y en que solo [illegible] cristiana, al infundir la vida de Jesucristo [illegible] civilizacion, [illegible] con la cruz, en el tiempo y en el [illegible], la frontera gloriosa que la separa de toda barbarie.

Tratase ahora de entrar en el fondo de las cosas, para demostrar por menor como el verdadero Cristianismo [illegible] problema de una [illegible] otra cosa sino desarrollo de la vida humana [illegible] del hombre. [illegible] trazado nuestro [illegible] la gerarquía de las [illegible] del hombre, [illegible] cristiana [illegible] el [illegible] en toda obra que [illegible] perfectamente considera [illegible] en el hombre [illegible] relevante, por ser base y apoyo de su vida entera, es la *inteligencia*. La inteligencia [illegible] vision de la verdad [illegible] propia cuando [illegible] á la verdad [illegible], la hace suya [illegible] con ella. Por [illegible] una especie de matrimonio indisoluble entre el alma y la verdad, y en tanto es mas [illegible] una inteligencia en cuanto la verdad [illegible] el alma ha sido [illegible] en lo mas intimo [illegible] los elementos. Inteligencia (su nombre mismo lo dice) es *leer* el alma lo que hay dentro de los seres, con la propia luz que estos llevan en su fondo. De aquí la exacta clasificacion de las inteligencias [illegible] inteligencia son los que no saben leer sino en la superficie, hombres de mediana inteligencia los que no penetran sino algunas capas de esa superficie, y hombres de inteligencia superior los que alcanzan hasta la médula de las cosas, llámanse tambien profundos. Y estos últimos porque llegan al fondo de los seres ó cuando menos le tocan mas de cerca que el comun de los demas hombres.

Tal es la inteligencia humana, trátase de descubrir el verdadero secreto de su desarrollo y de su educacion. Pues si bien el desarrollo de esta facultad parece constituir principalmente lo que llamamos instruccion, ciencia, no es menos cierto que en su formacion primitiva ha

menester esencialmente de la educacion, como que sin ella ni aun concebir se puede al hombre. Pudiérase dar hombre sin instruccion, pero no hombre sin inteligencia.

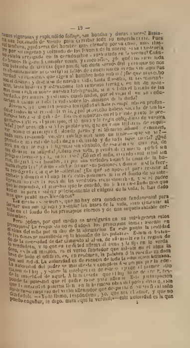
Claramente espero manifestaros en esta Conferencia, con la ayuda de Dios y vuestras rectas disposiciones para recibir [illegible] la verdad, que solo el cristianismo, y mejor dicho, solo el catolicismo, asienta en el alma del hombre las verdaderas bases de la educacion, porque solo él realiza las necesarias condiciones para la verdadera formacion de la inteligencia.

I

Cosa muy diferente, señores, de lo que se figuran muchos hombres de nuestro tiempo, es la verdadera formacion de la inteligencia. Enséñase á los niños un poco de historia, un poco de geografía, un poco de matemáticas, un poco de griego, un poco de latin, en resumen, un poco de todo, [illegible] con todo esto una especie de barniz literario y científico, y cuando ya son hombres, [illegible] especialidades de ciencia, ó lumbreras de literatura. ¡Pobres sabios que [illegible] poseer el vulgar tesoro del comun sentido! ¡Pobres hombres á quienes falta la luz de lo que es gloria del hombre! Hacer consistir la formacion de la inteligencia y el progreso del hombre en [illegible] ó en nociones confusas ó en el estudio más ó menos profundo de alguna de ellas, es tanto como desconocer las más elementales condiciones de la educacion humana, es confundir el ornamento de la inteligencia con la inteligencia misma, y tomar por verdadera riqueza del hombre [illegible] que no [illegible] con [illegible]. El hombre es un animado edificio construido por un divino [illegible] y cuya base, como hemos dicho, es la inteligencia, pues ella, en efecto, sustenta la vida humana.

Pero, ¿cómo se sustenta á sí propia la inteligencia? ¿En qué debe apoyarse como punto de partida para su completo [illegible], señores, el apoyo y sosten de la inteligencia son los principios [illegible] tentar y guiar recta y firmemente á la vida en este elemento tan movible debe asentarse. — La razon, dice un sábio escritor, es profesion habitual de principios y posesion de las grandes leyes.» —Y en efecto, el terreno sólido y fecundo en donde la inteligencia debe echar sus profundas raices, si ha de llegar luego á pleno crecimiento y perfecta madurez, no es otro sino el de poseer con certidumbre los grandes principios y las grandes leyes, ó sea los elementos primarios de la vida intelectual, moral, religiosa y social. Mas bien que un edificio animado, como antes he dicho, pudiera decir que el hombre es un árbol animado, al que lo primario que le hace falta, como á todo árbol y á toda planta, es arraigarse en el suelo que lo sostiene y presta jugo. Semejante á la encina, que antes de elevarse en el bosque y de ostentar todo su vigor y gallardía comienza por estender bajo tierra en largo trecho sus fuertes raices, así el hombre en su juventud es menester que se halle estrechamente adherido con sólidas convicciones á la tierra de aquellas verdades primordiales aprendidas en la primera educacion de su infancia.

Es necesario que su inteligencia se trabe y adhiera á sí propia con indisoluble vínculo alrededor de esas verdades fundamentales como enredada á un muro de granito indestructible. Entónces, y solo entónces puede el hombre elevar su ser, y ya elevado así, desafiar á las tempestades. ¿De qué servirian á la mas gigantesca encina, tronco robus-



ramas vigorosas y espléndido follaje, sin hondas y duras raíces? Basta una bocanada de viento para derribar toda su magnificencia. Pues así tambien, ¿qué sería del hombre mas elevado por su cuna, mas ilustre por su ingenio y colmado de los favores de la suerte, si su existencia no estaba arraigada en la certidumbre y sustentada en la verdad? Cuándo hemos llegado á cumplir veinte y cinco años, ¿de qué nos sirve toda una biblioteca de ciencia (que puede sin duda sernos útil, pero que no nos es absolutamente necesaria) si faltos de educacion carecemos de aquellas verdades necesarias que rigen al hombre todo entero? ¿De qué provecho son al destino y direccion de nuestra vida, tanta filosofía, tanta matemáticas, tanta historia y astronomía, tan inmenso fárrago, en fin, de sistemas [illegible] sobre nuestra inteligencia, si nos falta el cimiento de las verdades primeras, y estamos condenados, por el vicio de una mala educacion, á caminar toda la vida sobre los abismos de la duda?

Jóvenes, [illegible] con tan penosa lentitud habeis empleado en profundizar todos [illegible] de la vida, ¿qué provecho habeis sacado de tan laboriosa tarea [illegible] ellas os encontrais en el terrible punto de preguntaros [illegible] el principio, el término y la regla obligatoria de vuestra vida? ¿qué [illegible] problemas, que en vano tratais de esquivar sobre el principio de donde partís y el término adonde caminais, nada mas responde vuestra inteligencia sino un triste—¿qué se yo?—privada [illegible] de todo fundamento sólido y de toda base cierta? ¿Qué será un dia de esa inteligencia sin símbolo, de esa alma sin creencia, de esa [illegible] ¿Cómo esa vida, privada de cimiento, podrá sin peligro elevarse [illegible]? ¿Cómo el niño, [illegible] sin [illegible], llegará á ser hombre, [illegible] por sus virtudes [illegible] la cima de la humana dignidad? ¿Cómo [illegible] sus pasiones y dominar [illegible] la fuerza [illegible] que le solicitan? ¿En qué se apoyará para resistir al embate y dominar el ímpetu de estas pasiones si en el fondo de su inteligencia no está la roca de las verdades inconmovibles, y si el padre que lo engendró, el maestro que le enseñó, no le han enseñado mas que dudas [illegible] para resolver prácticamente el enigma de la vida, le han dado mas que [illegible] filosóficos?

Tan cierto es, señores, que no hay otra condicion fundamental para formar una inteligencia y asentar las bases de la vida, sino cimentar al niño en el fondo de los principios eternos y de una inquebrantable certidumbre.

Pero ¿cómo, por qué medio se arraigarán en su inteligencia estos principios? La respuesta no es dudosa: los principios toman asiento en el alma del niño por medio de la afirmacion. En este punto la realidad de las cosas se manifiesta en la filosofía de las palabras. Estamos tratando de la necesidad de dar cimiento al alma, de afirmarla en la region de lo verdadero, y lo que en realidad afirma al alma y la fija en lo verdadero, es la afirmacion, es el verbo fundador que asienta en el alma la base de todo el edificio, es, en resúmen, la palabra ó la enseñanza dada con autoridad. La autoridad es de esencia de toda la educacion humana. La autoridad del padre se manifiesta y completa á su principio por la educacion del hijo, y sobre la inteligencia de este se ejerce el primer acto de la autoridad de aquel. A la necesidad que el hijo tiene de creer, responde la potestad que el padre tiene para afirmar. Esta [illegible] es la hermosa obra del poder divino. Este [illegible] la autoridad [illegible] en la hermosa [illegible] al niño misterioso imperio del verbo afirmador que [illegible] diciéndole:—«Yo te llamo, respóndeme; yo, que soy el amor, y que no puedo engañar, te digo: mira aquí la verdad;»—esta autoridad es la que

asienta en firme base la inteligencia naciente del hombre. La verdad, resonando en el alma del niño, responde á esta voz que la llama, porque la inteligencia, aun en este comienzo de su ejercicio, no es facultad puramente pasiva, sino que tiene una actividad íntima, en cuya virtud se hace eco fiel de la palabra que esteriormente la da impulso.

Tal es la via tan sencilla como profunda que la Providencia sigue para iniciar la formacion del hombre. La vida entera se apoya en la inteligencia, así como esta se cimenta en los principios, y los principios se asientan en el alma por medio de la autoridad, que le presta, por medio de la afirmacion, su primera base. Y tened entendido, señores, que así como vosotros no podeis alterar en la naturaleza las bases de la tierra ni los fundamentos del órden material, tampoco os es dado trocar este órden de formacion intelectual en el ser humano.

Fuera de este procedimiento no hay sino dos métodos imaginables para introducir al niño en la vida intelectual, á saber: ó no enseñarle cosa alguna ó discutir con él lo que se le enseña. Lo primero es el nihilismo, lo segundo el escepticismo, y uno y otro son tanto como suprimir toda base de la educacion humana. Juan Jacobo Rousseau, hombre que parece no haber puesto su gloria sino en contradecir á Dios y al sentido comun de la humanidad, ascendió mas estravagante paradoja al imaginar, como ideal de la formacion del hombre, un sistema de educacion en que la vida intelectual, moral y principalmente la religiosa, estuviera exenta de todo influjo doctrinal y dogmático. Concediendo á la inteligencia no mas que cierto desarrollo enteramente estraño á la conciencia y á la vida moral, quiere aquel soñador que solo el cuerpo reciba, hasta los catorce años de edad, el beneficio de la educacion, creciendo á merced de la naturaleza, y que entretanto se deje al alma y la conciencia dormir como abismadas en un profundo letargo, hasta que ellas por sí mismas se despierten allá cuando buenamente puedan. Por consiguiente, hasta los catorce años no se ha de hablar al niño ni de Dios, ni de virtud, ni de Religion; nada se le ha de exigir en nombre de ninguna idea moral ni religiosa, debiéndose aguardar al dia en que, exento de toda preocupacion, se escoja por sí mismo la moral, la doctrina, la Religion y la divinidad á quien se le plazca confiar la direccion de su vida. Este es el nuevo secreto que Rousseau reveló al mundo para educar al hombre y magnificar á la humanidad. Para los que no le hayan leido, conviene citarle á fin de que vean cómo quiere formar un hombre.

»No queriendo, dice, nosotros enseñar á nuestro Emilio nada que »por sí mismo no pueda él aprender en cualquier pais, ¿en qué religion »le educaremos? En ninguna: bástenos ponerle en estado de escoger »aquella que mejor cuadre á las convicciones de su propia razon rectamente ejercida.

»Guardémonos bien, dice en otro pasaje, de querer enseñar la ver»dad á los que no se hayan en estado de oirla, porque seria tanto como »darles errores en vez de verdades. Si quisiera yo pintar la estupidez »junta con el fastidio, pintaria á un pedante enseñando el Catecismo á »niños de ocho años; y si quisiera volver loco á un niño, le haria ver de »esplicarme lo que dice cuando dice el Catecismo.» (Emilio, páginas 299, 301 y 302.)

Seguramente, señores, vosotros no aguardais que yo haga á semejantes locuras el honor de refutarlas sériamente. ¡Cómo! ¡exigir que por sí mismo se escoja una moral, una religion, un Dios, al niño á quien jamás se le ha hablado de Dios, ni de religion, ni de moral! Educar sin nocion alguna de fe, ni de conciencia, ni de religion, ni de divinidad, y eso

hasta la edad de catorce años, á la humana criatura que estúpidamente llamais hijo de la naturaleza como si el alma, la conciencia, la moral, la Religion, nada tuviesen que ver con nuestra naturaleza! ¡Intimais en nombre de la razon, á un niño de catorce años que abrace la doctrina y la Religion que averigüe ser mejores cuando, falto como está de toda idea de alma, de Dios y de conciencia, ni aun puede siquiera hacer uso de su razon! ¡Oh filósofo que me hablas en nombre de la naturaleza, sin ver cómo la insultan tus paradojas, que me hablas en nombre de la razon, sin advertir el círculo vicioso en que tu razon se encierra acerca de este punto! ¡En nombre de la razon y de la naturaleza te pedimos la educacion de un hombre, y si nos das con tu sublime genio la educacion de una bestia! ¡Anda sofista miserable! la humanidad te desprecia, y responde á tus utopías con una práctica infalible, á tus peregrinas innovaciones con el sentido comun, y mientras algunos entendimientos rezagados algunos excesos herederos de los sofismas, ensayan con sus fantásticas teorías experiencias crueles que asesinan en sus propios hijos la vida religiosa y hasta la vida moral, la humanidad guiada por el buen sentido y por la fe, sigue enseñando á los niños de ocho años moral, conciencia, Religion, Dios en suma, sigue enseñándoles el Catecismo, resúmen divino de cuanto debe saber un niño para llegar á ser hombre.

Bien me consta, señores, que la mayor parte de los adversarios del método afirmativo y de la formacion de la inteligencia por medio de la autoridad no dispiertan con tal estremo, dejando la cultura moral del hombre para cuando esté formado su cuerpo, sino que consienten que el niño sea iniciado cuanto antes en la vida del alma y de la conciencia. Pero ¿cómo ha de ser esta iniciacion? Por medio de razonamientos y discusiones, dicen. No quieren una educacion que comience por decir al niño en nombre de la autoridad: «Cree porque yo te lo digo, afirma lo que afirmo yo.»—Quieren sustituir á este sistema naturalísimo el sistema artificial consistente en decir:—«Cree porque lo ves: afirma porque te lo demuestro.»

¿Y es esta toda vuestra sabiduría, oh sabios de la tierra? ¡Quereis que una inteligencia naciente sea juez de vuestras demostraciones cuando, falta como está de principios y sin ninguna idea determinada, ni entender puede siquiera los elementos de una demostracion! ¿Dais por construido el edificio cuando precisamente se trata de ponerle cimientos? ¿Apelais al razonamiento para formar la razon, sin curaros de que ésta, no formada todavía, es imposible que entienda vuestros razonamientos? Vuestra simplicidad me maravilla. Rousseau mismo os diria aquí, burlándose de una sabiduría poco menos insensata que la suya: «Eso es comenzar por los postres.» «Y yo os digo, eso es derruir la obra antes de haberla construido. ¡Cómo! ¡Cuando se trata de dar á la vida una base sólida é indestructible, empezais por abrir ante ella abismos insondables! ¡Ah, señores! Cuenta que si falseais la razon misma, falseais las necesidades mas íntimas de la vida humana y formais un ser, por lo que toca á su inteligencia, mutilado. Violentando así la naturaleza, no engendrais mas que monstruos. Donde á fuerza de razonamientos, esperábais haber formado á un hombre racional no habeis formado sino á un hombre racionalista. No habeis querido inculcarle dogmas, y le habeis inoculado el escepticismo, no habeis querido sembrar en él las verdades primarias y fecundarlas por un verbo afirmador, y vuestro verbo razonador ha sacado esa tierra virgen de la inteligencia, donde ya prematuramente van á cernerse todos los vientos del error, y en la cual no germinará verdad alguna. Ese niño, á los diez y ocho años no tendrá

doctrinas sino meramente opiniones; y ¡qué opiniones! ¡Movedizas, inciertas, flotantes á todo viento de palabra sin fin! Habeis temido afirmar resueltamente en su recien brotado pensamiento los dógmas invariables y definidos de la doctrina cristiana, y el infeliz va á andar errante por todos los caminos sin término de las humanas opiniones, condenado á vagar de jornada en jornada, y de fatiga en fatiga, por el interminable laberinto del error, sin descansar nunca en el seno de la verdad.

¡Ah ciegos! ¿No habeis visto que, por su propia naturaleza, el niño tiene necesidad de creer, como la tiene de adorar? No habeis satisfecho esta necesidad indestructible enseñándole la verdad con afirmaciones, y le habeis lanzado á proseguir desatentado, y quizás con frenética desesperacion, todas las quimeras del humano pensamiento. Vais á verle creyendo en cualquier cosa, ¡en todo menos en la verdad! Errante sin rumbo alguno, juguete de todo viento de error que agite su inteligencia y la doblegue como á frágil caña, no tendrá ninguna religion, ninguna doctrina, ni siquiera alguna opinion medianamente segura. Tal vez, quizás, y gloria de las ciencias ó de las letras, no será sin embargo, otra cosa que uno mas entre el innumerable, y cada dia mas innumerable catálogo de sábios sin fe y de literatos sin principios, peste de las sociedades y azote del género humano. Su inteligencia, sin base fija ni punto de apoyo seguro, carecerá de aptitud, de vigor, de solidez y será accesible á todas las flaquezas del alma, cuando no á todos los desmayos del entendimiento. Y el dia que sean llegadas las grandes luchas de la justicia y de la verdad, el dia que la mentira y la iniquidad logren prevalecer y ... solemnes contra las augustas tribulaciones de la santidad y de la verdad desamada, vereis la ... á ese desdichado humillarse, á par de todos otros que parecian ... ó independientes con inaudita bajeza ante el crimen triunfante, proclamando por estas públicas degradaciones de la inteligencia humana la impotencia de los hombres sin principios, incapaces de hallar en el fondo de su sér ni en el tesoro de inquebrantables convicciones un indomable valor y una resistencia invencible.

II

Señores: la carencia de principios, de convicciones, de certidumbre, que acabo de mostraros ser un vicio radical en la educacion de la inteligencia, es cabalmente en nuestras nuevas sociedades el vicio de toda educacion que no se atreve á ser francamente cristiana y católica. En cualquiera posicion que la examineis, en el hogar doméstico, en las áulas, en los palacios, vereis que le falta la palabra de la fe, la afirmacion de la autoridad: así os la hallais dudando, mas bien que afirmando; negando mas bien que enseñando, nada consolida y todo lo desquicia; la inteligencia del jóven que cae bajo su jurisdiccion, se queda sin raices y jamás crece con la sávia de verdad. Sigamos al niño en las varias fases de su formacion intelectual, y veremos cómo, sin educacion cristiana, su vida carece de base, porque su inteligencia carece de punto de apoyo.

Lleguemos á esa familia desheredada del Cristianismo y en cuyo seno se ha aposentado el racionalismo moderno: allí no son ya regla infalible de los pensamientos la palabra de Jesucristo ni el dogma católico: allí ni el padre ni la madre hablan ya en nombre de una autoridad reconocida é incontestable, ni de sus lábios desciende al alma de sus hijos la certidumbre con el verbo de la fe. Mirad á esa madre racionalista, escéptica, *espíritu fuerte*, madre sin fe, sin símbolo ni convicciones: vedla en el momento que trata de poner en la naciente inteligencia de su hijo alguna

regia, algun fundamento de certidumbre ¡oh! ¡y cuán inepta es esa mujer *espíritu fuerte* para tarea tan árdua! ¡cuán ilusidad ¡que mal segura! ¡que imp[illegible]! Es claro, como que está sola, sola con Rousseau, sola con Voltaire, ó sola entre ambos, sola con el [illegible] de quien es humilde sierva ¿Cómo se arreglará, con su pensamiento solitario y vacilante, para dar á su niño lo que este necesita si ha de educarse, es decir, un símbolo, una creencia, una doctrina?

Pero dejemos á un lado este ejemplo, que con razon [illegible] vosotros por [illegible]. Supongamos que la madre es cristiana y católica [illegible] como la Iglesia y con la Iglesia, que afirma la divina verdad [illegible] el Verbo de Dios, que con el Catecismo delante muestra al niño [illegible] el dogma [illegible] y le revela todo el misterio cristiano [illegible] que Jesucristo no es solamente un hombre sino que es también Dios, y que su [illegible] la Iglesia católica no es una institucion humana; sino divina y que todo cristiano está obligado á creer en su palabra y á guardar sus leyes —que Jesucristo murió por salvar á los hombres, y que la Iglesia fué fundada para perpetuar en la tierra la obra redentora de Jesucristo —que hay un cielo para los buenos y un infierno para los malos —que el cielo es para los que creen en Jesucristo y obedecen á su Iglesia.

Supongamos ahora que de esta enseñanza católica de la madre es testigo el padre, y que este padre es hombre de sentimientos religiosos [illegible], deísta, [illegible], humanitario quizás [illegible]. Pues sucede que un dia el niño [illegible] de repente á su madre —Me dice Vd. que Jesucristo es un Dios y que yo debo adorarle, pero en un librito que papá tiene sobre su mesa [illegible] el otro dia que Jesucristo no es mas que un grande hombre, un sábio, un legislador. Y mas adelante, en otra página, dice que no hay tal infierno; que esto es un coco inventado por los curas para espantar al pueblo y asustar á los chiquillos. —«Muchacho, ¿que estás diciendo?» responde la madre, eso es una impiedad [illegible] una blasfemia. —Diga Vd., papá, replica el niño volviéndose á su padre ¿quién tiene razon? ¿mamá ó el libro? Mamá dice que Jesucristo es Dios, y el libro dice que no lo es. —«Vaya, vaya, chiquillo! responde el padre, todavía no estás en edad de meterte en esas cuestiones; á ver si prosigues tu leccion, y oyes y callas.»

Tenemos, pues, aquí, que mientras la madre enseña como católica, el padre [illegible] esquiva la respuesta que el niño le pide, ó le propone una duda, y á veces, si no le contiene el instintivo respeto que todo padre conoce ser debido á la infancia, responde con una [illegible] blasfema, y aunque se la calle, su gesto dice lo que no se atreve á pronunciar su boca.

Pero demos que el Padre no ha hecho sino eludir la cuestion, os pregunto, ¿entre la afirmacion dogmática de la madre, y la negacion mal disfrazada por el silencio del padre, ¿qué va á ser de la inteligencia del hijo? Entre aquellas dos palabras contradictorias, pero que, en nombre del amor ambas, solicitan el dominio sobre la inteligencia de aquel inocente, ¿qué va á ser de su fe, de sus convicciones, de sus principios?

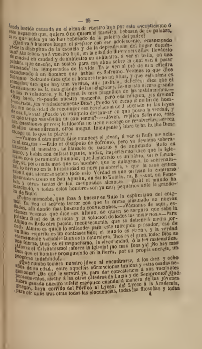
Y cuenta que aun se dan casos mas lastimosos: padres hay que osan negar á la madre el derecho de enseñar al niño símbolo alguno que ellos en su suficiencia no se dignen aceptar: padres, digo con la pretension, mas que despótica, de que su mujer no piense sino como ellos, ni el hijo sino como ellos y su mujer, padres, blasfemos contra la Religion que impone á su mujer una doctrina que no es la doctrina de ellos, y no ocultan su ambicion de ejercer solos, sin Jesucristo ni la Iglesia, sobre

la inteligencia de su mujer y de sus hijos lo que ellos en su soberbia llaman soberanía del pensamiento. ¿Qué sucederá, decidme, si la madre, lejos de estar convencida de que hay unidad de miras en la casa, defiende celosamente su mas preciosa libertad y su mas legítima independencia, posponiendo la doctrina de la Iglesia á la opinion de un hombre, y la autoridad católica á la potestad de su marido? ¿Qué regla de sus pensamientos, ni qué base para toda su vida encontrará el niño en los consejos de ese padre que vacila, de ese padre que duda, ó de ese padre que niega?

Pero supongamos que el padre no aspira á este impío pontificado supremo, sino que se digna respetar en su mujer y en su hijo una doctrina que no logra el honor de ser aprobada por su filosofía, y deja que la madre haga [illegible] del hijo con una autoridad que el padre tiene por problemática: supongamos esto, y en verdad que en los tiempos que hoy corren, no es lo peor que puede suponerse. De todos modos nos hallaremos con un niño cristianamente educado, y que en este estado va á entrar en la escuela y á ponerse bajo la direccion de un *profesor*, cuya palabra va á sustituir á la palabra de la madre. ¿Cuál [illegible] situacion para el corazon de esa mujer y para el porvenir de ese niño, del niño apartado, á los diez años de su edad, del padre y de la madre, y entregado absolutamente á la palabra de un estraño? Quiero conceder que este estraño sea un hombre de bien, pero hombre á quien la verdad no nos permite llamar cristiano. Y yo le digo:—¡Oh tú, maestro, quien quiera que seas, respóndeme: ¿de qué modo piensas formar esa jóven inteligencia? ¿Quién eres tú? ¿En nombre de quién hablas? ¿Cuál es tu símbolo y tu religion? ¿Cuál es, al menos, tu doctrina? ¿A qué filosofía, á qué sistema te has casado? Y desde el punto de vista en que yo te considero ¿eres tú [illegible] hombre, espiritualista, católico, materialista ó panteista? Pues qué vas á enseñar, dime, ¿quién es tu maestro? ¿Descartes ó Bacon? ¿Rousseau ó Voltaire? ¿Fourier ó Saint-Simon? Y entre todas las escuelas que se reparten [illegible] los despojos de estas varias filosofías, ¿cuál es la que has elegido? [illegible] ¿Te crees capaz de dar, en una hora, á ese niño la fórmula compendiosa de tus creencias seguras y de tus convicciones definidas?

¿Con qué procedimiento, á ese niño que de los brazos de su madre ha caido en los bancos de tu escuela, vas á darle principios, creencias, y junto con estos principios y creencias los fundamentos de la inteligencia y la base de toda la vida? Si sabes qué cosa son la inteligencia y la verdad, ¿no te da miedo la pretension de imponer á un niño una doctrina sin mas autoridad que la tuya, ni mas sancion que tu propio pensamiento? ¿Con qué derecho le has de dar como verdad una filosofía, un sistema, una utopía quizás, una quimera, un sueño? Entre Aristóteles y Platon, entre Zenon y Epicuro, ¿qué importa el que tú escogieses? ¿De dónde sacas autoridad para imponer tales ó cuales creencias, tú que desdeñas repetir con la Iglesia el pensamiento mismo de Dios, la cuya palabra no quiere ser sino la de aquel Verbo que ilumina á toda mente?

Pero aquí te oigo decirme: «Yo no impongo nada, no defino nada; noticioso de todo cuanto el hombre ha pensado y dicho, me presento ante una inteligencia que tiene sed de verdad, y le cuento la historia del error.»—Si das nocion de todo, y certidumbre de nada, en nombre de la filosofía cometes la locura de invitar á un niño á escoger la doctrina, la fe, la religion, el Dios que le acomode, con riesgo casi inevitable de que en su vida profese ni una doctrina, ni una fe, ni una religion, ni un Dios. ¡Soberbia hazaña! ¡Ah! ¿No percibís, no sentís, señores, la pro-



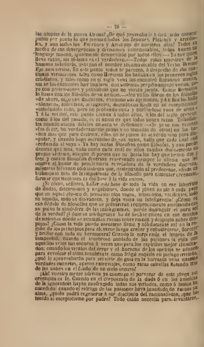
funda herida causada en el alma de vuestro hijo por este escepticismo ó esta negacion que, quiera ó no quiera el maestro, rebosan de su palabra, si es que antes ya no han rebosado de la palabra del padre?

¿Qué va á hacerse luego el *profesor* con ese adolescente, emancipado ya de la disciplina de la escuela y de la dependencia del hogar doméstico? Ahí teneis ya á vuestro hijo, en la edad de diez y seis años llevándolo de ciudad en ciudad y de anfiteatro en anfiteatro, á ver si halla, en una palabra que enseñe, un sosten para esa alma sobre la cual van á pasar bramando las tempestades de la vida. Ya le veo al pié de una cátedra escuchando á un hombre que habla, es Sofronio. Veamos lo que dice Sofronio. Sofronio dice que el hombre tiene un alma, y que esta alma es inmortal, dice que hay una verdad, una justicia, deberes; dice que el Cristianismo es la mas grande de las religiones, Jesucristo el mas grande de los reveladores, y la Iglesia la mas magnífica de las instituciones.— «Muy bien, responde nuestro mancebo, pero esa religion, ¿es divina? Jesucristo, ¿es verdaderamente Dios? ¿Puedo yo cumplir mi fin de hombre sin necesidad de reconocer esa revelacion de Jesucristo ni las leyes de esa Iglesia? ¿Puedo yo tranquilo descansar en que poseo la verdad, y en que tengo satisfecha mi conciencia?»—«Jóven, replica Sofronio, esas son cuestiones graves; la filosofía no tiene encargo de resolverlas, acerca de ellas unos afirman, otros niegan. Inteligente y libre te ha hecho Dios: escoge tú lo que te plazca.»

—«Vamos á otra parte, dice entonces el jóven, á ver si Rufo me aclara el enigma.»—Rufo es discípulo de Sofronio, pero ya desdeña soberanamente al maestro, tachándole de pacato y de anticuado. Rufo es mozo, y habla con énfasis tajante, audaz, imperiérrito dice que la Iglesia es cosa puramente humana, que Jesucristo es un sábio, un reformador, sí, pero nada mas que un hombre, que lo milagroso, lo sobrenatural, lo divino en la humanidad es pura palabrería, y que la sana crítica sabe á qué atenerse sobre todo esto. Verdad es que piensan lo contrario ignorantes como un San Agustin, un Santo Tomás, un Bossuet, un Fenelon, y otros tantos de tan menguados alcances. ¡Bah! el mundo ha marchado, y todos estos hombres son ya muy pequeños ante la grandeza de Rufo!

¡Pobre mancebo, que ibas á buscar en Rufo la esplicacion del enigma! Ya veo el secreto terror con que le miras abismado en nuevas dudas, allí donde ibas buscando convicciones.—«Vámonos de aquí, esclamas veamos qué dice ese Albino, de quien se asegura que sabe la palabra final de la ciencia y la solucion de todos los misterios.»—Para Albino es Rufo otro pacato, inconsecuente, que se detiene á media jornada. Albino es quien lo entiende: para este intrépido pensador, eso de un Dios espíritu es un contrasentido; el mundo es eterno, y la verdad eternamente variable: Dios es la naturaleza, Dios es el gran todo; Dios es una fuerza, Dios es el magnetismo, la electricidad, ó la ley matemática. ¡Afuera el Cristianismo! ¡afuera la Iglesia! ¡no mas Dios ya! ¡No hay mas Dios que el hombre prosiguiendo en la tierra, por su propia energía, un progreso indefinido!»

¿Qué rumbo tomará nuestro jóven al encontrarse, á los diez y ocho años de su edad, entre aquellas afirmaciones tímidas y estas osadas negaciones? ¿De qué le servirá ya, para dar consistencia á sus vacilantes pensamientos, asistir á las otras cátedras de Lucio y de Sempronio? ¿Qué habrá ganado nuestro infeliz escéptico cuando, á manera de los jóvenes griegos, haya corrido del Pórtico al Lyceo, del Lyceo á la Academia, para oir unas tras otras todas las elocuencias, todas las filosofías y todas



las utopías de la nueva Atenas? ¿De qué provecho le habrá sido conocer punto por punto lo que piensan todos los Zenones, Platones y Aristóteles, y aun todos los Pyrrones y Aristipos de nuestros dias? Todos en medio de sus divergencias y divisiones interminables, todos tienen un lenguaje mismo, igualmente desmentido por todos ellos —«Yo soy quien lleva razon, mi sistema es el verdadero.»—Todos estos maestros de la humana sabiduría, usurpan el nombre incomunicable del Verbo Divino: *Ego sum veritas.* En este punto todos se parecen, á despecho de sus contínuas variaciones tales como Hermias los hallaba en los primeros siglos cristianos, y tales como en el siglo XVIII los encontró Rousseau mismo, así se los encuentra hoy tambien con sistemas perpétuamente varios, pero con pretensiones y petulancia que no variarán jamás. Como Rousseau lo hacia con los filósofos de su tiempo,—«leo yo los libros de los filósofos »de ahora, oigo sus discursos, examino sus opiniones, y á todos los hallo »altaneros, soberbios, arrogantes, dogmáticos hasta en su escepticismo: »sabiéndolo todo, pero no probando nada y burlándose unos de otros.» Y á la verdad, este punto comun á todos ellos, á los del siglo presente como á los del pasado, es el único en que todos tienen razon. Triunfantes cuando atacan débiles cuando se defienden.—«Si peso sus razones »(es decir, las verdaderamente suyas y no tomadas de otros) no las tienen mas que para destruir, ellos no se ponen de acuerdo sino para disputar, y cuando hago escrutinio de sus votos, hallo que cada cual está »reducido al suyo.» Ya hay tantas filosofías como filósofos, y aun puede decirse que mas, visto como cada cual de ellos cambia diariamente su propio sistema, aunque él piensa que no. hasta los hay que tienen dos y tres y cuatro filosofías diversas reservando siempre la última que les ocurre el honor de proclamarla reveladora de la verdadera doctrina, mientras hilvanan otro sistema que, destronando al predecesor, añade un testimonio mas de la impotencia de la filosofía para cimentar creencias, formar convicciones ni dar base á la vida entera.

¿Ni cómo, señores, hallar esta base de toda la vida en ese laberinto de dudas, discusiones y negaciones, donde el jóven siente á cada paso que en aquel abismo de pensamientos vagos, temerosos, vacilantes, todo se sepulta, todo se desvanece, y deja vacía su inteligencia? ¿Cómo en ese dédalo de filosofías que se pulverizan recíprocamente anublando con su polvo la atmósfera de las inteligencias, puede distinguir el puro sol de la verdad? ¿Cómo su inteligencia ha de hechar raices en ese montón de sistemas donde se acumulan ruinas sobre ruinas y despojos sobre despojos? ¿Cómo la vida puede asentarse firme y sólidamente así en la region de los principios para elevarse luego crecer y robustecerse, florecer y brillar con toda su hermosura? Cuando la sorprenda el ímpetu de la tempestad, cuando el tenebroso nublado de las pasiones la ciña con aquellos velos tan oscuros á veces aun para los espíritus mejor iluminados; cuando los vientos del error y el huracan de los apetitos se aunen para revolcar el alma zozobrante como frágil esquife en piélago irritado, ¿qué le aprovecharán para servirle de guia en la borrasca unas cuantas verdades inciertas, apenas entrevistas, como raras estrellas flotando tras de las nubes en el fondo de un cielo oscuro?

¡Ah! vuestra mente adivina ya conmigo el porvenir de este jóven sin creencias ni fe. Cuando en el crepúsculo de la duda ó en las tinieblas de la ignorancia hayan naufragado todas sus virtudes, como á tantos ha sucedido cuando el estrago de las pasiones haya inundado de ruinas su alma, ¿quién podrá regenerar á ese discípulo del racionalismo, que ha tenido al escepticismo por padre? Todo caido necesita para levantarse,

da un punto de apoyo, y en él no lo tiene su inteligencia, que debia serlo de toda su vida, está derruida tambien, y cabalmente la ruina de este cimiento es causa de la de todo el edificio. He visto á muchos hijos de esta educacion escéptica, discípulos de un racionalismo sin símbolo ni fe, que á los treinta años de edad parece que no viven sino para darnos espectáculo de ruinas, ruinas del corazon, ruinas de la conciencia, ruinas de la voluntad, ruinas de los sentidos, y debajo de todas, la gran ruina de su inteligencia despedazada por el martillo de sistemas contradictorios. ¡Helos ahí cómo arrastran su vida, con un corazon sin amor, una voluntad sin fuerza, un alma sin virtudes, una inteligencia sin convicciones, y sin un principio siquiera en que fundar una esperanza de resurreccion. ¡Ah! huyamos de esta tierra de ruinas y de esta region de la duda, y busquemos en tierra cristiana y católica el suelo firme y feraz en donde la inteligencia echa raices y crece con toda galanura.

III.

Oid la obra grandiosa que la educacion verdaderamente cristiana y católica realiza en la inteligencia del niño: ella afirma, y lo afirma con incomparable autoridad, pues lo hace con el verbo de Dios, toda verdad importante al último fin del hombre, y esta verdad tan plena, y tan soberanamente afirmada, se va desarrollando con incesante progreso para conducirle á su perfeccion.

Lo que en primer lugar constituye la incuestionable supremacía de toda educacion profundamente católica, es que solo ella realiza con plenitud lo que acabamos de reconocer cómo de primera necesidad; es decir, dar á las inteligencias sólido asiento, arraigándolas en Jesucristo, edificándolas sobre este divino fundamento: *radicati et super ædificati in ipso*, y confirmándolas en la fe, *confirmati in fide*. (Coloss II, 7) De esta manera fundados sobre Jesucristo y arraigados por la inteligencia en Jesucristo puede decirse de los niños así educados lo que San Pablo decia á los cristianos de Coloso: *in fide fundati, stabiles et immobiles*; apoyados en la fe, es decir, en el Verbo mismo de Dios, enseñado por la Iglesia, sois firmes é inconmovibles: *stabiles et immobiles*.

Mas ¿cómo ha de echarse este primer cimiento del alma, sin el cual no se da sólida educacion á la inteligencia? Oidme, os ruego, con doblada atencion. La inteligencia se perfecciona tanto mas cuanto mas se une con lo intimo, con el principio de las cosas; solo apoyada en este fondo, puede lograr firme y sólida base. Pues bien, lo que se halla en el primer principio y en lo mas profundo de las cosas, es el Verbo hecho carne; el Verbo creador y el Verbo revelador, pues por él fueron hechas todas las cosas: *omnia per ipsum facta sunt* (Jo. I, 3) en él fueron criadas todas las cosas: *in ipso condita sunt universa* (Coloss I, 16), y todas subsisten por él: *et omnia in ipso constant*. Aquí veis, pues, señores, que cimentar la inteligencia del niño en el Verbo Encarnado, vale tanto como basarla en el fondo y principio de las cosas, es decir, en su fondo y principio propio; vale tanto como encadenar el pensamiento del niño al pensamiento del Verbo, unir la inteligencia humana á la inteligencia divina, y sustentarla en Dios mismo.

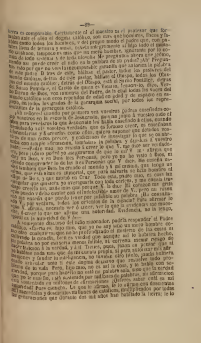
Este es el carácter eminentemente distintivo de la inteligencia educada por el cristianismo, y muy especialmente por el Catolicismo. Ora esta educacion se obre por la palabra de una madre, ó de un padre, ora por la de un maestro, seglar ó sacerdote, su objeto y su anhelado fin son siempre unos mismos, cualquiera que sea el institutor, si es católico, puede y

debe decir al niño:—«Esta doctrina que quiero depositar en tu inteligencia, no es mia, esta filosofía, cuyo compendio te doy en palabras tan sencillas como sublimes, y tan breves como profundas, no es fruto de mi sabiduría, ni producto de mi talento, sino que quien te habla en mí, es Jesucristo, es el Verbo, es la sabiduría misma de Dios. *Christum Dei sapientiam.* No te doy esta filosofía como de hombre que va buscando la verdad, sino que ella es la verdad misma ya encontrada, la verdad substancial, única que puede decir de sí propia: *Ego sum veritas*, filosofía que no se discute, sino que hasta con enunciarla, formularla para que se te presente con toda su claridad propia, pues para penetrar en tu inteligencia, no ha menester el largo rodeo de humanos discursos, ni atravesar por entre las sombras que la demostracion misma suele dejar en su camino, sino que penetra en tí como el rayo de sol que no necesita ser iluminado, porque él es cabalmente quien todo lo ilumina, como luz que es de todo hombre que viene á este mundo, y la cual para manifestarse, tiene sobrado con su claridad propia de modo que tú la ves en cuanto se te presenta delante y te dice:—«Heme aquí».—Esta filosofía no es un sistema humano que te muestra una parte de la verdad, sino un compendio divino que te dá la verdad toda entera: *Omnem veritatem*, en esta filosofía tu inteligencia no es poseida por Aristóteles, ni Platon, ni Zenon, ni Sócrates, sino por el Verbo mismo, y con él y en él, por el sumario de toda filosofía humana y divina, por todo cuanto la razon enseña á la humanidad y la revelacion á la Iglesia, es la sabiduría plena, que se revela al hombre para conducirle á la plenitud de su perfeccion: *docentes in omni sapientia, ut exhibeamus omnem hominem perfectum in Christo Jesu.*»—(Colos., I 28.)

El niño de doce años, formado así segun la doctrina católica, posee, sin haber razonado nunca, el enigma de todas las filosofías que atormentan á la mente humana. ¿Quién es Dios? Lo sabe. ¿Qué es el alma? Lo sabe. ¿Cuál es el principio del mundo? Lo sabe. ¿Cuál el fin del hombre? Lo sabe. ¿Por qué caminos ha de llegar el hombre á este fin? Lo sabe. ¿Qué hay despues de esta vida? Lo sabe. ¿Qué debemos hacer para alcanzar nuestro fin? Lo sabe tambien. Y todo esto lo sabe, no como puntos discutibles, pues la Iglesia no se los ha propuesto así, sino como afirmaciones de esta divina maestra, la cual, aunque usa en sus Catecismos de la forma interrogativa, lo hace para ayudar á la inteligencia, no para proponer dudas. Promover cuestiones es hacer vacilar la luz, dar soluciones es mostrarla radiante, y eso hace la Iglesia por boca de una madre, de un padre ó de un preceptor, eso hace, dar al niño soluciones, todas las soluciones, y con ellas el niño sabe cuanto hay que saber sobre todas las verdades tocantes al principio, fin y régimen de su vida entera, si, todo lo sabe, como en este mismo sitio ha dicho un ilustre orador, antes de haber sospechado siquiera qué cosa es el saber.

Póstrese aquí maravillado el que con nosotros adore al Verbo de Dios, vivo siempre y siempre hablando á su Iglesia, aun el que no sea cristiano, habrá de reconocer la grandeza de esta idea, cuya aplicacion práctica infunde al alma del niño; con la palabra de Jesucristo, la verdad y toda la verdad. Obra incomparable, escuela divina, en la cual se aprende el pensamiento mismo de Dios por medio de una palabra que de Dios mismo procede, y en nombre de una institucion que á sí propia se proclama obra de Dios para dar á su doctrina la potestad y la afirmacion de la autoridad de Dios mismo.

Sí, señores, esta doctrina que enseña con afirmaciones la verdad, se comunica como debia serlo, es decir, con autoridad á la que nada en la



tierra es comparable. Ciertamente ni el maestro ni el profesor que formulan ante el niño el dogma católico, son mas que hombres, flacos y falibles como todos los hombres, y del propio modo el padre que, con palabra llena de ternura y amor, revela integramente al hijo todo el misterio cristiano, tampoco es mas que un mero hombre, ignorante por lo comun de todo sistema y de toda filosofía. Me preguntais ahora que ¿cómo, siendo así, puede creer el niño en la palabra de su padre? ¡Ah! Preguntais esto por que no veis la incomparable garantía que autoriza la palabra de este padre. Detras de este, hállase el pastor, todos los pastores del mundo católico; detras de este pastor, hállase el Obispo, todos los Obispos del mundo católico; detrás del Obispo, está el Sumo Pontífice; detras del Sumo Pontífice, el Cristo de quien es Vicario, Jesucristo, digo. Verbo Eterno de Dios, voz inmensa del Padre, de la cual todas las voces del mundo católico son ecos repetidos de edad en edad y de espacio en espacio, en todos los grados de la gerarquía social, por todos los representantes de la gerarquía católica.

¡Ah señores! cuando por primera vez vuestros padres enseñados como vosotros en la escuela de Jesucristo, movian junto á vuestro oido el labio para revelaros lo que Jesucristo les habia enseñado á ellos, cuando formulando ante vosotros verdades que es forzoso creer, os enseñaban á formularlas y á creerlas como ellos, quiero suponer que dotados vosotros de una razon precoz, y codiciosos de investigar lo que se os afirmaba con simple afirmacion, tomásteis la palabra y dijísteis á vuestro padre:—«Padre mio, no resisto á creer lo que V. me dice ser verdadero, pero ¿cómo podré yo asegurarme de que lo es? V. me afirma que hay un Dios, y en Dios tres Personas, pero yo no he visto á Dios, ni puedo comprender lo de las tres Personas que V. dice. Me enseña usted tambien que Dios ha creado el mundo y á mi mismo, que tengo un alma, que esta alma es inmortal, que para salvarla se hizo hombre el Hijo de Dios, y que murió en Cruz. Todo esto, padre mio, es cosa tan singular que quisiera yo averiguarla con toda certeza, y me cuesta trabajo creerla así, nada mas que porque V. la dice. Mi corazon me grita que puedo y debo contar con el indefectible amor de V., pero mi razon no me enseña que puedo tener por infalible su palabra. ¿Ha consultado V., por ventura, todos los oráculos de la ciencia? Para afirmar lo que V. afirma, necesito ver ó creer, ver lo que la evidencia me muestre, ó creer lo que me afirme una autoridad. Evidencia, no la tengo, ¿cuál es la autoridad de V.?»—

A semejante discurso del niño razonador, podria responder el Padre católico. «Cierto es, hijo mio, que yo no soy sino un mero hombre como otro cualquiera, que no he profundizado el misterio de las cosas ni cultivado la ciencia, bien es verdad que aunque así lo hubiera hecho, mi palabra no por eso seria menos falible, ni correria menor riesgo de hacer traicion á la verdad, y á tí. Tienes, pues, razon en pensar que si yo hablase nada mas que de mi cuenta propia, si para autorizar mis afirmaciones y fundar tu inteligencia, no tuviese otro título, jamás hubiera osado articular ante tí este dogma decisivo que resuelve todo problema de tu vida. Pero, hijo mio, no es así la cosa, y te hablo con seguridad, porque para hacerlo no está mi palabra sola, sino que la verdad que yo te enseño, está sostenida por millones de palabras, mi afirmacion está sostenida en millones de afirmaciones. ¿Quieres saber cuál es mi autoridad? Pues escucha. Lo que te afirmo, te lo afirmo con doscientos mil sacerdotes y doscientos millones de católicos, multiplicados por todas las generaciones que durante dos mil años han habitado la tierra; te lo

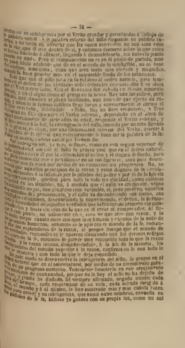
afirmo con catorce millones de mártires, te lo afirmo con mas de veinte millones de Apóstoles, te lo afirmo con mas de cien millones de vírgenes, confesores y Santos. Te lo afirmo tambien con innumerables legiones de filósofos, teólogos, doctores, oradores, escritores, sábios y eruditos, unánimes todos, en el tiempo presente como en el pasado, para afirmar con sus palabras las verdades que yo te enseño con la mia. Si, tengo conmigo á la ciencia, al génio, á la elocuencia, á la virtud á la santidad, al heroismo, tengo á todos los Crisóstomos, á todos los Agustines, Gerónimos, Ambrosios, Buenaventuras, Anselmos, Tomases de Aquino, y á tantos otros que de tantos siglos acá, se van sucediendo en el mundo católico, tengo conmigo á la duracion, tengo al espacio, tengo al tiempo y á la eternidad, tengo al cielo y á la tierra, tengo á los hombres, y tengo á Dios. Si, hijo mio, en cuanto te afirmo, tengo conmigo á Dios, pues este Verbo que te estoy enseñando, es engendrado del seno de Dios, de Dios mismo, y vive eternamente en su Iglesia para enseñar á todo hombre, y este Verbo Eterno es el mismo que, por la voz del Pontífice que está en Roma, y por la del Obispo que repite la palabra del Pontífice, y por la del pastor que repite la palabra del Obispo, y así de grado en grado y de eco en eco, hasta la palabra de tu padre que ahora te está hablando, ese Verbo Eterno es el que acaba de resonar en tu infantil inteligencia. Necesario es, por tanto, hijo mio, creer en la palabra de Dios, que á ti llega procediendo de la mas grande autoridad que jamás ha visto el universo.»

Oyendo estoy ya la objecion que algunos de vosotros me dirigen en su mente —«¿Qué importan, decis, al niño, esa doctrina ni esa autoridad para el convencimiento de su razon? ¿Cómo puede racionalmente admitir la enseñanza de esa doctrina que no comprende ni el testimonio de esa autoridad que no se esplica, pues él cree sin comprender la primera ni juzgar la segunda? ¿Cómo, pues, se quiere fundar á un ser racional sobre una base aceptada sin prévio exámen de su razon?»

Esta objecion os ocurre porque no habeis examinado la naturaleza inmutable del niño, que no se trocará hagais lo que hiciérais. Si, señores, el niño cree desde luego sin comprender, y acepta sin examinar. Esta es una necesidad de su vida intelectual, moral y religiosa, y de ningun modo recibe los elementos de su vida, la base de su vida ni el punto de partida de su existencia, sino por medio de una verdad que se le pone delante, y de una autoridad que se le afirma. Contemplad aquí conmigo, antes que acabemos, toda la hermosura de la obra de Dios, y vereis cómo este asentimiento que al niño presta instantáneamente á la autoridad que le afirma una verdad, y á la verdad enunciada por ella, va poco á poco iluminándose con una claridad progresiva, hasta llegar á reconocerse á sí propia como eminentemente razonable.

Esta dócil aceptacion de la verdad y de la autoridad, va, digo, iluminándose por sí misma, y á medida que el niño va creciendo, con todo el progreso de su razon incipiente. En aquella inteligencia donde la verdad ha sido sembrada, por decirlo así, en lo oscuro, levántase una aurora progresiva que le muestra al fin en todo su esplendor la verdad y la autoridad que comenzó aceptando bajo la fe de agena palabra. O mejor dicho, en aquella alma jóven que ha recibido el presente de una doble vida, surgirán dos auroras que se compenetran multiplicando sus recíprocos resplandores, la aurora de las verdades naturales, y la de las sobrenaturales.

A medida que el niño crece y su razon se va fortificando, ilumínase ante él mas y mas el órden y la armonía de las verdades naturales sem



bradas en su inteligencia por el Verbo creador y germinadas á influjo de la palabra social: á la palabra esterna del niño responde su palabra interna, y no tarda en advertir que las voces esteriores no son sino ecos de la voz que él oye dentro de sí, y entonces discurre sobre lo que antes se habia limitado á afirmar, llegando á demostrárselo, sin haberlo jamás puesto en duda. Pero el razonamiento no es en él punto de partida, sino un paso hácia adelante que da en el mundo de lo inteligible, no es base del edificio, sino cima; cima que será tanto mas elevada y magnífica, cuanto la base penetre mas en el inmutable fondo de los principios.

Esto que con el niño pasa en lo relativo al órden natural, pasa tambien en el órden de las verdades sobrenaturales comunicadas á su alma por el Verbo revelador. Con el Bautismo fue echada en él esta simiente divina, y en él sigue como el grano en la tierra. Hay una luz infusa, pero latente, que alumbra al jóven bautizado, aun antes de que ejerza su razon, y cuando la Iglesia católica llega luego y esteriormente le afirma el dogma revelado, diciéndole: «Niño, hay un Dios verdadero, y Tres Personas en Él», entonces el Verbo interno, depositado en el alma de aquel catecúmeno de siete años de edad, responde al Verbo esterno, y la luz conoce á la luz, la inteligencia del niño, movida por un acto directo de la gracia, es decir, por una iluminacion interior del Verbo, asiente á la palabra de la Iglesia que esteriormente le hace oir la palabra de la fe: *Fides ex auditu, auditus autem per Verbum Dei.*

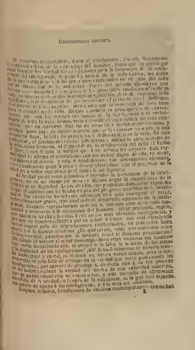
Por consiguiente, ya veis, señores, como en esta region superior de lo sobrenatural sucede al niño lo propio casi que en el órden natural. Todo comienza en él por la afirmacion absoluta y el dogma definido, pero no para inmovilizarse y petrificarse en su inteligencia, sino para desenvolverse con la edad por medio de un conocimiento progresivo. No, no creais que aquellos principios de la razon y estos dogmas de la revelacion, afirmados á la infancia por la palabra del padre y por la de la Iglesia respectivamente, queden para toda la vida sin claridad, como estátuas erigidas en las tinieblas, no, á medida que el niño va creciendo, vánse iluminando mejor, con progreso imperceptible, sí, pero positivo, aquellos dos mundos del pensamiento, y el niño va descubriendo sus cimas, sus múltiples relaciones, descubriendo la conveniencia, el órden, la hermosura y fecundidad de aquellas verdades que habia creido primero sin comprenderlas y hasta sin idea de lo que es el creer ni comprender. Al llegar á este punto, no solamente cree, sino ve que cree con razon, y lo ve tanto mejor cuanto mire con ojos mas limpios y exentos de la nube de las pasiones humanas, entonces se le aparece el mundo de la fe, radiante con los esplendores de la razon, al propio tiempo que el mundo de las verdades racionales se le aparece iluminado con los divinos reflejos del astro de la fe, entonces le parece mas razonable todo lo que la razon enseña y la razon misma, descubriéndole, á la luz de la historia, los fundamentos del mundo superior á la razon, confirma su fe con todo lo que le muestra y con todo lo que le deja escondido.

De este modo se desenvuelve la inteligencia del niño, lo propio en el órden natural que en el sobrenatural, por medio de un crecimiento paralelo, de un progreso continuo. Vanamente buscareis en este crecimiento una solucion de continuidad, porque no la hay: el niño no ha dejado de crecer, y jamás ha dudado, ha siempre afirmado, negado nunca; cada hora del tiempo, cada respiracion de su vida, cada mirada dirigida á Dios, al mundo y á sí mismo, le han mostrado mas y mas cuánta razon tiene para creer; y su inteligencia, que nació entre sombras, envuelta en los pañales de la fe, báñase ya gozosa con su propia luz, como un sol

cuyo esplendor va aumentándose incesantemente hasta que, llegado á su apogeo, luce en la plenitud de sus fulgores

Entonces ¡oh! entonces el cristiano posee no solamente el goce, sino tambien el entusiasmo de la verdad, que lo invita á sus festines, y en torrentes de luz le da como santa embriaguez. Hijos desdichados de un siglo escéptico, náufragos de la fe, ¡ah! vosotros no conoceis estos goces puros que, al difundirse en el alma humana por una autoridad divina, derrama la verdad sobre las inteligencias llegadas á madurez: no conoceis la suavidad de sus perfumes ni el esplendor de su luz. Algunos de entre vosotros han tenido la dicha de recojer en paz los restos de sus creencias, dispersadas por las tempestades, pero no todos habeis conocido en su plenitud la incomparable dicha de una fe jamás conmovida, cada vez mas razonable y mas radiante cada hora. ¡Dicha incomparable, sí, la de haber recibido con sencillez la verdad, para poseerla luego iluminada con los fulgores de la ciencia, de la evidencia y de la razon! Yo he probado esa dicha, y mi alma, inundada de gratitud, necesita comunicarla á la vuestra ese beneficio que debo á los hombres y á Dios. ¡Oh beneficio sin igual de la fe, adquirida por la educacion católica, y acrecentada con incesante progreso por entre las pruebas de la vida! Nunca lo olvidaré. En este radiante brillo que circundaba mi fe, cada vez mas pura y radiante, he probado en lo mas íntimo de mi alma goces que no tendrán superior sino en aquel eterno caridad que ha de ser el inefable goce de la patria inmortal. ¡Oh, Dios! ¡Cuántas veces en silencioso recogimiento á solas con la verdad, es decir, con vos mismo, inundado en los reflejos de esta fe, depositada en mi alma sencilla por una madre que no sabia sino creer en vuestra palabra, cuántas veces, lo digo, saltando de gozo mi corazon y arrasados mis ojos de lágrimas, he esclamado: ¡Dios mio! ¡Bendito seais por haber revelado vuestro Verbo á mi primera infancia! ¡Oh Religion divina, oh santa Iglesia mi madre, verdadera maestra de las inteligencias! Si los hombres os conociesen, si conociesen esta ventura de creer desde la infancia con luz y serenidad cada vez mas grande, ¡ah! ¡qué intensamente anhelarian lo que para todos los niños anhela mi corazon de hermano y mi alma de apóstol, hallar en Jesucristo, revelado por la educacion cristiana, los verdaderos goces del espíritu, los verdaderos progresos de la inteligencia!

FIN DE LA TERCERA CONFERENCIA.



El cristianismo completo, ó sea el catolicismo, asienta firmemente la verdadera base de la educacion del hombre, como que es privilegio suyo reunir en la verdad las condiciones para la formacion de la inteligencia, la inteligencia, el punto y sosten de la vida entera, así como de la inteligencia lo son los principios enclavados en el alma del niño por la educacion de la autoridad. Fuera del método afirmativo que asienta con autoridad los dogmas y los principios fundamentales de la vida, no hay sino otros dos métodos imaginables, ó el de suprimir toda enseñanza, ó el de disminuir lo que se enseña: el primero es el nihilismo; el segundo el escepticismo: uno y otro son la supresion de toda base para el edificio de la vida. En esta carencia de principios y de convicciones que son las verdaderas raíces de la inteligencia y el sostenimiento de toda la vida, hemos visto consistir el vicio radical de toda educacion que en nuestros dias no es resueltamente cristiana y católica, pues bajo cualquier aspecto que se la examine, siempre es uno mismo su flaco, la falta de principios y el desarraigo de la vida. En este particular, el catolicismo realiza con divina sencillez la obra maestra de la educacion humana, al depositar en la inteligencia del niño el Verbo de Dios, y con él toda la verdad que á su alcance no repugna. Esta verdad total la afirma el catolicismo con autoridad digna de ella, es decir, con autoridad divina, y esta verdad divinamente afirmada, vase iluminando poco á poco y desenvolviéndose con el progreso de la edad para sellar con plena perfeccion la inteligencia.

Al fundar yo en estos principios y cimientos la formacion de la inteligencia, no es mi ánimo en manera alguna negar la importancia de la ciencia ni su dignidad. Lejos de ello, me propongo demostrar algun dia lo que el catolicismo ha hecho en pro del progreso científico de la humanidad. Por ahora no ha sido mi intencion otra sino consignar el error, increiblemente grave, que confunde el desarrollo accesorio de la inteligencia, llamado especialmente instruccion, con este otro desarrollo sustancial y necesario á la educacion del hombre: error profundo, repito, que causa incurables heridas hasta en las mas elevadas inteligencias, y que aun en hombres ilustres por su saber y letras nos está ofreciendo hoy el espectáculo de degradaciones intelectuales, no conocidas hasta ahora por la Europa cristiana. ¿En qué creeis, sino, que consisten estos fáciles triunfos, ganados por la mentira sobre el humano pensamiento? ¿De dónde le vienen al error contemporáneo estas victorias sin combate que están humillando ante el oropel de lo falso la nobleza de las almas y la dignidad de las inteligencias? ¡Ah! Estos fenómenos de nuestro mundo intelectual y moral, os lo confieso, tienen varias causas, pero la fundamental es esta falta de arraigo en la verdad que están padeciendo las inteligencias, por carecer de principios, carencia que á su vez procede de no haber recibido la verdad por medio de una autoridad soberana, que ni puede engañarse ni engañarnos, y esta carencia de afirmacion absoluta de la verdad en la obra de la educacion, es la que está dejando sin punto de apoyo á las inteligencias, y á la vida sin cimiento.

Llegaos, señores, á cualquiera de vuestros contemporáneos que no han

recibido en su juventud la plena afirmacion de la verdad moral y religiosa, privilegio de la educacion cristiana, y que tampoco despues han tratado de llenar este tremendo vacío de sus almas, preguntadles cuál es su símbolo, cuál su fe, cuáles sus principios, qué cosa creen con fe robusta é inquebrantable, qué cosa saben siquiera, respecto del órden moral y religioso con invencible certidumbre, qué sacrificio estén prontas á hacer por su fe religiosa, ó al menos, por el triunfo de sus convicciones sinceras. Nada quizás, nada sino concesiones y mas concesiones, ó mejor dicho, cobardías y mas cobardías. ¡Ah! No recojemos sino lo que hemos sembrado: hemos sembrado duda, y recogemos impotencia. Por consiguiente, si queremos restaurar á la humanidad, restituyamos á la inteligencia humana en su verdadero fundamento, es decir, en el Verbo de Dios que es luz, vida y progreso de toda inteligencia.

Pero, señores, el desarrollo y formacion de la inteligencia humana no son toda la educacion del hombre sino solo su comienzo. Hasta hoy hemos considerado á la educacion nada mas que en su base, ahora vamos á examinarla en su centro. Si el primer encargo de todo director de la infancia es enseñarla á creer, el segundo es enseñarla á amar. Del propio modo que falta siempre algo á toda inteligencia no fundada en la fe, así tambien falta siempre algo á todo corazon no fecundado por el amor. El amor en el que educa y en el educado, es quien únicamente puede satisfacer las verdaderas condiciones de la educacion del corazon, y solo el cristianismo puede engendrar un amor capaz de satisfacerlas. Tal es el asunto de que voy á hablaros. Dicho se está que la frase amor, necesaria para esplicar el tema de este mi discurso, por la índole misma del asunto en que me es forzoso emplearla, sonará con bastante castidad en vuestros oídos para que me permitais repetirla muchas veces, seguros de que no se la puede usar en sentido mas puro y digno de ella.

I.

Antes de mostrar menudamente cómo solo el amor puede satisfacer las verdaderas condiciones de la educacion del hombre, consideremos bajo un aspecto mas general el desenvolvimiento de su ser desde su primer punto de partida, en su primer centro y en su fin inmediato, y veremos que el amor se difunde en él universalmente como suprema ley de la educacion, porque universalmente se manifiesta como suprema ley de la vida.

A ejemplo de las flores, la vida humana, soberanamente hermosa entre las flores sembradas por Dios en la tierra, abre su cáliz desde el primer instante de su brote. ¿Veis esta flor, que en la alborada de un hermoso dia afronta los primeros rayos del sol para beber su luz y aspirar su calor, cómo abre sus hojas dilatándose y desenvolviéndose á manera de una irradiacion animada cuyo foco se muestra lleno de matices en el fondo de su corola, es decir, en el centro mismo de su vida? Pues así sucede, salvo las condiciones de libertad, con la primera educacion de un hombre, como lo dice ya en sí misma la palabra *educacion* (educcion), ó lo que es equivalente, evolucion natural, movimiento natural de la vida desplegándose espontáneamente de dentro á fuera, del centro á la circunferencia, para ostentar su hermosura, difundir su perfume, y producir luego su simiente y su fruto.

Pues el punto central de donde se irradia toda la humana vida, es el corazon; este es su centro, por él aspira y respira nuestra existencia, por él atrae y repele, por él se condensa y se dilata, por él se concentra y se

despliega; en una palabra, por este centro de amor la humana vida, cuando aun no ha brotado, tiende ya á abrirse, á difundirse, á realizar su educacion primera.

Por eso es amar la primera necesidad de nuestra vida, por eso el hombre desde su aurora y aun sin conciencia alguna de sus afectos, sin que su pensamiento haya todavía desatado sus labios, oye ya una voz misteriosa pronunciar en el fondo de su corazon de niño una frase que es su primera y su última palabra —«Amo y quiero amar cada vez mas.»—Como el aquilon sopla en la llanura, como arde en el hogar la llama, como el águila se remonta á las cimas, como corre el arroyo en el fondo del valle, como la sávia circula en la planta, como brota la fuente, como respira el seno, así agitaba mi corazon en su primera aurora, cada una de sus respiraciones era revelacion de esta inevitable necesidad que ya entonces me decia lo propio que despues me ha dicho siempre con voz cada dia mas sonora *Quiero amar*, necesito amar, el amor es mi ley, mi vocacion, mi elemento, mi movimiento propio, mi vida entera.

Siendo esto así, ¿de que otro modo sino en el amor y por el amor puede realizarse la educacion de esta vida cuya aspiracion primera es una aspiracion de amor? ¡Qué será de mi corazon si no son áuras amantes las primeras que sienta pasar por él, si al brotar de su tallo mi existencia no se conmueve al soplo de sus áuras, como el broche de la flor al contacto de la brisa? ¿Qué va á ser de esta vida infantil, humana flor mil veces mas delicada que la mas delicada de las sensitivas, si en la atmósfera que la rodea y en todo cuanto con ella se roza, no encuentra mas que antipatía profunda? En una palabra, ¿qué será del niño tan sediento de amor por naturaleza, si no ama y se siente amado?

Por eso Dios ha provisto á tan gran necesidad, poniendo en torno de su cuna el amor para que le aspire como áura vivificante el nuevo ser que tan sediento de ella entra en la vida: en aquella atmósfera suave y tibia, donde respiran corazones que se aman, es donde ha de crecer aquella vida humana, hecha toda para amar. El corazon del niño es el vivo centro en donde se aduna el amor del padre y el de la madre, como dos rayos de un mismo foco, y á influjo de estos dos rayos, que multiplican su calor al compenetrarse mútuamente, logra el recien nacido su primera florescencia. Andando el tiempo, es posible que la educacion de este niño se prosiga y termine en otro lugar, pero su comienzo, en virtud del órden establecido por la Providencia, ha de ser entre el corazon del padre y el de la madre, y si mañana ha de sustituirles un extraño cualquiera, sea hombre ó sea mujer, ha de ser á condicion de que los represente y continúe la obra comun á entrambos, de una manera que el niño halle siempre fuera de su familia, aunque bajo diversa forma, lo que en su familia ha conocido.

Pues bien, ¿qué es lo primero que el niño conoce en su familia? el amor. ¿Qué conoce despues? el amor. ¿Qué conoce siempre? el amor. Miradas de amor son sus primeras miradas, sonrisas de amor sus primeras sonrisas, palabras de amor sus palabras primeras. De amor son aquellos tiernos y suaves contactos que poseen el secreto de palparle á todas horas sin lastimarle nunca. ¿Quién sabe aliviar sus dolores? ¿quién enjugar sus lágrimas? ¿quién guardarle el sueño? ¿quién seguir sus movimientos todos? ¿quién se inquieta, se apena, se fatiga por él? ¿quién le inunda á toda hora con el hálito de su seno, con la ternura de su corazon, con las caricias de sus manos, con los besos de su boca, con la comunicacion de su ser entero? ¿Quién? ¡Ah! no es menester decirlo, todos hemos visto al-

guna madre junto á la cuna de su niño [illegible] hemos leido en este libro perpétuamente [illegible] de la humanidad [illegible] la historia de la vida que [illegible] mienza [illegible] nuestra edad [illegible] hemos [illegible] nuestro [illegible] con la [illegible] frescura de estos [illegible], y en ellos hemos [illegible] vado, con toda su sencilla verdad y [illegible] encantadora, la [illegible] velacion siempre [illegible] de aquella gran ley de nuestra educacion [illegible] dulces, á la luz reflejada en nosotros [illegible] experiencia, [illegible] comprender, aunque ya sin poder [illegible] verdad que en [illegible] tra infancia sentimos cuando aun no [illegible] comprenderla, á saber que el amor fué en nuestro hogar doméstico la primera [illegible], el primer aprendizaje, en una palabra la primera educacion de nuestra vida.

Y ahora examinemos cuál es [illegible] de esta educacion que en el corazon tiene su primer punto de partida, y en el hogar doméstico su primera florescencia. La educacion tiene por resultado [illegible] y [illegible] car al hombre en la sociedad [illegible] el aprendizaje de la vida social, y por consiguiente, debe ante todo suscitar en el niño lo que, á falta de nombre mas propio, llamaré aquí la verdadera sociabilidad, es decir, la aptitud á vivir en sociedad, la necesidad de comunicarse [illegible] esteriorizarse para anudar con los demas hombres relaciones fraternales, la [illegible] hacer bien y á merecerlo [illegible] la propia bondad, en suma, ese cierto é indefinible conjunto de cualidades esquisitas, suaves, [illegible] cadas, que como de suyo brotan en el hombre [illegible] educido, á manera de rayos de un corazon amante, y no solo [illegible] que ni aun [illegible] ble sea pensar en esa cosa [illegible] social llamada egoísmo. El egoísmo es bárbaro, es la [illegible] de la sociabilidad y hasta de la buena crianza, pues que la verdadera urbanidad no es sino emanacion natural de la bondad. Puede [illegible] faltar á las formas y á [illegible] que llamamos exigencias de la [illegible] cortesanía, pero seguro está que jamás falte á esta cortesanía esencial [illegible] de suyo, y en virtud de la cual jamás nos [illegible] para separarnos [illegible] chos de nosotros mismos, todavía mas que de él. ¡Oh! si [illegible] buenos, sedlo constantemente [illegible] sociables, ya sois cortesanos; amad, amad sin tregua y con esto solo habreis cumplido toda la ley de la humana sociedad, como toda la ley de la sociedad cristiana, porque si la justicia es norma rectora de la sociedad, el amor es su [illegible] debería su ventura.

El ideal, pues, de la sociabilidad verdadera, y por consiguiente [illegible] ideal de la educacion que dispone al hombre para la vida social y [illegible] inicia en ella, es hacerle contraer desde su mas tierna edad esta [illegible] propension á olvidarse de sí para pensar en los otros, y llevar consigo por do quiera, á par de la [illegible], que es el signo característico del hombre, estas emanaciones de la bondad que parten del corazon para difundirse como un perfume desde el vaso que las contiene. Pues bien, para que la educacion logre este resultado, para que el niño pueda realizar un dia, mas ó menos perfectamente este ideal, es necesario que crezca en el amor. A fuerza de sentir en sí propio el rayo del amor [illegible] elínase, como naturalmente, el niño, se acostumbra á amar, contrae la dulce necesidad de hacerlo. Esta preparacion á la vida social por medio de la educacion del amor, varía segun las fases de la vida misma [illegible] educando: mas tierna en la primera infancia, es mas fuerte en la segunda, pero en ninguna de estas fases debe faltar, porque en todas tiene el niño necesidad de amor y su educacion debe realizar hasta el fin, aunque con diversas formas, la soberana ley de su vida y de su razon: aprender á amar.

Y efectivamente, si queréis ahora examinar más de cerca esta educacion con sus condiciones propias, vais á ver cómo para resolver sus dificultades prácticas, y para perfeccionarla debidamente, hay que dirigirla con un perpétuo ministerio de amor.

Ora el niño sea educado por su madre, ora por un extraño, es menester que la educacion produzca en él siempre un resultado, sin el cual es infecundo todo esfuerzo, es menester inspirarle afecto al tenor de la educacion que se le da, y suscitar en su virginal corazon simpatías profundas hácia todo lo que ella le comunica, hácia las tradiciones, las costumbres, las virtudes, las instituciones, y todas las cosas legítimas y santas que le hace practicar, pero principalmente la educacion debe ligar el alma del niño con fortísimo lazo á las verdades y doctrinas, cuya enseñanza ha de formar el núcleo de su vida intelectual, moral, social y religiosa. Demostrado dejo arriba lo necesario que es en la educacion dar una base á la vida por medio de la enseñanza doctrinal, y ahora añado que si para fijar la vida, en lo que á la inteligencia toca, es necesaria una enseñanza comunicada con autoridad, para retenerla en esa base, no hay otro medio sino el amor. La humana vida no se adhiere sólidamente á las verdades que le han sido comunicadas por la palabra, ni estas verdades se inoculan radicalmente en ella, sino despues que el corazon las ha hecho suyas con afecto sincero, es decir, cuando ha podido amar lo propio que la autoridad le ha enseñado á creer.

Pues, para obtener este resultado absolutamente necesario, para adherir la vida con el lazo de este primer afecto á las verdades que se le han dado por base, nada hay tan suave y fuerte á un mismo tiempo como un maestro ó preceptor que ame á su discípulo y sepa hacerse amar de él como un padre y como una madre. En el seno de la familia, el amor ingénuo del niño á su madre es la raíz fortísima que liga su corazon á todo lo que de su madre ha recibido: por eso cabalmente nos es tan difícil apostatar en absoluto de la Religion aprendida en el regazo materno, renegando del todo y para siempre de aquella doctrina que de aquellos lábios pasó á ser primera vida de nuestra alma, mientras de aquel seno recibimos aquella leche, primer alimento de nuestro cuerpo. Tan fuertemente amamos la verdad y la Religion llegadas á nosotros de aquel seno que todo nos lo ha dado con amor, y así sucede que aun despues de haber por largo tiempo conculcado los deberes que nos impusieron, cuando esa vegetacion morbosa, fruto de las pasiones, parece haber ahogado nuestra conciencia toda entera, el dia menos pensado la hallamos viva todavía en lo íntimo del corazon, como el mas indestructible elemento de nuestro amor filial.

Pues lo propio debe suceder, aun en las casas de educacion pública, aun en el colegio, hogar más vasto que el doméstico, donde se junta una familia más numerosa para recibir tambien la verdad y la Religion de lábios movidos por un amor como de padre ó de madre. Un maestro á quien se ama, persuade en cuanto dice, sin esfuerzo alguno para demostrarlo; la persuasion desciende de sus lábios al alma de sus alumnos con la afeccion de su palabra, porque junto con la verdad que esa palabra les enseña, va el amor. ¡Grandioso y dulce secreto de la educacion es este de saber inspirar amor á los que se enseña! El sol, derramando los torrentes de su luz, no solo ilumina, sino que tambien fecundiza la tierra. Este es el secreto del mismo Dios, hacerse amar al darse á conocer, y nunca lo hace más perfectamente que cuando se nos revela por medio de una palabra amada. Hasta las letras, hasta las ciencias mismas, enseñadas con amor, tienen un encanto que de otro modo no tendrian: he vis-

to á muchos jóvenes aficionarse grandemente á las letras por el cordial amor al maestro que se las enseñaba: tan maravilloso es el poder de la persona á quien amamos, para hacernos amar todo lo que de ella nos viene. Cuide el maestro sobre todas cosas, dice un poeta, de no ser aborrecido por su discípulo, no sea que este odie á las musas mismas. Es menester, decia tambien un célebre filósofo de la antigüedad, que el discípulo ame al maestro como á padre de su alma, pues es de gran e ayuda esto para los estudios mismos. Por último, aquel hombre que tan singularmente trunco, en el siglo pasado, todas las ideas acerca de la verdadera formacion del hombre, y cuyo testimonio es por lo mismo mas elocuente en este particular, no ha podido desconocer el incomparable influjo de una educacion que empieza ganando el afecto, pues, si no me engaña, ha dejado escrito en alguna parte este pensamiento —«Con gozo siento en mí una prueba de que, por mucho que el vicio nos aleje, es difícil que una educacion en la que el corazon se hava interesado sea perdida para siempre.»—¡Oh! no, no está perdida para siempre, porque con ella se han arraigado el alma, el corazon, la vida entera en todas las cosas santas á que ha sabido inspirar amor; y cuando los dias, llevándonos hácia el ocaso nuestra existencia, han alejado mas y mas de nosotros aquella educacion, todavía se sobrevive á sí propia en la perpetuidad de recuerdos que no pueden morir, el perfume de estas memorias de nuestra primera edad nos llega entonces todavía, y siendo para nosotros un aroma que conserva en nuestros corazones una fragancia inmarcesible, y hasta cuando el tesoro depositado en nuestra vida al principio de su carrera, se ha deshecho en el discurso de su jornada, cubriendo con sus despojos el camino, la educacion dada con amor y con amor recibida retiene en sus recuerdos mismos el poder de resucitar, y con ella todos los bienes de que colmó nuestra infancia.

La primera condicion, pues, de toda educacion, sea que el hombre se aficione á todo cuanto ella le enseña, es decir, á los fundamentos de su propia vida. Otra condicion hay tambien: es preciso abrir su alma y su vida toda entera al abrir su corazon, porque educar á un hombre no es solamente elevar su ser, sino tambien ensancharlo. Esta que llamamos apertura del alma por medio de la educacion, es un requisito absolutamente necesario para proseguirla y darle remate: un niño que cierre su alma ante el que aspira á formarle, paraliza él mismo su educacion; para formar á un hombre, no basta moderarle esteriormente, sino que hay que penetrar en su interior. A la manera que el jardinero entra cuando bien le parece en un parque para regar las flores confiadas á su vigilancia é industria, del propio modo el encargado de educar á un niño es menester que pueda á toda hora penetrar en su alma para cultivar en ella todas las virtudes nacientes, flores inmortales, cuya semilla es tomada del cielo en aquel jardin de Dios. Sin esa espansion del alma que deja libre paso á todo influjo fecundante y legítimo, no puede haber educacion, puédese sí, por medio de la instruccion, acrecentar el tesoro de la ciencia; puédese imprimir, por medio de la disciplina, cierta regularidad esterna, y cierta exactitud material, pero con esto, ni habrá verdadera educacion, ni se producirán los frutos que de ella debian esperarse.

Su objeto era formar un alma franca, sencilla, candorosa, ingénua, sincera, trasparente; y faltándole corazon abierto, el niño jamás llega á ser ni sencillo, ni franco, ni ingenuo, ni comunicativo, sino que se reconcentra con todos sus secretos, es decir, por lo comun, con todos sus vicios; y estos vicios, que se habrian quizás estirpado por la amorosa di-

reccion de un vigilante guía, le roen sordamente, haciéndole con lastimosa precocidad, y contra naturaleza, solitario, sombrío, observador; y aun digo poco: la educacion que se le da, falseando la ley de la naturaleza, lo hace falso á el, lo hace hipócrita, mentiroso, astuto como no se suele serlo á su edad, ofreciéndonos el espectáculo triste de un hombrecillo disimulado, misterioso, impenetrable, profundo con aquel género de profundidad facticia que no es sino máscara de un mal corazon, esceleale masa que es para ser un gran diplomático, pero con todas las trazas de ser un mal hombre. ¿Y por qué este vicio incurable en aquel niño? ¿Por qué esta terrible llaga en su educacion? Por una razon sola; porque mientras instruyéndole, se ha cultivado sin cesar su inteligencia, se ha descuidado educarle de modo que se le estimulara á abrir su corazon.

Ahora bien, señores, el supremo secreto para abrir su alma, no necesito decíroslo, vuestro corazon os lo ha revelado mucho tiempo há. Para abrir fácilmente nuestra alma á otro ser distinto de nosotros, necesitamos amar y saber que somos amados. En este punto hay variedad conforme á los matices del respectivo carácter y temperamento, pero en medio de esta variedad, existe tambien una ley de universalidad indubitable, y es que así como se necesita calor para dilatar los cuerpos, del propio modo se necesita amor para abrir las almas. No teneis sino ver la facilidad con que, por lo comun, penetra una madre en el alma de su hijo. Esto no es de maravillar: quien puede abrir el corazon, tiene ya franca la mina para todo, y las madres abren sin trabajo el corazon de sus hijos porque ellas son el amor, el amor creado adrede para irradiar sobre ellos, y abrirlos con este rayo. El amor maternal es al corazon del niño lo que el sol á la rosa, para abrirla no tiene sino mirarla. ¡Dichoso el niño que, aun apartado del regazo materno, puede sin grave trabajo mostrar su corazon como lo hacia ante la dulce mirada de su madre! ¡Dichoso si lejos de ella encuentra un maestro capaz por su ternura, y digno por sus virtudes, de abrir su alma y penetrar en su centro! Por medio de estas relaciones de hijo y padre, en que el niño da confianza á cambio de amor, conservará aquellos hábitos de cordial franqueza que caracterizan á las personas bien educadas, y su vida acabará de modelarse mas y mas á imágen de Dios haciéndose comunicativa.

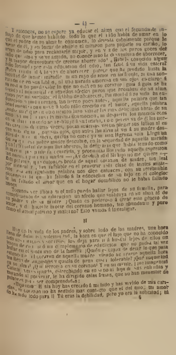
Hay, por último, otra condicion absolutamente necesaria para formar al niño, segun el punto de vista en que le vamos considerando, esta otra condicion es tenerle contento. Para todo ser viviente hay condiciones de bienestar necesarias sin las cuales no medra su vida: para el hombre, que es inteligencia y amor, hay un cierto contentamiento del alma, un cierto bienestar moral, sin el que su vida no puede lograr pleno crecimiento ni completa florescencia. ¿Cómo ha de crecer y florecer con holgura si se le pone en una atmósfera antipática á su vida propia? Cuenta que al decir esto, no es mi ánimo suprimir en la obra de la educacion todo género de medio doloroso, de ninguna manera, al contrario, hijo como es el hombre del dolor, nacido á costa del dolor de su madre, es bueno y saludable que concurra por sí mismo con algunos dolores á este su segundo nacimiento. No desapruebo que, oprimido por el trabajo, refrenado por la disciplina, ó fatigado por los costosos triunfos que sobre sí propio obtenga, parezca alguna vez el niño, y aun derrame algunas lágrimas, estas lágrimas serán para él una especie de bautismo, así como aquellos padecimientos una especie de confirmacion de su incipiente virilidad. Lo que yo no quiero que le aflija en esta edad de su crecimiento, es la tristeza permanente, aquel malestar moral, digo, de un alma que

no se siente á su gusto porque no se halla en un elemento simpático á su vida.

Mucho os curais ¡oh padres y madres! demasiado tal vez, del bienestar material que en el pupilaje ó en el colegio hallen vuestros hijos, y no perdonais diligencia por averiguar si lejos de vosotros estarán tan bien alojados, alimentados, asistidos, en fin, de todo como en el hogar doméstico. Pues yo os digo que no temais para esas amadas criaturitas un poco de austeridad material que fortifique su cuerpo y lo disponga desde la primera edad á sobrellevar las privaciones de la vida, temed sí mas bien una atmósfera de tristeza en que sus almas no respiren, sino se ahoguen, temed que salgan de una educacion fastidiosa y se les niegue toda sonrisa, temed sobre todo, aquella frialdad de corazon que hiela la primavera de su existencia, buscad en fin para ellos no tanto la comodidad del cuerpo como el contentamiento del alma, pues sin este requisito, crecerán como planta enfermiza, y faltos de sol que los anime, se marchitarán sin dar flor ni fruto.

Amar y sentirse amado es precisa condicion de felicidad para todo niño que se conserva puro, sólo cuando se ve rodeado y penetrado de afecto, se encuentra á sus anchas, y es menester, para tenerle contento fuera del seno de su familia, no dejarle echar de menos el amor que le halló desde la cuna, pues este amor forma parte de su felicidad y ni aun imaginar puede que haya otra en el mundo. Tened por cierto que mientras posea su alma la serenidad y el tranquilo goce de un contento verdadero, reflejarse ésta en su rostro con aquella ingenuidad que constituye la gracia y principal hermosura de la edad infantil.

Tales son en la educacion del hombre los beneficios de este amor [illegible] su primera y última necesidad, por él ama todas las santas cosas que ha aprendido en su infancia, al amar á los que se las han enseñado él fecundiza su vida abriendo su corazon, y dándole lo mas simpático á su ser y lo mas propicio para su desarrollo, es decir, el bienestar moral y la persuasion de que es feliz. Por el contrario, si el niño, á la edad en que su vida se forma y comienza á correr, no encuentra destello alguno de aquel amor que le meció en su regazo y dió calor con su aliento á sus primeros dias, ¿qué sucederá? ¡Ah! señores, apenas me atrevo á decirlo; impotente para pagar afecto que no ha debido á ninguno de cuantos le rodean, vése concentrando sombríamente en sí propio, repliégase, [illegible] á sí solo el tesoro de amor que se ha quedado en su alma infecundo, y á la edad en que el corazon rebosa de ternura, conviértese en un depósito de áspero egoismo, ¡y si fuera esto solo! pero todavía hay algo mas mortal á su educacion y á su existencia entera, que se identifica con él, á par del egoismo, levántanse en su pecho sin amor tentaciones de odiar, y en vez de amar con toda su alma, acaba por aborrecer con todo su corazon; y lo que sobre todo aborrece, es á los hombres que, [illegible] cargados de cumplir para con él un ministerio de amor, no le han hecho sentir sino el peso de su autoridad. El niño es naturalmente [illegible] tomar aversion contra los que le exigen dependencia sin darle cariño. Indudablemente el maestro debe hacerse obedecer, debe hacerse respetar, y para ello castigue si es necesario; pero cuidado que si el niño no siente, debajo de la palabra que le impone preceptos y debajo de la mano que le castiga, un corazon que le ame, se vengará con ódio de la necesidad de obedecer, y mirará al maestro como á un horrible tirano, pintándoselo en su imaginacion con los mas negros colores, y representándolo en su corazon con horror proporcionado al ódio que contra él ha concebido.



Y entonces, no se espere ya educar el alma con el fecundante influjo de que hemos hablado: todo lo que el niño habia de amar en lo que el padre de su alma le comunica, lo detesta cabalmente porque le viene de él, y en lugar de abrirle el corazon para pagarle su cariño, lo arma de odio para rechazarle mejor, y en vez de los puros goces del niño que ama y se ve amado, no conoce sino la desventura de aborrecer, y la mayor desventura de creerse aborrecido. ¿Habeis conocido algun niño formado por esta educacion del odio, tan fatal á su vida entera? ¡Pobre [illegible]! A fuerza de aborrecer parece que ha perdido hasta la facultad de amar: miradle: ni un rayo de amor en su frente, ni una sonrisa dulce en sus labios, ni una mirada amorosa en sus ojos: es claro: á su rostro no puede salir lo que no está en su corazon: gota á gota se ha secado el manantial de aquellos afectos puros que brotaban de su alma como por un surtidor: el hábito de aborrecer, tan mortal á su vida, ha endurecido aquel corazon, tan tierno poco antes; aquella palabra que tan [illegible] á todo niño criado en el amor, aquella palabra madre que en otro tiempo hizo vibrar las mas delicadas fibras de su seno, ya no [illegible] la misma conmocion, ni despierta los mismos ecos en su alma. Cuando se restituye á su familia, [illegible] va de él las tiernas caricias de otras veces; pocas sonrisas veréis plegar sus labios si es que veis alguna, y en sus ojos, que antes [illegible] al ver á su madre despues de [illegible], quizás no corre ya ni una lágrima sola. Llega un dia en que esa pobre madre descubre, en la sequedad de aquella mirada y en la [illegible] de aquellos abrazos, la desgracia que habia temido como la mayor que pudiera ocurrirla, y pronuncia llorando aquella espresion tan amarga para una madre —¡Ay desdichada! Mi hijo no me quiere.— Esta palabra, que entonces brota de aquel corazon de madre, tan leal por naturaleza, tan infalible en el penetrar esta clase de tristes misterios, esa amarguísima palabra nos dice entonces, con su irrefutable elocuencia, lo que ha faltado á la educacion de su hijo en el colegio: le ha faltado el amor que en el hogar doméstico no le habia faltado nunca.

Tocanos ver ahora si el niño puede hallar lejos de su familia, para complemento de su educacion, un afecto que sustituya en su alma al de su padre y de su madre. ¿Quién es poderoso á crear este género de amor, y de hacerle brotar del corazon humano, tan abundante y puro como el amor paterno y materno? Esto vamos á investigar.

II

Hay en la vida de los padres, y sobre todo de las madres, una hora llena de dolorosa solemnidad, la hora en que el hijo que no ha conocido sino sus caricias y sonrisas, los deja para ir á buscar lejos de ellos un tesoro de ciencia ó un complemento de educacion que no podia tal vez hallar en el santuario de la familia. ¿Quién es capaz de decir lo que pasa entonces en el corazon de aquella madre viendo acercarse aquella hora tan llena de angustias y quizás de pena casi intolerable? ¡Qué inquietud en su alma! ¡Qué terrores en su corazon! Y en su mente, ¡qué imágenes! Cuántas veces quizás, estrechando en su seno al hijo de sus entrañas y mirando al porvenir, le ha dirigido estas frases, que no han menester de palabras para ser comprendidas:

«Hijo mio: Hasta hoy has crecido á mi lado y has vivido de mis caricias; tu corazon no ha sentido mas contacto que el del mio; mi amor lo ha sido todo para ti. Tú eras la debilidad, pero yo era la solicitud; tú

eras la impotencia, pero yo era la bondad, tú eras el padecer, pero yo era la abnegacion, tú eras la inocencia, y para conservártela mi amor hacia centinela noche y dia en torno de tu corazon. Pero y sí á partir, hijo mio, lejos de la madre, ¿quién se afanará por tí? ¿Quien será bueno contigo? ¿Quién velará por tí? ¿Quién será para tí tierno y leal como tu madre? Y si al apartarte de mí no tengo la dicha de que encuentres una segunda madre, ¿qué va á ser de tí? ¡Ah! si en alguna parte, si allá en esa tierra adonde tienes que ir para aprender, supiese yo que habia un corazon como el mio, ó capaz al menos de tomar de él algo de mis ternuras y de mi abnegacion para derramarlas sobre tí, iria yo á buscarle, aunque fuera en el cabo del mundo, porque, hijo mio, lo veo en el encanto de tu sonrisa, lo adivino en los latidos de tu corazon, lo percibo en los estremecimientos de mi vida y de la tuya, lo comprendo en esa belleza que, irradiándose de tu alma, se refleja en tu rostro; no, no hay sino una madre que pueda sustituirme, y lejos de tu casa, lo propio que en ella, solo el amor puede educarte bien.»

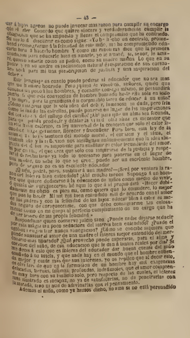
Esto dice el corazon de una madre al dejar á su hijo para confiarlo á manos estrañas; esto dice, y tiene razon, para rematar la obra de la madre, otro amor como de madre, ó que al menos sea en lo posible su imágen y semejanza.

Pero ¿en dónde hallar este amor? ¿En donde las fuentes vivas de que broten raudales de amor puro y fecundo como el amor de las madres? Esto que toda madre anhela para dar cima á la grande obra comenzada en su regazo, es sin duda alguna lo mas hermoso, pero tambien lo mas difícil de hallar que hay en la tierra, y bien puede asegurarse que este sueño de nuestras madres jamas se realiza enteramente; aun cuando hallen lo mejor que la Providencia ha creado en la humanidad para corresponder á este afan materno, es seguro que no habrán hallado lo que soñaban. ¿Cómo suplir enteramente el corazon de una madre?

En la natural accion de su vida hallan las madres sin esfuerzo todo lo necesario para cumplir el ministerio largo, y á veces doloroso, de educar á sus hijos, pero no sucede lo mismo á quien toma sobre sí la grave responsabilidad de educar hijos agenos, con quienes no le liga el afecto engendrado por la naturaleza ni la simpatía de la propia sangre. Vana seria, pues, en este negocio la pretension de instituir un segundo hogar, y una segunda familia con todos los nativos encantos é incomparables goces del hogar paterno y de la familia propia; hay que contentarse con imitar cuanto sea posible y reproducir lo mejor que dable sea, en la obra de la educacion, la imágen seductora, y sobre todo, la fecunda eficacia del hogar verdadero.

Fuera de la abnegacion que directamente se inspire de Jesucristo y de su amor, écome á buscar qué cosa alcanza á reproducir lo mejor posible, en la educacion de hijos agenos, el ideal de la paternidad y de la maternidad, y declaro no hallar nada que no sea un tristísimo desengaño para los padres y las madres. Cuenta que al decir esto no es mi ánimo hacer la suposicion mas desfavorable que quepa en el particular, como seria la de infelices criaturas que repentinamente pasasen de los brazos del amor á las manos del egoismo, y de un hogar de inocencia y de virtudes á una casa de corrupcion y de vicios. Nada de eso; supongo á hombres tan honrados y solícitos como puede serlo quien, inspirándose únicamente de la razon y de la naturaleza, no pide al amor de Jesucristo el divino secreto de reproducir, en la educacion de los niños, el ministerio humano del padre y de la madre.

Este género de hombre honrado á quien supongo encargado de edu-



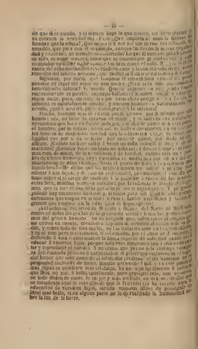
car á hijos agenos no puede invocar mas razon para cumplir su encargo que el deber. Concedo que quiere sincera y verdaderamente cumplir la obligacion que se ha impuesto y llenar el compromiso que ha contraido. Su modo de discurrir es como sigue: «Yo he hecho un contrato, prometiendo consagrarme á la felicidad de este niño, me he comprometido educarlo bien á hacerlo hombre. Y como mi razon me dice que la primera condicion para educarle bien es amarle, yo le amaré, sí, señor, le amaré, quiero amarle como su padre, como su madre misma. Lo que en su padre y en su madre es inclinacion natural é inspiracion de sus corazones será para mí una prescripcion de justicia y una inspiracion del deber.»

Este lenguaje es cuanto puede pedirse al educador que no sea mas que un hombre honrado. Pero ¿quién de vosotros, señores, quién que conozca un poco á los hombres, y consulte consigo mismo, se persuadirá jamás de que esta conviccion de hombre honrado baste ella sola en todo y siempre, para la grandiosa é incomparable tarea de educar á un niño? ¿Cómo imaginar que la sola idea del deber, luminosa sin duda, pero fria como la luz de las estrellas, puede ponerse en lugar de las inspiraciones del corazon y del influjo del cariño? ¡Ah! para que un alma sea fecunda, para que pueda producir y dilatar la vida de otra alma es menester que en ella haya calórico, es ley universal de la creacion que solo el calor fecundice y haga germinar, florecer y fructificar. Pues bien, esta ley de la naturaleza lo es tambien del mundo moral. el corazon y el alma, el sentimiento y la reflexion nos atestiguan unánimemente que la idea abstracta del deber es impotente para sustituir el calor fecundante del amor. Si por cierto, el que crea que solo con inspirarse de la justicia y respetar el derecho tiene ya todo lo necesario para ponerse en el lugar de una madre, no sabe lo que se cree: puede ser un escelente hombre, pero de seguro no es un escelente educador.

¿Quién, podrá, pues, sustituir á una madre?—¿Será por ventura la razon del interes bien entendido? ¡Ah! mucho menos. Supongo á un hombre que quiere dedicarse á la educacion de niños como medio de vivir, ó quizás de enriquecerse, hé aquí lo que á sí propio dirá: «Hacer debidamente mi oficio es para mí, como quiera que lo considere, lo mejor que puedo hacer. Mi interes bien entendido está de acuerdo con el amor de los padres y con la felicidad de los hijos: educar bien á estos es medio seguro de enriquecerme, con que debo consagrarme tan celosamente como en mí quepa al perfecto cumplimiento de un cargo que ha de ser tesoro de mi propia felicidad.»

Respondame quien conserve juicio sano. ¿Puede nadie dejarse seducir por esta mágia tan poco seductora del interes bien entendido? ¿Puede el egoismo engendrar nunca abnegacion? ¿Cómo se concibe siquiera que puede sustituir al amor de una madre el interes mejor entendido del mercenario mas honrado? ¿Qué provecho puede esperarse, para el alma y corazon del niño, de esa educacion que le dan á tantos reales por dia? Si me decís á esto que es interes del educador dar buena cuenta del niño confiado á su tutela, y que nada hay en el mundo que el hombre entienda mejor y cuide mas que sus intereses, yo os replico que al decir esto, os olvidais de que en la formacion de un hombre hay mil exigencias delicadas, tiernas, íntimas, profundas, indefinibles, que el amor comprende muy bien con su instinto solo, pero respecto de las cuales, el interes mas ilustrado es incapaz, no ya de satisfacerlas, no de penetrarlas con la mirada, sino ni aun de adivinarlas con el pensamiento.

Ademas el niño, como ya hemos dicho, no ama si no está persuadido

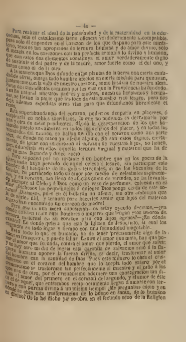


de que él es amado, y el interes haga lo que quiera, no reemplazará en su corazon la realidad del [illegible] ¿Qué importa al niño la habilidad del hombre que lo educa? ¿Qué importa á ese sér tan tierno, tan delicado, tan sensible, que para con él se cumpla, aunque fuera con la mayor regularidad y exactitud, un ministerio asalariado? Lo que él necesita para fecundar su vida, es amor sincero, amor que se comunique gratuitamente, y cuya inimitable solicitud nadie conoce tan bien como el niño. No, jamás el corazon del niño confundirá el verdadero amor y la sincera solicitud con esos remedos del interes personal, que pudieran llamarse caricatura del amor.

Digamos, por tanto, que tampoco el interes bien entendido puede ponerse en lugar del amor de una madre. ¿Pero sí la mas afortunada benevolencia natural? Veámoslo. Quiero suponer en este punto cuanto racionalmente es posible: supongo hallado el hombre singular [illegible] corazon dulce, puro, amante, sea por naturaleza amigo de la infancia. La infancia es naturalmente amable, y nuestro hombre es naturalmente benévolo, ¿qué le costará pues consagrarse á la infancia?

Mucho, bastante mas de cuanto puede creerse; por benévolo que este hombre sea, no tiene un corazon de madre, y si tanto es así natural benevolencia que hace en él este milagro, [illegible] el hombre, por lo comun, no es así, ni halla naturalmente en su corazon los tesoros de inagotable bondad que la educacion exige, es decir, una bondad que por nada se irrite, por nada se canse, por nada se desaliente. ¿Cuánto no hace sufrir á veces un niño indócil al mejor de los maestros? ¿Cuántas veces no basta un niño solo á desconcertar el corazon mas rico de amor, de benevolencia y de bondad, cuánto mas una turba de chicos traviesos, cuyas travesuras se multiplican por su mútua comunicacion de unos en otros hasta el punto de cansar la paciencia mas bondadosa?—He dicho que las madres tienen que sufrir mucho para educar á sus hijos, y de esto no se excusará, ciertamente, el extraño que tome sobre sí el cargo de sustituir á la paciente ternura de las madres; antes bien, muchas veces su solicitud por la infancia le arrancará lágrimas, que ni aun el consuelo gozará de ser comprendidas. Y pregunto: ¿dónde hay corazones bastante generosos para tan grande abnegacion, corazones que tengan en sí tanta ternura, tantos sacrificios y tantas lágrimas que emplear en la educacion de hijos agenos?

¡Ah! señores, recorred de Oriente á Ocaso, del Norte al Mediodía, recorred todas las gradas de la gerarquía social y todos los pueblos extremos del género humano; yo os aseguro que, salvo raros prodigios que no entran en cuenta, corazones capaces de sustituir al corazon de su padre, y sobre todo de una madre, no los hallareis sino en el cristianismo, y en el mas puro cristianismo, transformados por el amor de Jesucristo, debiendo á esta trasformacion la única especie de solicitud capaz de educar á vuestros hijos, porque solo esos corazones son capaces de imitar y reproducir el vuestro. Y no creais que yo con esto atribuya á ninguna determinada persona ó corporacion el privilegio esclusivo ni el especial honor que solo concedo al educador cristiano: el cristianismo no es propiedad esclusiva de nadie, porque pertenece á todos; en este punto el mas capaz es quien sea mas cristiano. Yo no exijo igualmente á todos lo que Dios no pide á todos igualmente, pero prosiguiendo, con vosotros, en todo órden de cosas, lo mejor y mas perfecto, no debeis estrañar que os manifieste aquí lo mas grande que la Providencia ha creado para la educacion de vuestros hijos, siendo vosotros libres de proseguir un ideal mas bello, si en alguna parte os lo da realizado la humanidad sobre la haz de la tierra.



Para realizar el ideal de la paternidad y de la maternidad en la educacion, solo el catolicismo tiene eficacia verdaderamente incompatible, pues solo él engendra en el corazon de los que dispone para este ministerio, tesoros tan apropiados de ternura humana y de amor divino, solo él mezcla en los corazones con tan perfecta armonía lo divino y humano, que con estos dos elementos constituya el amor verdaderamente digno de sustituir al del padre y de la madre, amor fuerte como el del uno, y tierno como el de la otra.

A la manera que Dios difunde en las plantas de la tierra una cierta cantidad de sávia, otorga todo hombre afectos en cierta medida para que sean, juntamente con la vida de nuestro corazon, como la sávia de nuestra alma. Parte de estos afectos caminan por las vías que la Providencia ha fundado á su fin natural: nuestros padres y madres, nuestros hermanos y hermanas, se llevan la parte que les toca de este nuestro rico tesoro, pero nos deja además expeditas otras vías para que difundamos libremente el resto.

Esta superabundancia del corazon, podemos disiparla en placeres, ó emplearla en nobles sacrificios, lo que no podemos es derramarla por una y otra de estas pendientes, dígalo la desesperacion de los que habiendo puesto sus amores en todos los delirios del placer, y en todas las vanidades del mundo, se hallan un dia con el corazon como una parte seca, de donde no mana ya afecto alguno. No son estos dignos, ciertamente, de tocar con su corazon al corazon de vuestros hijos, no tienen, para difundirla en ellos, aquella ternura virginal y maternal que ha de ser su mas fecundo y dulce rocío.

Pero suponed por un instante á un hombre que en los goces de la tierra nada haya perdido de aquel celestial tesoro, sin participar este hombre del banquete de los goces terrenales, ni de los encantos de la familia, ha purificado todo su amor por medio de celestiales aspiraciones, y su corazon, tan lleno de afectos como de virtudes, se ha levantado siempre al Cielo y á Dios como un vaso de perfumes, colocad¡ en el altar. ¡Dichosos los pequeñuelos á quienes Dios ponga cerca de este corazon! ¡Dichosos, pues en él hallarán un afecto, sin otra ambicion que la de serles útil, y ternura para hacerles sentir que lejos del materno regazo han encontrado un corazon de madre!

Pero ese es una mera suposicion—os estoy oyendo decirme,—¿en dónde existen realmente hombres ó mujeres que tengan esos tesoros de ternura maternal en su corazon para con hijos agenos?—¿En dónde existen? En donde quiera que está la Iglesia de Jesucristo, la cual los engendra en todo lugar y tiempo con una fecundidad inagotable.

Pero todo lo que es humano, ha de tener precisamente algo de la humana flaqueza, y puede faltar. Contra el amor que mata, hay que poner el amor que fecunda, contra el amor que pierde, el amor que salva: y no hay otro medio de lograr esta garantía de salvacion sino á la flaqueza humana oponer la fuerza divina, es decir, trasformar el amor del hombre con la santidad de Dios. Pues este milagro lo obra el cristianismo en el corazon del hombre que lo acepta todo entero: por el cristianismo se trasforman tan perfectamente el maestro y el niño á los ojos uno de otro, por el cristianismo adquiere una consagracion tan divina el amor del primero en el corazon del segundo, y el amor de éste en el de aquel, que entrambos recíprocamente llegan á amarse con ternura y con pureza divina á un mismo tiempo. ¿Me preguntais cómo y en dónde se obra esta trasformacion de lo bueno en santo, de lo humano en divino? Os lo he dicho ya: se obra en el fecundo seno de la Religion

cristiana, divino centro donde se obra toda trasformacion del corazon del hombre en el sagrado corazon de Jesucristo; divino foco, donde todo amor humano se depura, se eleva y se diviniza. Si, cualquiera que ha fundido en ese crisol su corazon todo entero, le ha sacado absorbido por un amor único que no consiente rivales, y trasformado en todo su ser por este amor esclusivo, ve trasfigurado á sus propios ojos y atrae con poderosa fuerza hácia si al niño en cuyo rostro le muestra su fe un rayo emanado del rostro de Jesucristo.

El educador modelado por el cristianismo completo, por el cristianismo verdadero, puede decirse —«Sí consagrado en el corazon de Jesucristo para este sacerdocio maternal, amo en este divino corazon todos los niños que él amó tanto. ¡Oh madre de familia! ese niño que has llevado en tus entrañas, es para mí templo vivo de Jesucristo, y cuando le veo acercarse á mí, pongo en él todo el amor que mi corazon tiene á mi divino Maestro. Aun antes de conocer á ese niño, yo ya le amaba, pero desde que le conozco, le amo más, le amo como á una imágen del mismo Jesucristo, y en su rostro cándido creo ver la sonrisa de mi Dios, y á par que esa gracia de inocencia fulgurante en su rostro me inspira hácia él una vivísima simpatía, siento en mi alma que le amo ademas con amor alto y divino por la divina imágen que me representa. Atráenme hácia él lo visible y lo invisible, lo humano y lo divino con dos atracciones que se funden en una sola, y á ella cedo tanto más gustoso, cuanto al impulsarme hácia ese niño, veo que me impulsa hácia Dios.»

Y lo que remata y corona este ideal de maternidad, es que ese Dios á quien se ama en la persona del niño, es el Dios del sacrificio, la abnegacion misma, el Dios que, encendiendo nuestros corazones con la llama del suyo, suscita en ellos la mas maternal de todas las pasiones, la pasion de las abnegaciones perpétuas y de los sacrificios sin término; pasion adorable en cuya virtud nos acercamos al ideal de aquella maternidad que os describí el año pasado, y que como á las madres nos hace tener por dichas nuestras penas, nos hace amar como á la vida misma nuestros quebrantos, y fecundiza todos nuestros sacrificios.

Aquí teneis por qué esta maternidad del alma y del corazon, divina y humana á un mismo tiempo, tiene todo lo necesario para sustituirse á la maternidad de la sangre: es buena como ella, y como ella porque es buena, sonrie y se aflige, consuela y perdona, porque es sublime como ella, vigila, escucha, mira, y teme que alguno llegue á profanar á Jesucristo en aquel corazon infantil, porque está llena de abnegacion como ella, sabe padecer, sabe que para producir, solo el padecimiento es fecundo, y nunca espera mas ni nada mejor para el niño á quien educa que cuando ha vertido por él, como una madre, algunas lágrimas á los pies de Jesucristo como ella, es casta y santa en sus afectos, mas fuerte y sin sus debilidades, suave como el amor, austera como el deber, con toda la pureza del cielo y toda la ternura de la tierra.

Tal es el amor creado espresamente por Dios en el corazon del hombre para vuestros hijos: ahí os le muestro con su verdadera fisonomía y su incomparable poder, tal como le encuentro en el cristianismo es decir, trasfigurado del corazon de Jesus. Padres y madres, yo estoy seguro de que vuestro amor comprende aquí el mio cualesquiera que sean las preocupaciones de vuestra ánimo, vuestro corazon no se engaña en este punto, y cuando la Providencia os pone delante esta maternidad, nacida de Jesucristo, única digna de suceder á la vuestra, esclamais al punto con toda vuestra alma:—«Esa es»—y la recibís con agrado, porque

ella vuestra ternura igual á vuestra ternura, y abnegacion semejante á vuestra abnegacion. Y aun vuestros hijos la perciben como vosotros, quizás mejor que vosotros, porque Dios les ha dado, para discernirla, el infalible instinto del corazon, y en la escuela como en su casa, tienen un signo para reconocer este amor creado por Dios para educarlos y hacerlos felices á la par que perfectos. le reconocen, como el niño á su madre, en su sonrisa.

Y cuando ya le han reconocido, cuando están bien ciertos de que es el amor puro y generoso que se consagra á hacerlos felices y perfectos, ¡ah! entonces se entregan á él sin necesidad de que se les mande, porque ceden sin resistencia á su dulce atractivo, y lo escuchan, y cada una de sus palabras penetra, con la doctrina que por ellas se les comunica, en lo íntimo de su sér, haciéndoles adherirse con vínculo cada dia mas estrecho á la verdad que se les muestra. Si, este amor que tiene corazon, se irradia en el de ellos, y á influjo de este puro y dulce rayo conocen que, mientras se van educando, su vida entera se desparce como la flor que se eleva en el tallo á influjo del rayo solar. Si ellos se dejan modelar por este amor que tiene manos para formarlos á imágen de Jesucristo, pues sienten que de allí ha de nacer su felicidad, y aun son felices en el instante mismo que se les está modelando, porque aquella mano suave y fuerte á un mismo tiempo, sabe dominarlos siempre sin exasperarlos nunca, y así ellos, formándose incesantemente á imágen de aquella maternidad que los educa, llegan tambien á ser suaves y dulces como aquella palabra, como aquel corazon, y como aquella mano que los está formando. Así, al enseñarlos á creer, la educacion ha echado en su vida raíces de verdad, y les ha dado sólida base, al enseñarlos á amar, les ha dado toda la belleza, fecundidad y suavidad del amor.

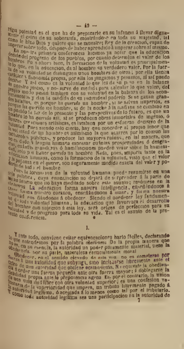
¡Oh ventura sin igual, encanto inefable, el de una educacion recibida bajo el dulce y poderoso imperio del amor! Quien os ha conocido ¿cómo podrá olvidaros? ¡Oh vosotros, los que habeis recibido este presente de la educacion humana formada por un amor divino, déme aquí vuestro corazon testimonio á la verdad! ¿No es cierto, decidme, que cuando en la escuela, en el pupilaje, en el colegio, hubisteis encontrado esto amor tan semejante al que en vuestra casa os habia mecido en su regazo, penetró para siempre vuestro corazon y vuestra alma, dejando en vosotros grabada su bella y encantadora imágen tan indeleblemente como la de aquellos dos rostros que vuestras primeras miradas hallaron inclinados sobre vuestra cuna? ¡Ah! vosotros envejeceréis, pero esa imágen será siempre jóven, y en medio de tanta cosa como en vosotros muera para no resucitar ya, esa imágen reproduce cada año en el fondo de vuestras memorias aquella primavera de la vida que desde tan lejos ya, continua, sin embargo, recreándoos con sus perfumes! Y á medida que llevándose el tiempo, una á una, todas vuestras ilusiones, se hace cada vez mas austera vuestra vida, ¿no es cierto que os place iluminar esta mansion triste de lo presente con reflejos de aquella edad, la mas serena de nuestra existencia toda? ¿Qué digo? ¿no es cierto que esa imágen ha sido para vosotros algo mas que un goce? ¿qué ha sido una salvaguardia, y que al cabo de tantos años trascurridos desde vuestra infancia, todavía los recuerdos de aquella educacion poseen el mágico poder de reproducirla y perpetuarla á despecho de todas las tempestades de la vida?

Conferencia cuarta.

Despues de examinar en su base la educacion, esponiendo las condiciones con que se ha de formar la inteligencia, la hemos considerado asímismo en su centro, manifestando cómo debe formarse el corazon. En todo tiempo y lugar viven amando los niños, de lo cual se infiere que la ley fundamental de su educacion es enseñarles á amar. Examinada en sus aplicaciones al corazon, debe producir especialmente tres resultados. Debe, lo primero, adherir la vida de los niños, por medio de afectos profundos, á todo lo que la educacion misma les comunica, debe, además, facilitar las espansiones de su corazon, haciéndoles contraer costumbre de franqueza, sinceridad y trasparencia, que desde el corazon cundan á toda el alma, y debe, por último, proporcionarles una existencia venturosa, á fin de que adquieran con la percepcion de la felicidad, el bienestar del alma que tanta falta hace á todo desarrollo moral. Mas para alcanzar estos tres resultados, para que la vida del niño se adhiera á lo bueno, y sea espansiva y bienhadada, solo hay un secreto: convertir la educacion en ministerio de amor, obtener el amor del niño, é infundirle certeza de que se le corresponde. Solo el cristianismo mas puro es capaz de crear en toda su perfeccion ese ministerio de amor que piden á los sacerdotes la paternidad y la maternidad para proseguir, fuera del hogar doméstico, y dejar concluida su obra, solo el cristianismo puede infundir en nuestros corazones un amor, que aplicado á hijos de personas estrañas, tenga, sin embargo, toda la fuerza del amor paternal, y toda la dulzura del maternal, toda la ternura que cabe en la tierra, y toda la pureza del cielo, creacion admirable en que se juntan y compenetran lo humano y lo divino, para componer el amor mas digno y capaz de suplir, en el trato con los niños, los corazones de sus padres.

En recuerdos que nunca se borrarán de mi memoria, en mi propio corazon, si me es lícito declararlo así, he leido, señores, todo cuanto dejo manifestado acerca de la importancia y eficacia del amor cristiano en la educacion de los niños. Desde muy antiguo me habia predispuesto el Señor, sin advertirlo yo, para este apostolado. Dios consagró á la educacion de la infancia los años mas hermosos de mi vida. Entónces consagré á los niños y los amé: mi alma se puso en contacto con su alma, y mi corazon con el suyo. En el oscuro ministerio que ejercí, sabe la abnegacion, aplicada á la formacion del hombre, descubrir claros horizontes, á que en vano pretenderia llegar el genio, ni aun en los mas remontados vuelos metafísicos.

Grato me seria insistir mas en este asunto, lleno de atractivos indecibles; pero así como deba la educacion ejercerse sobre todo lo que pertenece al hombre, deben tambien aquí mis palabras tener sucesivamente por objeto todo lo que corresponde á la educacion. La inteligencia es base del hombre, el corazon su centro; pero ¿qué hallamos puesto en la cúspide de la vida humana, para dominarla y regirla con ilimitado señorío? En aquel sitio eminentísimo, está la voluntad, la voluntad, facultad régia, que manda en todo el hombre, lo mismo que el hombre manda en toda la creacion, entregada humildemente á su imperio. Por la voluntad llega principalmente el hombre á ser hombre, y el ejercicio de aquella



régia potestad es el que ha de prepararle en su infancia á llevar dignamente el cetro de su soberanía, mostrándose en toda su majestad, tal como le hizo Dios y quiere que se muestre; Rey de la creacion, capaz de imperar sobre todo, despues de haber aprendido á imperar sobre sí mismo.

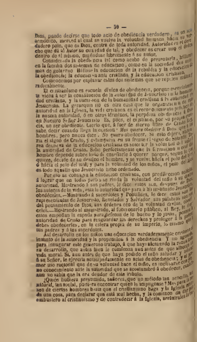
En nuestra primera conferencia hicimos ya notar que la educacion decide del progreso de los pueblos, por cuanto determina el valer de los hombres. Pues ahora bien, la formacion de la voluntad es principalmente lo que, en la educacion, da al hombre su verdadero valer. Por la fuerza de su voluntad se distinguen unos hombres de otros; por ella tienen carácter y fisonomía propia, por ella los juzgamos y pesamos, si así puede decirse. Y así como es la voluntad lo que les da su peso en la balanza de nuestro juicio, y nos sirve de medida para calcular lo que valen, del propio modo pesan tambien con su voluntad en la balanza de los acontecimientos y dan la medida de su individual poderío. Si se ganan grandes batallas, es porque ha *querido* un hombre; si se salvan imperios, es porque ha *querido* un hombre; si de la noche á la mañana se cambian en un pueblo la faz de lo presente y las perspectivas de lo futuro, es que un hombre lo ha *querido* así; si se producen obras inmortales de ingenio, ó ilustres creaciones artísticas, es tambien por un esfuerzo decisivo de la voluntad. Pues siendo esto cierto, hay que conceder al propio tenor que la voluntad de un hombre es asimismo la que acarrea por lo comun las catástrofes públicas, y produce las mayores ruinas, en tal manera, que no es dado á lengua humana espresar cuántas prosperidades ó desgracias, cuántas grandezas ó humillaciones pueden venir sobre la humanidad, solo por haber *querido* un hombre. Nada, pues, importa tanto en la educacion humana, como la formacion de la voluntad, visto que el valor y la pujanza en el *querer*, son seguramente medida exacta del valer y poderío de todo el hombre.

Pues la formacion de la voluntad humana puede resumirse en una sola palabra, cuya enunciacion no dejará de sorprender á la parte do mi auditorio que no haya meditado sobre este asunto; resúmese en la obediencia. La educacion forma nuestra inteligencia, enseñándonos á creer, forma nuestro corazon, enseñándonos á amar, y forma nuestra voluntad enseñándonos á obedecer. Siendo el obedecer ley fundamental de toda voluntad humana, la educacion que favorezca el desarrollo del hombre con sujecion á esta ley, será origen de perfeccion para su voluntad y de progreso para toda su vida. Tal es el asunto de la presente conferencia.

I.

Y ante todo, conviene evitar equivocaciones harto fáciles, declarando lo que entendemos por la palabra *obediencia*. De la propia manera que no es, en su esencia, la autoridad un poder puramente material, tiene la obediencia, por su parte, naturaleza esencialmente moral.

Obedecer, en el sentido elevado de esta voz, no es someterse por fuerza á una autoridad que subyuga, sino inclinarse libremente ante el cetro de una autoridad que obtiene acatamiento. No equivale la obediencia á ceder una fuerza pequeña ante otra fuerza mayor; á doblegarse la debilidad propia ante la prepotencia agena. Es, por el contrario, la union de una voluntad libre con otra voluntad superior, es una confesion voluntaria de la superioridad que impera, un tributo libremente pagado á la autoridad legítima, ó aceptada á lo menos como tal por el tributario. Y como toda autoridad legítima sea una participacion en la autoridad de



Dios, puede decirse que todo acto de obediencia verdadero, es un acto armónico, merced al cual se vuelve la voluntad humana hácia su verdadero polo, que es Dios, centro de toda autoridad. Autoridad es el derecho que dá al Autor su cualidad de tal, y obedecer es crear uno el órden dentro de sí mismo, rindiéndose libremente á su autor.

Considerada la obediencia tal como acabo de presentarla, hállanse en la familia dos sistemas de educacion, como en la sociedad dos sistemas de gobierno. Hállase la educacion de la rebeldía y la educacion de la obediencia; la educacion anti cristiana y la educacion cristiana.

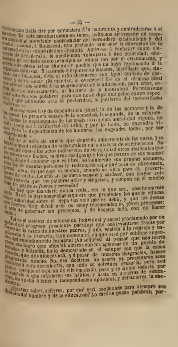
Comencemos por esplanar estos dos sistemas que se repelen mútua y radicalmente.

El cristianismo es escuela divina de obediencia, porque esencialmente viene á ser la constitucion de la autoridad de Jesucristo en la humanidad cristiana, y la sumision de la humanidad cristiana á la autoridad de Jesucristo. La gerarquía no es otra cosa que la organizacion de esta autoridad en la Iglesia, la vida cristiana es el reconocimiento práctico de la misma autoridad, ó en otros términos, la perpétua obediencia á Dios en Nuestro Señor Jesucristo. Es, pues, el cristiano, por su propia esencia, un ser obediente. Cierto que, á fuer de siervo libre de Cristo Rey, sabe decir cuando llega la ocasion: *Mas quiero obedecer á Dios que á los* hombres, pero nunca dice: *No quiero obedecer.* Si esto dijera, abdicaria el signo de Cristo, y estamparia en su frente el signo de Satanás. Tarea decisiva de la educacion cristiana es someter la voluntad del niño á la autoridad de Cristo. Sabe perfectamente que la formacion moral del hombre depende sobre todo de enseñarle á querer, porque, segun lo que quiere, decide de su destino el hombre, y se vuelve hácia el polo del bien ó hácia el polo del mal, y para la voluntad de los niños, el polo del bien es todo aquello que Jesucristo tiene ordenado.

Por eso se consagra la educacion cristiana, con predileccion solícita, á lograr que en todas partes se rinda la voluntad del niño á su divina autoridad. Mostrando á sus padres, le dice: estos son, despues de Dios, los autores de tu vida, esta la autoridad que para ti ha instituido Jesucristo, obedéceles.—Mostrando á sacerdotes y Pontífices, le dice: estos son los representantes de Jesucristo, Revelador y Salvador: sus palabras son eco del pensamiento de Dios, sus órdenes eco de la voluntad divina, obedéceles.—Mostrando al magistrado, al funcionario público, al Rey, le dice: estos empuñan la espada para defensa de lo bueno y lo justo, poseen la autoridad de Cristo para resguardar tus derechos y proteger á la patria: debes obedecerles, en la esfera propia de su imperio, lo mismo que á tus padres y á tus sacerdotes.

Así desarrolla en los niños una educacion verdaderamente cristiana el instinto de la autoridad y la propension á la obediencia. Y no aguarda para inaugurar este generoso trabajo, á que haya alcanzado la razon todo su desarrollo, que antes bien le comienza aun antes de que alboree su vida moral. Sí, aun antes de que haya podido el niño saludar y adorar á su Señor, le ejercita anticipadamente en actos de obediencia; y el primer uso racional que de su voluntad hace el niño, es inclinarse con pleno conocimiento ante la autoridad que se acostumbró á obedecer, cuando aun no sabia que la era deudor de este tributo.

¿Quién hubiera presumido, señores, que un método tan sencillo, tan natural, tan social, pudiera encontrar quien le impugnase? Mas para la razon de ciertos hombres basta que el cristianismo haga y la Iglesia [illegible] da una cosa, para declarar que está mal hecha, y la comezon de dar por embustero al cristianismo y de contradecir á la Iglesia, arrástrales [illegible]



sibilemente hasta dar por embustera á la naturaleza y contradecirse á sí mismos. En esta cuestion como en todas, hallamos atravesado en nuestro camino al inevitable contradictor del verdadero cristianismo y del sentido comun, á Rousseau, que pretende cimentar la educacion de la voluntad en la independencia absoluta. Atrévese á rechazar como elemento de decadencia, la obediencia voluntaria á una autoridad; obediencia presentada como principio de educacion por el cristianismo, y practicada como tal en cualquier pueblo que no haya renunciado á la dignidad humana. Y pasando á esponer su sistema, manifiesta que, durante su educacion, debe el niño abstenerse con igual cuidado de obedecer y de dominar. ¡Ni mandar, ni obedecer! Tal es el término ideal que ofrece este sofista á las aspiraciones de la educacion, para criar, segun dice él donosamente, al hombre de la naturaleza. Permítaseme citar una vez sus palabras, para que no se diga que peleo contra espectros, y que calumnio ante su posteridad, al patriarca del racionalismo moderno.—

«Dos especies hay de dependencia (dice), la de los hombres y la de las cosas. La primera emana de la sociedad, la segunda, de la naturaleza. Como la dependencia de las cosas no implica moralidad alguna, no daña tampoco á la libertad del niño, y por lo tanto, no engendra vicios. Pero la dependencia de los hombres los engendra todos, por ser desordenada.»

«Criad al niño de suerte que dependa únicamente de las cosas, y se habrá seguido el órden de la naturaleza en la marcha de su educacion. No se suscite contra los actos indiscretos de su voluntad otros obstáculos que los puramente físicos, ni otros castigos que los que nazcan de sus mismos actos, déle á conocer que es libre, no solamente sus propias acciones, sino las de cuantas personas le rodean, no sepa qué cosa es obediencia, cuando obra, ni qué cosa es mando, cuando se obra para él; proscríbanse de su diccionario las palabras *mandar* y *obedecer*, con mayor cuidado todavía que las palabras *deber* y *obligacion*, y ocupen en él mucho sitio las palabras *fuerza* y *necesidad*.»

«No hay que mandarle nunca nada, sea lo que sea, absolutamente nada. Ni se le deje sospechar siquiera que pretenden los que le educan tener autoridad sobre él. Sepa tan solo que es débil, y que los demas son fuertes. Muy difícil arte os estoy recomendando, jóven preceptor: el arte de gobernar sin preceptos, y de hacerlo todo, con no hacer nada.»

Tal es el sistema de educacion individual y social proclamado por un apóstol del progreso ¡Insolente paradoja que osó levantarse frente por frente de la razon de nuestros padres, y que, vestida á lo retórico y engalanada á lo literario, tuvo momentos en que pasó por sublime engendro del entendimiento humano! ¡Ah señores! Al pensar que una teoría como esa logró cien años há alzarse con los aplausos de un pueblo de letrados y filósofos, hallo demostrado en el estupor con que la estais oyendo, que de entonces acá, y á pesar de nuestras desgracias, hemos progresado mucho. No, esa doctrina no osaría ya presentarse ante vosotros á cara descubierta, con toda su selvática grosería, pero sed cautos, porque el espíritu de ella emanado, pasa y se siente todavía por la atmósfera que infestaron sus hálitos, y hasta en materias de educacion, ha vuelto á tener la independencia apóstoles, y detractores la obediencia.

¿Quereis saber, señores, por qué está condenada para siempre esa filosofía del hombre y de la educacion? Lo diré en pocas palabras; por-

que desmiente la vida en su principio; porque es radicalmente falsa, porque la obediencia es ley suprema de la vida humana, porque el hombre no puede elevarse sino á condicion de obedecer.

Pudiera yo recordar aquí, que, aun fuera de la raza humana, existe en toda la creacion una obediencia pasiva de los seres materiales á la voluntad creadora, obediencia relativa á su naturaleza, y requisito indispensable para su armonía, crecimiento y progreso. Desde los abismos del firmamento hasta los abismos de la tierra, oyen todos la voz que les llama, y todos dicen: Hénos aquí. Allá en lo menos esplorado de los espacios caminan los soles por su órbita con una exactitud cuyo prodigioso primor no aciertan siquiera á espresar plenamente las matemáticas, apareciendo ante nuestra vista y saludando al creador, en el punto y hora que le señaló su divino dedo. Todo el mundo planetario es un ordenado concurso de soles que cantan las glorias de Dios y ejecutan su voluntad. Mientras tanto, corre la vida en la tierra por mil profundos canales, por los cuales ni aun segundo puede el genio del hombre para enterarse de sus íntimos secretos, pero en medio de todos sus movimientos tan multiplicados, profundos y misteriosos, revélase donde quiera, con esplendor divino una misma cosa, la fidelidad con que acude la vida al llamamiento de la Providencia. Adivinando los senderos que la naturaleza la tiene dispuestos, por mas oscuros que sean, por mas remotos que estén, va la savia caminando por ellos hasta llegar, en la hora prefijada, á cubrir la tierra con su verde manto y á engalanar los árboles con su pomposo aderezo de flores ó con su corona de frutos. Tan leal es, que nunca ha resistido á Dios, tan sencillamente acata sus leyes que ni sabe frustrar sus deseos, ni desmentir sus soberanas palabras.

Pero al cumplir la voluntad de Dios los árboles y plantas, los astros, los soles, los mundos materiales, en suma, no saben lo que hacen. Para dar sentido á esta universal concordia de actos de obediencia ciega y pasiva, se necesitaban otros actos de obediencia inteligente y libre. Ahora bien, el ser que así obedece es el hombre, el hombre pontífice, mediador y Rey; el hombre, que, sometiéndose libremente cumple la armonía del mundo, y el concertado himno que canta al Criador la creacion.

Por eso tiene todo niño un instinto de obediencia libre á la autoridad reconocida por su inteligencia, y nótese bien que este instinto aparece en él desde el mismo instante en que comienzan á albo[rear] sus pensamientos. Cierto que entonces se revela todavía confuso, nu[bl]ado como entre la dudosa luz de los crepúsculos, la autoridad moral que ante el niño se presenta reclamándole por súbdito, pero ya consulta su tierna razon con su instinto para legitimar el imperio de aquella autoridad y santificar su obediencia, al paso que su corazon le va haciendo doblegarse espontáneamente ante el cetro de la autoridad personificada en el amor, su razon va reconociendo cada vez mas claramente, la legitimidad con que impera y la majestad de su derecho. De suerte que una de las primeras cosas que le enseña su conciencia, al despertarse, es obedecer aquella autoridad, primer objeto que busca instintivamente su corazon, y primera necesidad de su vida. La flaqueza é impotencia natural de los niños les revela, en efecto, desde la cuna, que es ley obedecer. Todos naceis señores, con vocacion de ejercer predominio, todos debeis reinar, y sin embargo, no hay en el universo seres que nazcan mas incapaces de gobernarse así mismos. Reyes de la creacion, pisais vuestros primeros años esclavizados á la necesidad; faltos de fuerzas y deshechos en llanto, yaceis, á los umbrales de vuestro imperio, ni siquiera podriais vivir, si desde aquel instante no os tocara con su cetro el amor, y la primer ley

que á vuestro oido proclama enérgicamente la vida, se resume en estas palabras *O morir ó obedecer.*

Mas no cesa con las necesidades de nuestra infancia la necesidad de obedecer, ley indeclinable de nuestra educacion, porque lo es de nuestra vida. Crece el niño; desarróllase su razon, el horizonte se ensancha ante sus ojos, y le va descubriendo su imperio, ya tantea su mano el peso del cetro, y su frente el de la corona, ya conoce que se acerca la hora de recibir su investidura y de llegar á hombre. Despiértase en su alma la ambicion de imperio: siente una inmensa necesidad de ser independiente, y de todos los abismos de su corazon se levantan voces gritándole: *Dirumpamus vincula.* Emancípese mi libertad de fajas y cadenas, vallas y fronteras, callaos, padre, madre, callaos: suélteme la ley, suélteme la Iglesia; déjeme Dios ser libre y soberano en mis dominios, nadie me mande, porque á nadie volveré á obedecer. Llegada es la hora de que ejerza yo el gobierno de mí mismo; ¡afuera todo lo que me estorba! ¡afuera lo que me cautiva! ¡afuera todo lo que pretende dominarme y dictarme preceptos!

Tal es la naturaleza humana en los niños de quince años, y no se puede dar proclamacion mas irrecusable de la ley de obedecer, que ese mismo grito de independencia prematuramente lanzado por adolescentes que presumen de hombres. ¿Qué será de criaturas que tan mal sufren el yugo, y tanto codician mandar? ¿Quién sujetará á ese ser independiente? ¿Quién contendrá á ese rebelde? ¿Quién parará á ese furioso que no parece sino que quiere atravesar por el mundo en precipitada carrera, como por los desiertos el desbocado corcel de Arabia?

La obediencia: pero la obediencia libre y voluntaria. Indudablemente que ya para entonces ha crecido la espontaneidad de los movimientos, se ha ensanchado la esfera de actividad propia; y rebosando la vida, clama por do quiera: *Fac mihi spatium.* Mas ni aun así se sustrae el adolescente á la ley de la obediencia. ¿Qué digo? En aquellas críticas horas le es más necesaria que nunca la aceptacion libre de una autoridad que le domine; porque, si ya no tiene toda la flaqueza del niño, lleva consigo en cambio todas las agitaciones y huracanes de la adolescencia, conservando sin embargo, para gobernarse á sí mismo, una impotencia tanto mas fatal á su propio progreso, cuanto mas profunda es la repugnancia que siente á consentir cualquier gobierno que no sea el suyo. El niño tiene siquiera una debilidad pasiva que sin resistencia le entrega al gobierno ageno, pero la crísis de la adolescencia consiste cabalmente en su aspiracion á rechazar toda soberanía que le rija, faltándole vigor aun para regirse enteramente á sí propio, creyendo que la agitacion de sus pasiones es hija de su fuerza, y equivocando los gritos de su independencia con la declaracion de sus derechos. ¡Oh! Entonces es cuando mas falta hace al hombre obedecer; y obedecer con mayor libertad, conocimiento y conviccion! Obediencia que no le encadene, pero que le defienda: que no estorbe los movimientos de su vida, pero que ponga límite á sus arrebatos, que no le condene á una impotencia aniquiladora, pero que le preserve de agitaciones que debilitan, y fatigas que matan. Entonces, y entonces mas que nunca, es necesario que por derecha é izquierda le circunvale la obediencia, para impedir que su impetuosidad le extenúe, ó que le despeñe hasta el fondo de los mas insondables abismos el mal uso de sus indómitas fuerzas, ya completamente descaminadas.

Mas ya caen las flores de la adolescencia, cediendo su puesto á la madurez de la vida; ya es hombre el niño: ¿se habrá libertado por eso de

la ley de obedecer que de él se apoderó en la cuna y siguió dominándole en su primera juventud? ¡Ay! no por cierto.—¡Ah! cuando entra á ocupar su puesto y ejercer sus funciones en la humanidad no encuentra en torno suyo desiertos por donde pasee caprichosamente su selvática libertad el hombre de la naturaleza, lo que, por el contrario, encuentra en derredor, es una vasta red de dependencias correlativas, dentro de la cual no le será posible moverse ni obrar concertadamente, no siendo á condicion de obedecer.—Hombre de la naturaleza, tú á quien no place oir hablar de mando ni de obediencia, sal de la sociedad, sal, y vete á desiertos, en cuyas vastas soledades puedas realizar con toda independencia tus ensueños. Pero si en la sociedad quieres vivir, si aspiras á conquistar en ella con tus semejantes la grandeza y la gloria propias de un hombre, prepara tu corazon para amar, y tu voluntad para obedecer. Concédole que determines tú propio el puesto que mas te agrade en la gerarquía social, pero, donde quiera que fijes tu existencia, en la base, en el centro, en la cúspide, ora seas súbdito, ministro ó Rey, no te sustraerás á tu destino, tendrás que obedecer.

He mirado á todos los grados de la escala social, he buscado un hombre que no obedeciese, y no he hallado tal hombre. En lo mas bajo he visto una muchedumbre que obedece, que no podrá menos de obedecer, por mucho que lo resista, y que al sacudir el freno de la obediencia, toma aspecto de mar embravecida que amenaza en su furia devorar la tierra. Mas altos que esta muchedumbre popular he visto capitanes que obedecen, magistrados que obedecen, funcionarios que obedecen, he visto que cuantas personas reunen, en la sociedad, título de superiores jefes ó autoridades, obedecen mucho mas que mandan.

Sí, á todos esos hombres colocados en un puesto, en cuyas sublimes regiones parece que solo deberian respirar el aire libre de la independencia, á todos los he visto ligados por preceptos que los encadenan, y sujetados á servidumbre en que viven cautivos, deteniéndose tenerles por mas cautivos y mas encadenados que el pueblo que los obedece y cumple su voluntad. ¿Que digo? la misma persona que puesta en la cúspide del poder social tiene en su mano el destino de los hombres y la direccion de las cosas, há menester obediencia. Si quiere que á de su imperio se inclinen todo y camine en inalterable armonía, es forzoso que dirigiendo su imperio no otra autoridad mas elevada, obedezca sin excepcion de tiempos ni lugares á la inalterable ley de la justicia; porque si ha de lograr acatamiento de los hombres, no hay mas garantía para su poderío que la fidelidad con que cumpla las leyes de Dios. Y si olvidando sus justicias, desobedece á su destino, cae fatalmente por diverso lado bajo su mismo inevitable imperio tropieza en los hombres y cosas que le obedecen, con una disminucion de obediencia que le es necesario aceptar, y halla en el fondo de toda la pujante fuerza de Dios, ahora mas imperiosa que cuando se arma con la pujanza de los sucesos para hacer que sean obedecidos sus mandatos. Hase presentado ante mis ojos la sociedad entera, llena de hombres que ocupan diverso sitio y ejercen funciones diversas, como un inmenso mecanismo dotado de seres obedientes y correspondientes con seres obedientes en todas direcciones, de abajo arriba, del centro á la circunferencia, no de otra suerte que en las bien acabadas obras de la mecánica é industria modernas, obedece la accion de cada rueda á la accion de otra rueda, y nunca tiene mas libertad de movimiento que cuando es mas perfecta su dependencia.

He visto, en suma, á la humanidad como un concurso armónico de voluntades, fundado en la sumision gerarquica, donde no hay hombre

que no esté llamado á obedecer hoy, mañana y siempre, y al contemplar ese espectáculo tan fecundo en enseñanzas y lleno de luz he tenido que esclamar: La obediencia es ley de la vida, y á fuer de tal, es y será siempre ley de la educacion.

¿Qué educacion es, por lo tanto, esa que pretende libertar al niño de la ley de la obediencia, cuando su vida entera y la misma sociedad en que su vida ha de esplayarse no son, aquella en sus diversas jerarquías, y esta en sus varios grados, mas que una obediencia perpetua y universal? Ya lo estais viendo, es una educacion radicalmente falsa por cuanto supone una vida que no es la vida humana, y prepara un porvenir que no es lo porvenir del hombre, educacion buena para la vida egoista, y no para la vida fraternal, educacion que educa para el desierto y no para la sociedad, educacion que desentona la vida para precipitarla en el terreno de la contradiccion, y desde allí en el de la decadencia, ya que no sea en su absoluta ruina. ¿Qué podrán hacer seres humanos criados en independencia y para la independencia? ¿Qué serán de niños? ¿qué de adolescentes? ¿qué en fin cuando lleguen á hombres?

De niños tienen todos los defectos de su edad, y ninguna de las buenas cualidades. No conocen la disciplina de la obediencia voluntaria; ante ellos han abdicado la autoridad, su padre se ha convertido en *su amigo*, su maestro en *su camarada*, y así han llegado á mandar en sus padres y gobernar á sus maestros. Delante os pongo al muchacho mal criado que ha hecho todo cuanto le ha parecido bien: miradle á los diez años de su edad, esclavo y déspota á un tiempo, esclavo de sí mismo y déspota de los demas, ejerce sobre cuantos le rodean la tiranía de sus caprichos; es voluntario, arrogante, soberbio, insolente, provocativo, irascible, y furibundo hasta amoratársele el rostro y perder la respiracion, porque, aun no queriendo hacerlo, hay que negarle algo, un dia u otro, y entonces estalla la cólera del impotente arrapiezo, obligándole á echar espumarajos y descargar golpes á diestra y siniestra, hasta sobre la materia inanimada, si la materia inanimada no obedece sus preceptos. Es, en suma, malvado y feroz, y al verle, se le confundiria con un salvaje.

Si salvaje es en la infancia ¿qué será en la adolescencia? Figuraos al potro lleno de ardor y braveza dando botes por el prado, cuyas cercas le mantienen cautivo y libre de los arrebatos de su propia impetuosidad. Mal hallado con su cautiverio, salta, rompiendo toda ligadura, por encima de las vallas que le contienen, vedle correr y precipitarse sin guia ni freno, en desatentada carrera. Trastórnase su cabeza y ciéganse sus ojos con el vértigo de su recien conquistada independencia; va no sabe á donde va, rómpense sus carnes en zarzas y ramas de árboles, abátese por quiebras y barrancos, hundese por fin el terreno, y cae despeñado, rendido, jadeante, quizá destrozado á punto de no poder recobrar la libertad de sus movimientos. Espacio y libertad quiso conquistar y el espacio y la libertad han conspirado contra él. Esta imágen retrata al alborotado mancebo que, ó no ha conocido, ó ha rechazado el freno moderador de la obediencia y autoridad. Dominado por su efervescencia, quiso eludir su propia ley, y se estravia en cada movimiento, fatígase en estéril agitacion é impetuosidad devoradora, debilítase despues, y cae por fin lánguidamente, agotadas sus fuerzas, como no nuera hastiado de sí mismo y de todo, despues de haber abandonado al viento de sus caprichos, tesoros de inteligencia de amor y de genio quizá.

Y dado que sobreviva el adolescente á esa efervescencia sin objeto, á esas agitaciones sin regla, y á esos arrebatos si freno, ¿qué será de él,

cuando llegue á edad varonil? Miradle á los treinta años, edad en que va quedando al descubierto la realidad, segun van cayendo ilusiones al suelo. ¡Ah! Entonces es cuando con mas amargura conoce la falacia de aquella educacion que le crió en independencia y para la independencia. —Luego que tenga yo treinta años (habia dicho para sí) me tocará mandar.—Así lo creia, en efecto, y sin embargo, al llegar la hora se ve por donde quiera constreñido á obedecer. Creia dominar é imponerse á todo, pero todo le domina y se le impone, como si hubiese una conspiracion universal para dictarle órdenes, y aun para amarrarle con cadenas. Irritase el ser acostumbrado á la independencia, con esta necesidad de obedecer, depender y someterse. De jóven, le hacian ya harto digno de compasion sus malos hábitos, ¿qué sucederá cuando, multiplicándose su dependencia juntamente con sus relaciones, sus cargos y sus ambiciones, echa de ver que todo se le resiste, y se encuentra, en frase de un autor, *como abrumado bajo la mole del universo, que presumia él de poder manejar á su albedrío?* Muy en breve en su corazon la ardiente lava de rencores anti-sociales y concupiscencias fratricidas.

Parécele que toda la sociedad necesita ser reformada, trastornada y recompuesta, de forma que le permita satisfacer su pasion de mando y su horror á la obediencia. Y si aquel hombre armado ya contra la sociedad por su educacion, se halla constituido en ciertas condiciones, si tiene mucha imaginacion y poco sentido comun, cabeza inflamable y corazon mal conformado, si, amen de esto, tiene mucha soberbia y todavia mas envidia, entonces, señores, ya adivinareis lo que será de ese hombre, sin necesidad de que yo lo diga. Fundada su educacion en la independencia, falseó la ley de su vida, y él mismo conspiró con sus preceptores á violar la primer ley de su educacion, es un ser mal criado, tiene trastornado el cerebro y pervertido el corazon, no sabe obedecer, merece, por consiguiente ser un gran revolucionario. Si le levanta bastante alto y le lleva bastante lejos el oleaje de los acontecimientos, arrancará su reposo á las monarquías, y su obediencia á los pueblos, y proclamando la rebeldía como el mas santo de los deberes, solo dejará en pos de sí abismos abiertos, solo dejará al borde de estos abismos poblaciones alborotadas como las aguas de un mar próximo á romper todos sus frenos, con peligro de inundar la tierra, entre los horrores de un nuevo cataclismo.

Así se pervierte nuestra voluntad con la educacion fundada en la independencia, que es á la par orígen de degradacion para el individuo y azote cruel para la humanidad. Réstanos esponer directamente cómo se perfecciona la voluntad humana con la educacion fundada en obediencia, y cómo engendran ésta el progreso de la humanidad, siendo orígen de progreso para el individuo.

II.

Contradictorio parece á primera vista que la obediencia nazca el perfeccionamiento, y la grandeza de la voluntad humana, porque si la voluntad no es otra cosa que la facultad de querer, parece que cuanto mas quiera y haga el hombre por sí mismo, otro tanto mas se engrandecerá la voluntad, y quedará perfeccionada por su propio ejercicio.

Tal es la ilusion que naturalmente se forja todo hombre ávido de independencia, tal es lo que principalmente le seduce en la juventud, hacer su voluntad, sin reconocer como superior ninguna otra, saber que en él mismo radica la razon de todo lo que hace, poder estampar al pie de cada acto de su vida estas régias palabras: *Lo he hecho así porque*

querido. En ello cifra su grandeza, con particular predileccion, todo adolescente; ¡y cuántos hombres hay que, siendo niños bajo este concepto, fundan una gloria pueril en no depender de nadie, en mandar siempre y no obedecer jamás!

Hacer lo que se quiere, todo lo que se quiere, y nada que no se quiera, hé aquí su secreto para crear voluntades pujantes y caractéres varoniles. No saben percibir la verdadera virilidad que supone la humillacion voluntaria del *querer* propio ante una voluntad superior, no descubren en la obediencia otra cosa que flaqueza y suicidio moral, á los que juran guardarla y la practican en su grado heróico, los llaman cadáveres. *perinde ac cadaver*. Así profanan la lengua de los Santos, tomando al revés la célebre metáfora usada para espresar el holocausto de la voluntad, que ha de consumar la voluntad misma.

Pues lo verdadero es cabalmente lo contrario. Nunca es mas progresiva la voluntad del hombre, nunca es mayor su vitalidad, que en los momentos en que se somete con inteligencia, amor y libertad, á una voluntad superior. Y si aquí estuviesen oyéndome esos sublimes apóstoles de la independencia, les diria yo: sabed que no hay en el mundo séres mas vivos, activos y fecundos que esos cadáveres, sabed que la vida, perfeccion y grandeza de la voluntad, residen precisamente en su obediencia.

El cristianismo, que tan divinamente se ajusta á la naturaleza cuando proclama que en obedecer consiste la ley de la voluntad, la comprende mas divinamente todavía, al afirmar que es la obediencia ley de toda educacion, y motor de todo progreso. ¡Cosa singular! Jesucristo, que es ante la humanidad centro de toda autoridad divina y humana, se presenta tambien como perfecto modelo y tipo ideal de obediencia, de suerte que, gracias á una aparente contradiccion, la obediencia y la autoridad se enlazan y confunden siempre en el augusto ministerio de su vida. Actos son de obediencia, mas todavía que de autoridad, todos sus actos. Lo es muy particularmente su vida en Nazareth: allí se compendian en una sola frase treinta años de su historia, *Erat subditus illis*; allí obedece el Creador á la criatura, y el Niño Dios á una humilde mujer y á un hombre mas humilde todavía, consistiendo en esta obediencia su propio progreso. Por lo cual se dice que iba creciendo en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres (San Luc. II, 52.) Desde entonces, hasta que subió á la Cruz para exhalar en ella su espíritu, siguió obedeciendo: *Factus est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis*, (Philip., I.)

Su glorioso triunfo postrero, como Soberano universal, no fue otra cosa que la coronacion de su obediencia; si ante su soberanía se dobló toda rodilla en el cielo, la tierra y los infiernos, si ante el cetro de Cristo se humillaron todos en su triplicado imperio, la Escritura nos ha enseñado el secreto de este progreso que conduce á la glorificacion eterna, era que Jesucristo habia obedecido. Por la desobediencia de un hombre se habia perdido el universo, y el universo quedó restaurado por la obediencia de un Dios.

Para cualquier cristiano verdadero que siguiendo las huellas de Cristo, pretenda descubrir el camino del progreso cristiano, todo se halla contenido en aquella divina y compendiosa leccion, solo á fuerza de obedecer, como el Redentor, recobrará la plenitud de su grandeza y poderío, y las humillaciones voluntarias que obedeciendo se imponga, serán otros tantos preludios de su glorificacion en la soberanía que verdaderamente le corresponde. Mas como no á todos sea dado comprender el divino sentido de estas palabras, que son un resúmen del cristianismo, im-

porta que sondeemos los misterios de la humanidad, para ver, como lo vereis, que al fundar en la obediencia el progreso del hombre y el engrandecimiento de su voluntad, es el cristianismo, como siempre, intérprete infalible de nuestra naturaleza; y que esplicar el secreto de la glorificacion de Cristo, es haber esplicado el secreto de la elevacion del hombre en todo tiempo y lugar.

Porque, en efecto, ¿qué debe dar una educacion generosa y varonil á la voluntad del hombre? Tres cosas principalmente: libertad, rectitud y fuerza. Libertad soberana, rectitud inflexible, fuerza fecunda, tales son los caracteres de la voluntad perfecta.

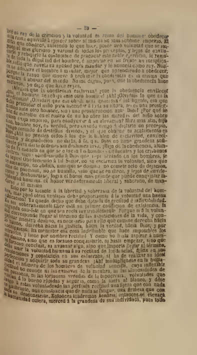
Consiste el primer atributo de la voluntad del hombre en ser libre y verdaderamente soberana, fundando en su libre soberanía su verdadera dignidad. Pues este es cabalmente el primer fruto que produce la obediencia. Personas incapaces de esplicar la causa de las grandezas del hombre, entienden que someterse y abdicar son palabras equivalentes, que toda obediencia es servidumbre, y por lo tanto, que obedecer es envilecerse. Protesto en nombre de la dignidad de nuestra especie, contra un principio que consagra, con título de libertad, la degradacion de la voluntad humana.

La educacion fundada en la obediencia comienza inmediatamente por emanciparnos. Para los individuos lo mismo que para las sociedades, para los niños, lo mismo que para los hombres, no hay libertad fuera del órden, ni órden fuera de la obediencia á las autoridades legítimas. Por consiguiente, el niño que crece acostumbrándose á obedecer, sometido al ascendiente de una educacion verdaderamente liberal, se va emancipando dia por dia de todas las especies de esclavitud que engendra el espíritu de rebelion.

Porque los niños tienen que obedecer, de grado ó por fuerza, réstales sólo la facultad de escoger entre dependencias de diversa índole, entre depender de una potestad legítima ó de otra que no lo sea, entre hacerse obedientes, ó ser esclavos y condenarse por sí mismos á todo linaje de servidumbres. Si quieren ser libres, y para conseguirlo se echan á buscar independencia, saldránles al camino y los arrebatarán su libertad todas las tiranías imaginables. Voluntad que no acepta directores, multiplica sus tiranos, por rehuir toda obediencia, humíllase á toda esclavitud, y por consecuencia forzosa, á todo envilecimiento.

¡Cuán diferente el niño que obedece á sus padres, el niño que obedece á maestros, en cuya frente mira reflejada la autoridad paterna y materna, y sobre todo el niño cristiano, cuya fe le muestra á Cristo en su padre, á Cristo en su madre, á Cristo en su maestro, el niño que obedece á Dios cuando se inclina ante los hombres!... ¡Ah! ¡este niño sí que es libre! El mismo acto que le mueve á obedecer, le emancipa de cuanto no tenga derecho á dictarle leyes, su obediencia misma es protectora de su libertad: por ella queda libre de la esclavitud de sus caprichos, de sus irreflexivas impresiones, de su imaginacion, de su soberbia, de su pereza, y en una palabra, de todas las tiranías que tarde ó temprano acaban siempre esclavizando á los rebeldes, llámense pueblos, hombres ó niños.

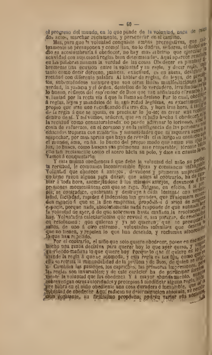
Libre es el hijo de la obediencia, pero no basta afirmarlo así, porque además es soberano, consintiendo en la obediencia, no solamente el más generoso ejercicio de todas sus libertades, sino tambien el de su más elevada soberanía. Soberano es el hombre cuando manda en la naturaleza, más soberano cuando manda en los hombres, pero la soberanía que á todas se aventaja es la del hombre que manda en sí mismo. Y esto es cabalmente lo que consigue por medio de la obediencia. El hom-



bre es rey de la creacion y la voluntad es reina del hombre: obedecer esta reina equivale á ejercer sobre sí misma su mas sublime imperio. El niño que obedece, sabiendo lo que hace, posee una voluntad que se impone el mas glorioso y varonil de todos los preceptos, y lejos de envilecerle y rebajarle la costumbre de practicar este noble ejercicio, le reviste de toda la dignidad del hombre, é imprime en su frente un inesplicable sello que revela su aptitud para mandar y le anuncia como rey. Nunca se adiestra el hombre á mandar, mejor que aprendiendo a obedecer; porque la razon que mueve á rechazar la obediencia es la misma que arrastra á abusar del mando. No me digais, pues, que la obediencia hace esclavos, yo digo que hace reyes.

¡Alegais que la obediencia esclaviza! ¡que la obediencia envilece! ¡que el hombre se rebaja ante otro hombre! ¡Ah! ¡Olvidais lo que es la obediencia! ¡Olvidais que esa obediencia generosa é inteligente, esa que debe practicar el niño para ascender á toda su altura, no es una prosternacion ante otro hombre, sino una prosternacion ante Dios! ¿Por qué se han de estrellar en el rostro de un hombre las miradas del niño sobre quien exija imperio, para coadyuvar á su elevacion? Mira mas alto, hijo mio, hombre soy, es verdad, pero cuando vengo á dictarte un precepto, vengo cercado de destellos divinos, y el que obtiene tu acatamiento es Dios. ¡Ah! no prestes oidos á los que te hablen de esclavitud, envilecimiento y degradacion no dirás, á fe, que Dios no tiene grandeza suficiente para darle órdenes sin deshonra tuya. ¡Hijo de la obediencia, alumno de la escuela en que se educan los hombres eminentes y los cristianos ilustres sigue obedeciendo á Dios que representado en los hombres, te da leyes! Obedeciendo á tal Señor, no se esclaviza tu voluntad, sino que se emancipa, no abdica, sino que se domina no comete acto de dejacion, sino de posesion, no se humilla, sino que se enaltece, y lejos de envilecerse y deshonrarse, logra el honor mas grande que puede conquistar la voluntad humana el honor verdaderamente liberal y soberano, de mandarse á sí misma.

Esto por lo tocante á la libertad y soberanía de la voluntad del hombre, mas ¿qué otras ventajas debe proporcionar á la voluntad una buena educacion? Ya queda dicho que debe dotarla de rectitud é inflexibilidad. Es ser soberanamente libre está su primer condicion de existencia, la segunda consiste en que sea recta invariablemente Porque si á la voluntad corresponde llegar al término de las aspiraciones de la vida, y conquistar nuestro destino, es necesario para ello que camine derecha hácia lo bueno, derecha hácia la justicia, hácia la verdad, hácia Dios, y por consiguiente ha menester esa cosa indeleble que hace imposibles los estravíos, y tiene por nombre rectitud Y como no basta aspirar á nuestro destino, sino que es forzoso conquistarle, ni basta empezar, sino que es forzoso concluir, ni avanzar algo, sino que importa llegar al término, debe unir la voluntad humana á su rectitud de tendencias, fijeza en sus resoluciones y constancia en sus esfuerzos, si ha de realizar su ideal perfeccion y adquirir toda su grandeza ¡Ah! multiplíquese en la humanidad el número de los hombres de voluntad sencilla, cuya inflexible rectitud no conoce ni las evasivas de la mentira, ni las sinuosidades de las pasiones, ni las tortuosas veredas de la hipocresía, voluntades que vuelan á lo bueno rápidas y seguras, como la saeta al blanco, y dése luego á estas voluntades de tan perfecta rectitud una fijeza que con nada se quebrante, una constancia que de nada se fatigue, una firmeza que con nada se desconcierte. Entonces tendremos *hombres*, entonces se elevará la humanidad entera, merced á la grandeza de sus individuos, pues todo

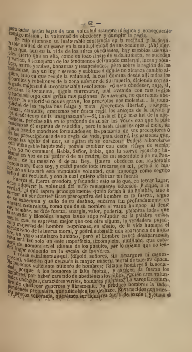


el progreso del mundo, en lo que pende de la voluntad, nace de estos dos actos, marchar rectamente, y perseverar en el camino.

Mas, para que la voluntad conquiste ambas prerogativas, que mútuamente se presuponen y complean, no lo dudeis, señores, el único medio es acostumbrarla á obedecer, no hay mas arbitrio que ejercitar su actividad con sujecion á reglas bien determinadas. Aquí aparece revelada en las palabras mismas la verdad de las cosas Obedecer es plantear libremente una ecuacion entre la voluntad y su *regla*, y decir *regla*, vale tanto como decir derecho, justicia, exactitud, es en suma, designar la rectitud con diferente palabra Al hablar de reglas, de leyes, de preceptos, sobreentiéndese siempre que son otras tantas manifestaciones de la verdad, la justicia y el órden, destellos de lo verdadero, irradiaciones de lo bueno, reflejos del esplendor de Dios que van señalando el rumbo á la voluntad por la recta vía á que la llama su destino Por lo cual, obedecer á reglas, leyes y mandatos de la autoridad legítima, es exactamente lo propio que irse uno rectificando dia tras dia, y hora tras hora, á imágen de la regla á que se ajusta, es practicar lo justo; es crear una rectitud dentro de sí. Y así vemos, señores, que en el niño hecho á obedecer, en la rectitud como connaturalizada no puede adivinar lo tortuoso, sino á costa de esfuerzos, en el corazon y en la inteligencia de las personas mal educadas tropieza con misterios y sinuosidades que ni siquiera acertaria á sospechar, por mas aprisa que haya de revelárselas luego su contacto con el mundo, ama, en fin lo bueno del propio modo que aman sus ojos la luz, lo busca, como buscan sus pulmones aire respirable, tórnase hácia ello tan rectamente como el acero hácia su polo, y dice en cuanto lo ve, Vamos á conquistarlo

Y esta misma obediencia á que debe la voluntad del niño su perfecta rectitud, le comunica incontrastable fijeza y constancia infatigable. Voluntad que obedece á antojos, devaneos y primeras impresiones, no tiene razon alguna para durar, que antes al contrario, ha de cambiar á toda hora, asemejándose á los mismos antojos, devaneos é impresiones momentáneas con que se rige. Niégase, en efecto, á sí propia; se contradice, quebranta y destruye á cada instante con versatilidad, facilidad, rapidez é indecision tan grandes, que ni siquiera conceden espacio á que se la fien empresas, propósitos ó actos de ninguna especie, porque nada, absolutamente nada responde de que subsista hoy la voluntad de ayer, ó de que sobreviva hasta mañana la resolucion de hoy. Voluntades calenturientas que revuelan, sin pararse, de resolucion en resolucion; que quieren y ya no quieren, que se precipitan á saltos, de uno á otro estremo, voluntades infantiles que desean lo que no tienen, y repelen lo que han deseado, y reclaman alborotadas lo que han repelido.

Por el contrario, el niño que solo quiere obedecer, posee en ese mero hecho una razon decisiva para querer hoy lo que ayer quiso, y seguir queriendo mañana lo que quiere hoy Porque lo que él quiere es lo que mande la regla á que se acomoda, y esta regla es tan fija, como que en ella se retrata la inmutabilidad de la justicia y de Dios, de quien se origina Cambian las pasiones, los caprichos, las primeras impresiones, pero las reglas son invariables; y de este carácter ha de participar forzosamente la voluntad que las obedezca Y á mayor abundamiento, aunque sobrevengan otras autoridades y preceptos á modificar alguna regla, siempre habrá en el niño obediente una cosa duradera é inmutable, que es la voluntad de obedecer Aquí radican su determinacion absoluta, su resolucion constante, su firmísimo propósito; podrán variar sus acciones

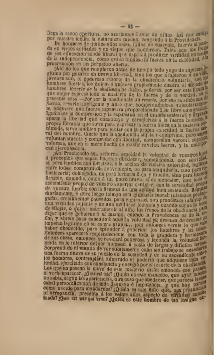


pero todas serán hijas de una voluntad siempre idéntica y consecuente consigo misma, la voluntad de obedecer y cumplir la regla.

De esto dimanan su inalterable constancia en la rectitud y la invariable unidad de su *querer* en la multiplicidad de sus acciones. ¡Ah! cierto es que, aun en la vida de los séres obedientes, hay cambios inevitables: cierto que en ella, como en todo linaje de vida humana, se suceden y varian, á semejanza de los fenómenos del mundo material, luces y sombras, astros y nubes, bonanzas y tempestades; pero sobre la region de las mudanzas, hay un lugar sereno y sublime á donde no alcanza cambio alguno, sino en que reside la voluntad, la cual domina desde allí todos los alborotos y rebeliones de la zona inferior de su imperio, diciendo con sosegada majestad é incontrastable resolucion: «*Quiero* obedecer, ruje, sí, cercana la tormenta, oigola murmurar, mal avenida con mis regios mandatos, oigo cual gritan mis pasiones *Non serviam*, no queremos obedecer: la autoridad nos es grave, los preceptos nos molestan, la inmovilidad de las reglas nos fatiga y mata. ¡Queremos libertad, independencia, cambios, queremos por única regla los antojos de la mente y los desórdenes de la imaginacion!»—Sí, hasta el hijo mas fiel de la obediencia, percibe allá en lo profundo de su sér las voces con que le pide mudanzas el espíritu de rebeldía, pero le basta alzar los ojos al cielo, de quien recibe mandatos formulados en las palabras de sus preceptores ó en las prescripciones de su regla de vida, para decir á las pasiones que, como las aguas del mar, se agitan en su corazon: Podeis alborotaros con infatigable inquietud; podeis cambiar con cada ráfaga de viento, mas yo no cambiaré. Habla, Señor, habla, que tu siervo escucha; háblame en voz de mi padre ó de mi madre, de mi sacerdote ó de mi Pontífice, de mi maestro ó de mi Rey. Quiero obedecer con inalterable resolucion, flaco soy, y quizá puede todo trocarse en mí, pero á lo menos no se trocará esta inmutable voluntad, que impongo como seguro sello á mi rectitud, y con la cual quiero afianzar mi fuerza.

Fuerza sí, fuerza creadora y fecunda: esto es lo que, en tercer lugar, debe adquirir la voluntad del niño rectamente educado. Porque, á la verdad, ¿á qué aspira principalmente quien forma á un hombre, sino á formar un ser fuerte? Gran prerogativa del hombre es la fuerza, signo de su soberanía y sello de su destino, encarna tan profundamente en nuestra naturaleza, como que da su nombre al varon humano. Al decir, hombre, se dice fuerza, energía, valor, poderío, palabras todas que la sencilla y filosófica lengua latina supo refundir en la palabra *virtus*, con la cual se espresan mejor que con otra alguna, la verdadera pujanza y majestad del hombre. Suprímase, en efecto, de la vida humana el mecanismo de la fuerza moral, y podrá subsistir una apariencia de hombre, un vago simulacro humano, pero el hombre habrá desaparecido, resultará tan solo un ente imperfecto, incompleto, mutilado, que carecerá de nombre en el idioma de los pueblos, por lo mismo que no tendrá lugar conocido en la escala de los séres.

Y véase cabalmente aquí, (dígolo, señores, sin amargura ni menosprecio), véase en qué consiste la mayor miseria moral de nuestra época. No tenemos suficiente número de hombres; fáltanle hombres á la sociedad, porque á los hombres le falta fuerza, y carecen de fuerza los hombres, por haber carecido de obediencia los niños. ¿Quién crea voluntades enérgicas, caractéres viriles, hombres pujantes? La varonil costumbre de obedecer generosa y libremente. No produce hombres la independencia prematura, que antes bien los deshace. Envanecidos con nuestra precoz soberanía, queremos ser hombres fuera de sazon; y cuando



llega la sazon oportuna, no acertamos á salir de niños. Así nos castiga por nuestra locura la naturaleza misma, vengando á la Providencia.

De hombres de quince años salen niños de cuarenta, hierve el mundo en viejos aniñados y en viejos que hombrean. Tales son los frutos de esa educacion seudo liberal que aspira á producir virilidad en medio de la independencia, como quien fundase la fuerza en la debilidad, ó la procreacion en un perpétuo aborto.

¡Ah! no los que rompieron antes de tiempo todo yugo de sujecion legítima por gozarse en bravía libertad, sino los que adaptaron á su vida, jóvenes aun, el poderoso resorte de la obediencia voluntaria, son los hombres fuertes, los únicos á quienes propiamente cuadra el dictado de hombres. *Resorte de la obediencia* he dicho, señores, por ser esta figura la que mejor espresa todo el misterio de la fuerza y de la verdad, en el presente caso.—Por ser la obediencia un *resorte*, por eso es sinónimo de *fuerza*, resorte inteligente y libre que, comprimiéndose voluntariamente, adquiere una fuerza espansiva proporcionada á su libre compresion. Igualanse la compresion y la espansion en el mundo material, y dejando aparte la libertad que constituye y caracteriza á la fuerza humana, la propia fórmula que sirve para espresar la fuerza física en la materia inanimada, sirve tambien para pintar con la propia exactitud la fuerza moral del hombre. Cierto que la obediencia sujeta y comprime, pero sujeta voluntariamente y comprime con libertad, compresion varonil, sujecion valerosa, que en el mero hecho de existir revelan fuerza, y la multiplicará ejercitándola.

¡Ah! Practicadlo así, señores, amoldad la voluntad de vuestros hijos á preceptos que sepan hacerse obedecer, sometiéndola, con suavidad, sí, pero tambien con fortaleza, á la accion de vuestra autoridad, legítima entre todas; comprimidla suavemente, no para aniquilarla, sino para robustecerla; doblegadla, no para tornarla floja y muelle, sino para hacerla flexible, domadla, como á un potro bravío si es menester, con todo el ascendiente propio de vuestro superior carácter, con la serenidad propia de vuestra fuerza; con la firmeza de una actitud bien sostenida. Repítase diariamente, y dure largo tiempo esta gimnasia moral; tolancias prolongadas, crecimientos pausados, pero vigorosos, son pronóstico infalible de una virilidad pujante y de una madurez fecunda y cuando suene la hora de aflojar, ó quitar enteramente al niño los frenos de la obediencia para dejar que se gobierne á sí mismo, cuando la Providencia os de la señal, y abrais paso expedito á aquella voluntad ya deseosa de crearse un imperio legítimo en su esfera propia.. ¡oh! entonces vereis lo que vale haber obedecido, para aprender á gobernar los hombres y las cosas. Entonces aparecerá resplandeciente con toda la grandeza y hermosura de sus obras, entonces se revelará poderosa y fecunda la voluntad formada en lo interior del ser humano, á costa de largas y difíciles tareas. Sorprendido el mundo de ver súbitamente cuán sin trabajo se enseñorea una fuerza nueva de su puesto en la sociedad y de su ascendiente sobre los hombres, contemplará admirado el poderío que adquiere toda voluntad ejercitada con constancia y energía por el resorte de la obediencia. Los que no posean la clave de este misterio dirán entonces con pasmo, al verle aparecer, *¿Quis est iste?* ¿Quién es este mancebo, que ayer mismo no sabia, segun las apariencias, otra cosa que obedecer, que parecia la mas cabal personificacion de toda flaqueza é impotencia, y que hoy parece como nacido para mandarnos? ¿Quién es este niño que, sin presuncion ni arrogancia, presenta á los veinte años aspecto de virilidad consumada? *¿Quis est iste qui venit?* ¿Quién es este hombre de tan insigne ca-

récier, de tanta iniciativa y resolucion, tan activo y valeroso, tan incapaz de ceder ni de turbarse? ¿Quién es este héroe, este gigante que tan majestuoso y determinado se mueve y avanza en la plenitud de sus fuerzas, *gradiens in multitudine fortitudinis suæ*? Y cuantos le hayan visto, dócil y apacible, sin murmurar ni doblegarse, llevar hasta la edad de veinte años el yugo emancipador de la obediencia libre, y cuantos hayan trabajado en formar su carácter, aplicando á sus ímpetuosos, aunque mesurados, deseos el freno de la obediencia para dolar su voluntad de fuerza, empuje y espansion, y en suma, cuantos conozcan el secreto de su educacion responderán ¿Ese? ¡*Es un hijo de la obediencia*!

Obedeció y es hombre, obedeció, y vence, domina y triunfa, vencedor de sus pasiones, dominador de su voluntad, triunfador sabe sí mismo, caminará de hoy mas de conquista en conquista, y narrará sus propios triunfos, *vir obediens loquetur victorias* No comienza hoy á ganar batallas, diez años há que está alcanzando triunfos mas gloriosos, y riñendo combates mas difíciles que los de Alejandro, porque há diez años que triunfa de sí mismo y doma sus pasiones En cada acto de obediencia logró una victoria, venciéndose á sí mismo su voluntad Fortalecido ya contra sí propio y contra sus enemigos interiores, claro es que ha de tener fuerza doblada contra sus enemigos de afuera, aguerrido en la mas dura contienda, atropellará toda oposicion, su vida narrará sus victorias, sus victorias narrarán su fuerza, y su fuerza proclamará con triunfos incesantes las ventajas de una educacion varonil, el fecundo poderío de la obediencia

¿Quereis que toda la luz en este discurso derramada se condense y refleje esplenderosa en una sola é ilustre fisonomía? Pues oid Preparábase Dios, tres siglos há, para realizar una grande obra, disponíase á conceder un mundo nuevo al catolicismo. En tanto que Lutero, con sacrílega mano, desgajaba del magnífico árbol católico algunas ramas secas, aprestábase Dios á llevar su siempre fecunda sávia hasta las estremedades de Oriente era llegada la hora en que se sobresaltasen alborozados las Indias y el Japon al contacto de la vida católica.

Menester era un hombre para cumplir los designios de Dios, hombre como el que acabamos de retratar, hombre fuerte, hombre héroe, hombre gigante ¿A quién enviaré? dijo el Señor ¿*Quem mittam*? Y respondió un hombre Héme aquí envíame *Ecce ego mitte me*. ¿Qué hizo aquel hombre? Forzoso es reducir á pobres dimensiones su heróica historia. Desde la estremidad occidental se lanzó á las partes de Oriente; lanzóse como un gigante á consumar su carrera *Exultavit ut gigas ad currendam viam*: llegó mas allá que Ciro, mas allá que Alejandro, mas allá que Pompeyo, mas allá que todos los conquistadores Por espacio de diez años le había estado predestinando Dios ¿Y qué hizo en otros diez años? Anduvo diez y ocho mil leguas, bautizó mas de diez millones de cristianos, puso de hinojos ante los altares de Cristo á cincuenta Reyes de la tierra, y al espirar los diez años, murió humildemente, ornado con el esplendor de las mas grandes conquistas, y meditando desde las playas en que le detuvo el Señor, otras conquistas mayores aun Anonadarse era su único deseo, y así logró un nombre ilustre entre los mas famosos de la tierra, porque hizo milagros de fuerza, poder y fecundidad que sobrepujan toda proporcion humana

¿Cómo logró encontrar dentro de sí aquella sobrehumana fuerza, aquel heróico valor, aquella apostólica espansion ante la cual parecia pequeño todo el mundo? ¿Cómo? Obedeciendo. Soldado de una humilde legion que, armada desde la frente al pie, acababa entonces de brotar del siem-

pre fecundo seno de la Iglesia católica, oyó la voz de su capitan, que le decia «Vete á las estremidades de la tierra, vé, y mientras enseña con estragos un fraile rebelde cuáles son los frutos de la independencia, dá tú á la Iglesia un mundo y enseña cuanto puede, para gloria de Dios y salvacion de la humanidad, un hombre armado con la fuerza de la obediencia.»

Tal aparece la fuerza de la obediencia, cuando llega á sus mayores proporciones y á sus manifestaciones mas ilustres, fuerza que funda, fuerza que salva y regenera, en tanto que la engendrada por el espíritu de rebeldía, aparece en todas sus esferas de accion, como es naturalmente, fuerza que trastorna y asuela en muchas ocasiones, y en todas ellas es completamente estéril. Por lo cual, si quereis dotar de una generacion viril, fuerte y fecunda á la sociedad venidera, haced que vuestros hijos sean ante todo *hijos de obediencia*, que consigan merced al afectuoso é inteligente ejercicio de vuestra autoridad, la necesidad de obedeceros, y que la práctica de esta obediencia, hecha ley de su vida y de su educacion, llegue á ser el orígen secreto de su fuerza y el mecanismo que sostenga la pujanza de su voluntad.

FIN DE LA CUARTA CONFERENCIA

La perfeccion de la voluntad es lo que mas honra al hombre y mas auténticamente denota su virilidad, por ser la voluntad espresion de todo valor humano y de toda pujanza social. Y lo que perfecciona la voluntad del hombre es la obediencia del niño, en toda educacion bien ordenada, hay que practicar constante y generosamente esta fórmula: aprender y obedecer. Al inevitable yugo de la obediencia, ley imperiosa de toda vida humana, están sujetas la adolescencia y la edad madura, del propio modo que la infancia. Por esta razon es radicalmente falsa, y degradante, á la ley de tal, la educacion fundada en la independencia, que imaginó un sofista, y es, por el contrario, esencialmente progresiva la educacion fundada en obediencia, por hallarse conforme con las leyes de nuestra vida. La obediencia comunica á nuestra voluntad tres cosas que hacen su grandeza y pujanza, á saber: libertad soberana, rectitud inflexible y fuerza fecunda, con la cual se predispone el hombre á grandes creaciones y victorias decisivas. Es la obediencia escuela de fortaleza y aprendizaje de poderío, y engendra hombres fuertes porque no se impone brutalmente á la infancia, siendo de suyo libre y soberana; vivo resorte con que libremente se comprime la voluntad á sí propia, produciendo espansiones iguales á la compresion, y preparándose así con invisibles luchas para triunfos visibles.

Aprender á creer, para que se desarrolle la inteligencia, aprender á amar, para que se desarrolle el corazon, y aprender á obedecer, para que se desarrolle la voluntad: tales son los tres elementos primarios de toda educacion legítima.

Pero otra cosa debe comunicar tambien al niño quien realmente quiera educarle; cosa diversa de las tres nombradas, aunque con todas ellas se encuentre en contacto. Para dar completa educacion al alma, hay que enseñarla á respetar. ¿Qué es el respeto? Despues de la Religion, es el sentimiento mas sublime del alma humana. No bien se revela superioridad en alguien, no bien aparece una majestad ante cualquier alma, dotada de la grandeza necesaria para conocerla y percibirla bien, prodúcese en aquel alma una sensacion que aspira á manifestarse esternamente, como tributo pagado á la grandeza por ella percibida y acatada. No parece sino que, levantándose ante el alma la grandeza agena, la dice con su mismo silencio: Aquí estoy, ¿me conoces? E inclinándose ante ella, responde el alma: —Sí, te reconozco y saludo; y esta sensacion que me envian tus majestuosas miradas, no es la que me asalta cuando digo: *creo*, ni cuando digo: *amo*, ni cuando digo: *obedezco*, *temo* ó *admiro*, es un *no sé qué*, un compuesto de todas las demas sensaciones, y que traduzco yo en estas palabras: *te venero*, *te respeto*, por ser las únicas que representan exactamente la revelacion que me has hecho de tí propia. Por donde vereis que el respeto dista tanto de ser un acto puro de la inteligencia, como un sencillo movimiento del corazon: es un sentimiento que el espectáculo de la grandeza despierta en el alma, es la respuesta que da la grandeza á la grandeza, afirmándose en sí misma cuando reconoce la escelsitud agena.

Bajo infinitas formas y multiplicados matices puede revelarse el respe-

to, comprendido asi, pero sean cuales fueren sus manifestaciones (el) permanece sustancialmente inalterable, siendo, en suma, una impresion moral producida por la grandeza, un conocimiento intenso de la superioridad interiormente apreciada; conocimiento á quien aguija la generosa necesidad de revelarse con actos visibles, los cuales contribuyen á formar eso que puede llamarse, y en efecto se llama, el *culto del respeto*. Tal es su nocion esencial; tal la idea en que se fundará el presente discurso. Todo el que respeta, tiene, ó cree tener delante, algo majestuoso: vé la grandeza, real ó quiméricamente, y aun cuando la suponga donde no existe, la honra en su imágen. El deposita sus respetuosas ofrendas á los pies de la estatua, y aunque sea quimérica la representacion, su respeto, venciendo esta dificultad, asciende hasta la grandeza misma.

Ignoro si me estaré esplicando con la claridad necesaria para que me entiendan todos. El santo y sublime asunto de que hablo, pertenece al número de las cosas que se sienten mejor que se definen. Todo el que haya conocido una sola vez en su vida la profunda y delicada sensacion que produce la presencia de algo majestuoso en almas de buen temple, sabe, sin necesidad de esplicaciones verbales, la definicion exacta de esa cosa que honda y misteriosamente palpitó entonces en su seno.

Sea como fuere, prosiguiendo en compañía vuestra la investigacion de los secretos con que promueve la educacion cristiana los progresos del hombre, procuraré ahora esponeros cómo engendra el cristianismo en el alma de los niños el respeto verdadero, y cómo produce religiosamente este respeto la verdadera elevacion del alma.

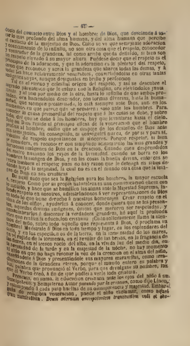
I.

Espresándose en palabras que han alcanzado bastante celebridad por las circunstancias que en su autor concurrian, ha dicho un distinguido personaje contemporáneo con elevada razon y justa imparcialidad,—«El catolicismo es la mejor escuela de respeto que se conoce en el mundo.» Pronunciada por nosotros desde un púlpito católico, hubiera parecido tan natural y vulgar la frase, que apenas se hubiera hecho alto en ella; pero en boca de un hombre que sigue otras banderas religiosas, adquiere una importancia que no se ocultará ciertamente á ninguno de los que me escuchan. Voy, pues, á justificar estas palabras, y á presentaros en la plenitud de su esplendor la verdad en ellas contenida.

¿Por qué razon es el catolicismo escuela de respeto, y la mayor de todas sus escuelas? Porque es la Religion verdadera, siendo, como lo es, la mayor de todas las religiones. Tiene la Religion virtud principalísima para crear respeto en el alma humana, y el catolicismo posee privilegiada fuerza para lograr que penetre hasta el alma la Religion misma, entrando naturalmente con ella el respeto á Dios y á todo cuanto se enlaza con Dios, de cerca ó de lejos.

Tan profunda afinidad existe entre la Religion y el respeto que, mirándolo desde cierta altura, llega el respeto á confundirse con la Religion. El primer acto que establece relaciones entre el hombre y la Divinidad, ó hablando en otros términos, el primer acto religioso, es un acto de adoracion; esto es, un acto de respeto llevado hasta sus últimos límites.

Porque, en efecto, ¿qué cosa es la adoracion? Es prosternarse el hombre ante la grandeza mas sublime que puede revelarse ó dejarse sentir al alma humana. Es desear el hombre aniquilarse en cierto modo ante lo infinito, cuya majestad se descubre á su inteligencia y se deja sentir en su corazon: sentido misterioso, profundo y verdaderamente religioso, por



ducto del contacto entre Dios y el hombre; de Dios, que desciende á tocar lo mas profundo del alma humana, y del alma humana que percibe el contacto de la majestad de Dios. Claro se ve que semejante adoracion y conocimiento de lo infinito, no son otra cosa que el respeto, conocedor y venerador de la grandeza, tal como arriba queda definido, si bien son un respeto elevado á su mayor altura. Puédese decir que el respeto es el principio de la adoracion, y que la adoracion es la plenitud del respeto, como que reconoce y acata la grandeza que abarca todas las demas, y á todas las hace relativamente venerables, convirtiéndolas en otras tantas imágenes suyas, aunque desiguales en brillo y perfeccion.

Tal es el eterno y celestial orígen del respeto, y así se descubre el sagrado parentesco que le enlaza con la Religion, ora elevándolos juntamente y al uno por medio de la otra, hasta lo infinito de que ambos proceden, ora haciéndolos descender, con formas diversas, hasta la humanidad, que siempre prosternada, lo está siempre ante Dios, aun en los momentos en que parece que se prosterna solo ante los hombres. Para conocer la causa primordial del respeto que á las cosas se debe, y sobre todo, del que se debe á los hombres, hay que levantarse hasta el cielo. Solo en Dios reside el principio eficaz de la veneracion que el hombre profesa al hombre, nadie que se despoje de los destellos de Dios ante sus semejantes, ha conseguido, ni conseguirá nunca, de por sí y para sí, tributos de respeto espontáneos ni sinceros. Porque respetar, si bien se considera, es reconocer con simpático acatamiento las mas grandes y hermosas imágenes de Dios en la creacion. Cuando caen desprendidos del rostro humano los rayos de la Divinidad, cuando se borra en los hombres la imágen de Dios, y en las cosas la huella divina, entonces se retira tambien el respeto; pues no hay razon que le detenga en sitios de donde huyó la majestad, la cual no es en el mundo otra cosa que la imágen de Dios en sus criaturas.

De aquí nace que sea la Religion para los hombres, la mayor escuela de respeto. Como por su propia naturaleza es una comunicacion eficaz con lo infinito, y hace que se humillen las almas ante la Majestad Suprema, infunde respeto en nosotros, adiestrándonos á ver representaciones de Dios en todo lo que tiene derecho á nuestros homenajes. Crear respeto en el alma de los niños, ayudarles á conocer, dondequiera que se les presenten, aquellas divinas imágenes, únicas que merecen ser respetadas, y acostumbrarlos á discernir la verdadera grandeza, hé aquí la profunda obra que realiza la educacion cristiana. ¡Cuán solícitamente llama la atencion del niño, sobre todo aquello que representa á Dios, ó proclama su nombre! Muéstrale á Dios en todo tiempo y lugar, en los esplendores del cielo, y en los espectáculos de la tierra, en la inmensidad de los mares, en el rujido de la tormenta, en el revolar de las brisas, en la fragancia de las flores, en el fresco rocío del alba, en la vívida luz del medio dia, en la serenidad de la tarde y en la majestad de la noche, no hay momento al niño en que no haga resonar la voz de la creacion en el alma del niño, enseñándole á Dios y presentándole sus mayores maravillas, como irradiaciones de la Grandeza eterna, porque el mundo entero es palabra y luz, palabra que pronunció el Verbo, para que divulgase su nombre, luz que el Verbo creó, á fin de que pudiera verle toda criatura.

Presenta, en suma, la educacion cristiana ante los ojos del niño á su Omnipotente y Sempiterno Autor *pasando por la creacion*, como dijo Lineo, y estampando á cada paso huellas de su omnipotencia y majestad. Embargado de religiosa veneracion, puede el niño exclamar, como aquel gran naturalista. *Deum æternum omnipotentem transeuntem vidi et obs-*

tupas; y esta aparicion de la Divinidad, esta sombra de Dios que vé el alma pasar por la creacion, acarrea profundas enseñanzas, no solamente de Religion, sino tambien de respeto.

Pero donde mas majestuosas aparecen las representaciones de Dios, donde mas profundamente aprende á respetar toda criatura bien dirigida, es en el mundo moral. Apoderándose del alma, la educacion cristiana, guíala de esfera en esfera por ese otro animado mundo en que prodigó el Señor destellos de su lumbre, de esplendor incomparable, y mostrándole por do quiera superioridades que le dominan, en los hombres, en las instituciones, en las cosas, en la sociedad, en la Religion y en la patria, dice á su alumno. Contempla, ¡oh niño! estas representaciones, estos vestigios, estos destellos de la grandeza de Dios, menester es que los respetes,—y el niño los respeta, menester es que te inclines,—y el niño se inclina, porque ningun niño comprende que se niegue acatamiento á lo que le presenta la Religion como cosa descendida de tanta altura para penetrar en nuestras almas y hacerse respetar.

Avancemos ahora mas, justifiquemos las palabras que en honra de nuestra Religion pronunció un protestante «El catolicismo es la mayor escuela de respeto que en el mundo existe» Podráse discutir en punto á las causas, pero es constante que ninguna educacion fundada en lo que se llama Religion natural conduce al resultado á que aspiramos, logrando á lo sumo remedarle muy imperfectamente. Para los padres y maestros, y aun para los mismos niños, tiene aquella religion una grave contra, y es que apenas puede salir del estado de las cosas abstractas é ineficaces. En almas cuya Religion se inspira solo en la naturaleza, y no depende mas que del raciocinio, ocupa siempre Dios muy poco lugar, y la educacion que en tan flaca base estriba, posee escasísima fuerza para crear respeto, porque no siéndola dado hacer que esté Dios bastante visible y palpable en el alma de los niños, tampoco puede producir en ella la profunda revelacion de la grandeza divina, raiz primaria de todos los legítimos respetos que sirven para engrandecer el alma humana.

Y así se esplica simultánea y fundamentalmente el poderío incomparable que para crear respeto, posee el catolicismo; porque de cuantas religiones existen, es la nuestra la que mantiene á Dios mas presente y perceptible en medio de la humanidad, pudiendo decirse del catolicismo con toda exactitud que es la Religion de *Emmanuel de Dios con el hombre* y del hombre con Dios. En el cristianismo verdadero, no manifiesta la educacion al alma de los niños, meros vestigios, irradiaciones ó sombras de Dios, majestuoso y presente siempre, aunque invisible, desciende, por el contrario el Creador á ponerse delante de sus almas y á cobrar el tributo de su acatamiento. Lo mismo en Belen, que en el Calvario, ó en el altar, lo mismo cuando encarna que cuando es inmolado, ó se da en manjar de eterna vida siempre está Dios presente á los católicos por Nuestro Señor Jesucristo, y en todas partes le aclama el catolicismo, diciendo por voz de sus cantares, de sus ceremonias y del templo entero. Hé ahí á Dios, humillémonos, niños. Dios asiste en este lugar, respeta á tu Dios, presente en el templo, respeta el templo en que mora tu Dios.—Y nadie calculará jamás cuánto respeto ha difundido en las generaciones humanas, y sobre todo en el corazon de los niños católicamente educados, el misterioso poder de las Iglesias cristianas, sobre cuyas losas se postran de rodillas los pueblos, mientras hinche los ámbitos la Majestad presente de Jesucristo.

Esta percepcion de la presencia divina que adquieren los niños católicos dentro de los templos, donde reside vivo Cristo Nuestro Señor, es

mayor aun cuando la reciben por conducto de Sacramentos y misterios, en los cuales se pone Dios mas en contacto con su alma, y la penetra con su propia vida. De la confesion se ha dicho, en este mismo lugar, que es gran generadora de respeto, y á la verdad, ¿quién no conoce cuánto respeto ha de producir la absolucion en almas que, prosternadas juntamente por arrepentimiento y humildad, se sienten, en tan solemne instante, consoladas, absueltas y benditas, no por el sacerdote, sino por el mismo Dios? Sabedor el niño de lo que significa aquella bendicion, solo una cosa mira sin respeto, solo desprecia la maldad que ha confesado triunfando de ella con llanto de dolor y buenos propósitos. Y al incorporarse, despues de su voluntaria humillacion que tan grande le hizo ante el Creador y las criaturas, lleva consigo, como trasfiguracion de su respeto á Dios, respetos para toda grandeza legítima y toda majestad santa, respetos que espontáneamente buscan satisfaccion y salen afanosamente á su encuentro

Mas no es, ni con mucho, la confesion el único manantial de respeto que ofrece el cristianismo á las almas infantiles, pues, por el contrario, todas las cosas católicas que establecen relaciones íntimas y comunicacion eficaz entre los niños y Jesucristo, aumentan gradualmente su propension á respetar, por el mismo órden en que se aumentan y engrandecen aquellas relaciones. A cuantos sacramentos crean union eficaz con Jesucristo, les toca parte en tan hermosa obra, pero, si quereis saber cuándo se produce la mas profunda impresion de respeto en el alma de un niño, me bastará decir: Acordáos, ¡oh, sí! acordáos de aquel dia, luminoso entre todos los de vuestra existencia, de aquel dia en que se aparta vuestra alma de los altares, llevando en sí, reciente todavía, la huella del primer contacto de Dios. ¡Oh! ¡cómo sentíais entonces á Jesucristo! ¡Cómo respetábais la majestad! ¡Cómo adorábais su divinidad! Los mismos Querubines prosternados en su actitud estática y respetuosa que corresponde á su sobrehumana naturaleza, apenas logran sugerir cabal idea de la invisible veneracion que embargaba entonces vuestra alma, y la hacia inclinarse adorando á Dios, presente en ella como en su propio Tabernáculo! ¡Ah! quien no comprenda cuánto respeto á todo lo grande y santo adquiere en la primera consumacion de aquel divino misterio un alma bien preparada, carece de un sentido; nada hay que decirle, resta solo pedir á Dios que resucite en su espíritu el conocimiento de la grandeza verdadera miserablemente perdido en la escuela de la irreligion y la impiedad, que es por escelencia la escuela de la abyeccion y el menosprecio.

Con esta grande y misteriosa sencillez educa Jesucristo á los niños en sentimientos de respeto; con ella conmueve al alma humana hasta lo mas profundo, y hace resonar allí, por voz de sus misterios, el celestial himno de *Emmanuel* que canta la presencia de Dios en el hombre. Así engrandece Jesucristo y desarrolla en el alma la percepcion de Dios, engrandeciéndose y desarrollándose él mismo en ella, así le confiere la consagracion de la grandeza, y los sumos honores del respeto, al propio tiempo que la unge con óleo incorruptible de amor y suavidad.

Ni se limita siquiera á esto la benéfica obra de la educacion cristiana. Del propio modo que muestra la majestad de Dios en la presencia de Jesucristo, enseña á conocer la majestad de Jesucristo en la Iglesia visible, majestad que, brillando en la frente de la Iglesia para reflejarse desde allí sobre las almas, reduplica, merced á esta trasfiguracion, la suavidad de sus resplandores. Conjunto inesplicable de grandeza y amor,

fuerza y dulzura, suscita aquella majestad, cuando procede directamente de Jesucristo, sentimientos de respeto que guardan mayor analogía con los que infunde un padre, mas cuando procede directamente de la Iglesia, engendra respeto parecido al que inspiran las madres, respeto adecuado á la dignidad de una madre divina, cuya majestad tiene al amor por complemento, y cuyo amor tiene á la majestad por moderadora.

Gran ministerio de la educacion católica es inculcar en los niños profundo acatamiento á aquella apacible majestad, donde tan confundidos andan el respeto y el amor, que no se sabe cuál prepondera en los corazones de los niños, dominados por el tierno sentimiento que recibe el nombre de veneracion y es una hermosa variedad de respeto. Quién, al pensar en esto, niegue la profundidad é infinita delicadeza con que engendra la Iglesia respeto en las almas, niega la luz del medio dia, y solo demuestra evidentemente que está ciego.

¿Y de qué proviene tanta eficacia? ¡Ah! Proviene de que no es una vaga abstraccion en la educacion católica el *culto del respeto* que produce la Iglesia, haciendo que á ella misma se le honre y venere, veneracion dirigida á personas augustas que representan á Cristo y poseen, cuál mas, cuál menos, la majestad que de Cristo emana. Así desciende desde el seno de Dios la majestad de Cristo, personificada en los hombres, hasta lo mas secreto del alma de los niños, trasmitiéndose por diversas gerarquías que de propósito se instituyeron, para que en lo esterior, lo mismo que en lo interior, se hiciese Dios palpable á nuestro espíritu.

Si, asordado por el estruendo de las catástrofes que en todas partes conmueven la tierra, mira el niño alrededor de sí y solo alcanza á ver majestades que, ó caen ó caen derrocadas, en medio de trastornos y ruinas para las cuales no habrá resurreccion, preséntale en cambio la educacion católica, sobre la cúspide de las gerarquías cristianas, una majestad que aparece tanto mas gigantesca cuanto mas se la quiere abatir, elevándose hácia el firmamento sobre sus propias ruinas, como sobre un pedestal; majestad tan preeminente en el mundo de las almas, que pasando las almas por encima de cuantos desprecios la prodiga el mundo con el vano propósito de menoscabarla, envianla, por los cuatro vientos del cielo, fervido testimonio de una veneracion que no acierta á estinguirse, ni se agotará jamás, majestad que nunca descuella mas alta, mas celestial, mas divina, ni mas venerable por consiguiente, que cuando parece que faltan hombres para su defensa, y que por todas partes huye la tierra al contacto de sus piés, majestad tan imponente, aun en momentos en que todo conspira, al parecer á fin de arrebatarla su espléndida diadema, que la basta pronunciar una palabra, ó hacer un ademan para embargar el espíritu de los pueblos, y suspender á los mismo Reyes, y ante esta majestad que, universal y soberana, subsiste en el mundo de las almas, hacemos cabalmente que se prosterne con respeto y amor el alma de los niños, mil veces venturosa al saludar con inefables homenajes tan incomparable grandeza!

Y haciendo que se vuelvan hácia la parte de Roma aquellas tiernas almas, hambrientas y sedientas de veneracion, y señalándoles de lejos al anciano que allí está, en medio de las tormentas sociales mas seguro que la palabra en que se afirma, que la roca azotada por furibundas olas, les hablamos así: Niños, allí está el Padre de las almas; allí está el Vice Dios; —y entonces ¡ah! entonces se prosternan sus almas porque ven de lejos, en la humanidad, la mas grande imágen de su Divino Autor! ¡Ah! es el Maestro de la verdad, Padre de las almas, Vicario de Cristo y Rey de los

gente católica, ese es el que, asentado casi veinte siglos há, en la eminente Cátedra de San Pedro, está, mejor que nadie, enseñando respeto á la tierra, escuela incomparable que para difundir su doctrina tiene consigo á la mayor representacion de Dios, que cuenta, para practicar su enseñanza con doscientos millones de católicos, y que, para oirla de cerca ó de lejos tiene en derredor al mundo entero.

Mas no siendo á todos dada la ventura de contemplar de cerca en su grandeza el radiante rostro de Dios, importaba difundir sus esplendores, para completar la enseñanza del respeto, que por su propia índole necesita ser cotidiana.

Convenia que se acercase mas y mas la Majestad Divina al alma de los niños trasmitiéndose, para llegar hasta ella de persona en persona, y por eso aparece el Obispo, en pos del Sumo Pontífice, y el sacerdote en puesto inferior al del Prelado, poniendo así á las almas juveniles en contacto inmediato y relacion visible con Cristo, y suscitando en ellas, con el solo ascendiente de la fuerza moral, sentimientos de respeto, cuya profundidad armoniza con la elevacion á que se remontan, como que tienen por término á Dios mismo, al inclinarse ante los hombres.

Por esto acredita universalmente la experiencia, que aun sin buscarla encuentra en su corazon el niño bien educado veneracion para el sacerdote, junta con su respeto á Jesucristo, veneracion que le obliga á saludar humilde su divina dignidad, á besar sus sagradas manos, y á inclinarse cuando la mano del sacerdote le bendice. Ni siquiera le pasa por el pensamiento que sea degradante su humildad, y lejos de esto, luego que ha tributado respeto al sacerdote y recibido su bendicion, conoce que al venerar se ha hecho mejor, y al inclinarse mas grande. De estos homenajes tributados al ministro del altar reportan los padres mismos no pocas ventajas, pues nunca les honran sus hijos con amor mas respetuoso y veneracion mas cariñosa que despues de haber honrado á todos los representantes de Cristo con otro acatamiento mas voluntario y otro respeto todavía mas profundo.

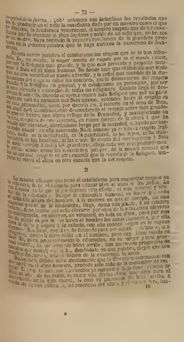
Viéndolo estais, señores, para ponerse en íntimo contacto con el alma del niño, y crear en ella respetos comunes en su origen, aunque revelados bajo formas diversas, descúbrese la Majestad de Dios en dos esferas distintas, pero unidas entre sí, en el órden natural, y en el sobrenatural. Estas dos comunicaciones de la dignidad Divina, concurren y se multiplican una por otra en las dos dignidades humanas que mas inmediatamente se hallan en relacion con la infancia, esto es, en las dignidades paterna y materna. Hasta en el órden natural y á la sola luz de la razon, son el padre y la madre representaciones de la dignidad de Dios para el alma del niño. Dios es la causa y dignidad primordial, ellos la causa y dignidad secundaria y por eso se reflejan sobre ellos, haciéndoles mas venerables, los respetos que el niño tributa á Dios, así como ascienden hasta Dios los que les tributan sus hijos directamente. Pero lo que mas palpablemente representa á Dios ante el niño que mira á sus padres, es la dignidad que sobre estos desciende, emanada de la majestad de Jesucristo. Augustos y venerables por su propio carácter reciben de la consagracion de Jesucristo mayor venerabilidad, supuesto que, al propio tiempo que fundan su autoridad en Dios, por Jesucristo, Padre del siglo futuro, la fundan tambien en Jesucristo por la Iglesia Divina Madre de los hombres. Y á esta investidura, por dos conceptos sagrada, deben aumentos de su dignidad, la cual multiplica el respeto al multiplicarse á sí misma.

Y cuando delegan los padres en un maestro católico, no solamente

todos sus derechos á enseñar y educar, sino tambien su dignidad natural y sobrenatural no se os ocultará, señores, cuán legítimos títulos recibe el preceptor autorizado con esta doble delegacion, para merecer espontáneo respeto del niño á quien educa. Conviértese entonces, si así puedo espresarme, en punto de confluencia donde se reunen las dos derivaciones de la majestad de Dios, pasando por Jesucristo y su Iglesia, por el corazon del padre y por el de la madre. Así debe aparecer ante el niño su maestro, así debe considerarse á sí mismo á la luz de la razon y de la fe, autorizado con las dos investiduras del derecho humano y divino, á fin de imponer á su alumno aquel respeto que, aun sin solicitarle, ha de alcanzar, merced á la grandeza que el niño reconoce en él. Porque en efecto, ¿qué ve este cuando mira á su maestro? Descubre en su frente estampado junto al sello de los derechos del hombre el sello de los derechos de Dios. Cree que Dios ha conferido á la Iglesia, por Nuestro Señor Jesucristo, el derecho de gobernar la conciencia de los niños; venerando hasta en un hombre determinado, parte de la magistratura celestial tiene por cosa propia de su dignidad acatar y honrar una grandeza que conserva el sello divino, aun en medio de la debilidad humana; y aun cuando, por desgracia, se le manifieste demasiado patente la flaqueza de los hombres, no por ello se queda el niño espuesto sin amparo á tentaciones de menosprecio; porque todavía subsiste á sus ojos la parte divina en la luz que trasfigura al hombre, facilitándole la práctica de una veneracion que tiene á Dios mismo por término postrero.

No siempre basta, sin embargo, esta majestad derivada, ó prestada, si puede decirse así, para fomentar en los niños el *culto del respeto*, y hácese preciso, por lo tanto, defenderla con la dignidad personal y la majestad propia, que nace del esplendor de una gran virtud y de una santidad visible. No basta, no, que el maestro católico deje de ser una personificacion del vicio; es menester que sea una personificacion de la virtud, una figura hermosa y peregrina, considerada bajo el punto de vista de su valer personal. No me contento con que pertenezca al vulgo de los virtuosos, no me tranquiliza lo suficiente que le llamen hombre de bien; quiero que tenga dignidad y virtud personal bastantes para llevar con holgura la carga de las grandezas cristianas que por Jesucristo se le trasmiten, que sea un gran cristiano, un Evangelio viviente, un modelo de cristianismo verdadero, que sea, en suma, otro Cristo, á fin de que el alma del niño sienta, en cierta manera al contacto de su persona, el contacto de Cristo, á quien representa, y con cuya dignidad se enaltece. Por esta via completa el catolicismo, juntamente con la enseñanza del respeto, la obra maestra de la educacion. Así crea santos que, sin saberlo llevan ceñida la frente con aureolas que ve la infancia, y que presentando, aun á los menos perspicaces, imágenes de Jesucristo y modelos ideales de virtud, los acostumbra á conocer y amar la dignidad, con conocimiento y amor irrevocables.

Y si, ademas de poseer las dotes ya indicadas, ha recibido del cielo el preceptor católico una vocacion que le estimula no solamente á la práctica del deber, sino al heroismo de la virtud, si ha jurado, no solo ser honrado, sino santo; si á la grandeza que de su delegacion recibe, y á la dignidad que recibe de su virtud, añade la superior majestad de que revisten una uncion divina y un carácter sagrado; si para soportar sin doblegarse el peso de tanta dignidad, sabe, por último, conservar con firme actitud é inalterable dulzura, la majestad que custodia á todas las demas, la serenidad, que tan acertadamente ha sido llamada por un autor



magestad de la fuerza. ¡oh! entonces son indecibles los resultados que ha de producir en el niño la enseñanza dada por un maestro como el que he descrito, la candorosa veneracion, el sincero respeto que de tal enseñanza puede alcanzar el alma ingénua y noble de un niño que, en brazos de su madre, haya recibido la primera revelacion de la grandeza cristiana en la primera palabra que le haya narrado la existencia de Jesucristo.

De esta suerte justifica el catolicismo los elogios que se le han tributado. Es, en efecto, la *mayor escuela de respeto que en el mundo* existe, por ser la Religion mas grande, y la que mas presente y palpable mantiene á Dios en el alma humana. De donde nace que el síntoma mas triste que en una sociedad se puede advertir, y la señal mas sensible de la disminucion del respeto entre los hombres, sea la disminucion del respeto debido á la Religion en general, y al catolicismo en particular, por ser la mas elevada y venerable de todas las religiones. Cuando llega el desprecio hasta ella, cuando se ejerce contra esta Religion que por su parte superior está en contacto con Dios mismo, entonces hiere al respeto en su raiz primordial, suoe, por decirlo así, á matarlo en el seno de Dios, del cual está continuamente descendiendo el respeto sobre toda grandeza que se ilustra con algun reflejo de la Divinidad, y multiplicando su fuerza, despues de este atentado, en razon directa de la altura á que ha tenido que elevarse, derrúmbase luego por la sociedad, echando por tierra todo cuanto en ella sobresale. Nada obtiene ya entonces respeto legítimo, nada ni la monarquía, ni la paternidad, ni las leyes, ni las instituciones, ni los hombres, ni las cosas. Bajando del menosprecio á Dios al menosprecio á todas las grandezas, abaja cada vez mas profundamente así las almas como las sociedades, porque, de la misma manera que no se aprende respeto en otra escuela que la escuela de la Religion, tampoco se eleva el alma en otra escuela que la del respeto.

II

La misma eficacia que tiene el catolicismo para engendrar respeto en la infancia, la tiene el respeto para educar bien el alma de los niños. La voz *educacion* es la que mejor espresa este efecto, el mas general y visible de la educacion. Dirigir la educacion humana, es hacer que suba el niño á la altura del hombre. A la manera en que el cuerpo, sin mas impulso que el de la naturaleza, llega, como una planta, á su estatura natural, debe tambien el niño elevarse por obra de la educacion elevarse en inteligencia, en corazon, en voluntad, en toda su alma, pues por esta faz de su sér es por la que busca el hombre las cosas [illegible], por ella mira al cielo y aspira á lo infinito, con ella conoce, segun os lo espuse algunos años hace, que [illegible] formado para [illegible], en progreso, cuyos límites están en el hombre, pero cuyo ideal reside en Dios. Es, pues, principalmente la educacion, en su mejor y mas generoso sentido, un incremento hácia arriba, una ascension progresiva de nuestro ser moral, es, en fin, diciéndolo en una palabra, mejor que con muchos discursos, una elevacion de la existencia humana.

Dicho esto, débese notar atentamente que la direccion ascensional con que se eleva el alma humana, procede ante todo de la costumbre de respetar. El respeto que, por los rumbos ya indicados, baja desde el seno de Dios al alma de los niños, es como una divina sávia necesaria para el incremento de la vida moral, la cual va encaminada hácia arriba, á modo de ramos sublimes, las potencias del alma, y el alma entera, has-

la que al fin adquiere toda la elevacion de que es capaz. Para entenderlo bien, preguntemos á los niños mismos cuál es el secreto de su educacion, supuesto que la Providencia ha escrito con su propia mano en nuestra naturaleza, la ley de su legítimo desarrollo y de su verdadero progreso.

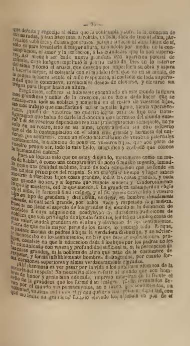
La mejor educacion es la que mas perfectamente corresponde á las necesidades legítimas de la vida, cuyo desarrollo se propone favorecer. Ya hemos visto que la naturaleza es ley de nuestra educacion, porque es necesaria á nuestra vida, que el amor es ley de la educacion, porque necesitamos amar, que el respeto es ley de la educacion, porque necesitamos respetar. Necesidad la mas generosa de nuestra condicion, premia las fatigas de quien la toma en cuenta, y la educacion que mejor la satisface es, cabalmente por eso, la que mas eleva al hombre.

Hácese sentir en el alma del niño esta necesidad de respetar, en los momentos mismos en que, alboreando la razon, le descubre las eminencias del mundo moral, como ilumina el sol las cumbres del mundo físico, aun antes de presentarse al descubierto sobre el horizonte. A la primer aparicion de aquellas grandezas inmateriales que ante él se levantan, apodérase del niño una noble é ingenua necesidad de revelar la sensacion por ellas producida, prorumpiendo en muestras de respeto que les envia su alma, como un debido tributo.

Y el mismo afan de pagar tributo á todo aquello en que reconoce superior altura y magnitud, es una revelacion de su destino, es una voz de la Providencia, que le incita á elevarse. Al descubrir en otros seres la grandeza, que instintivamente le enamora, corre por su tierno corazon un íntimo estremecimiento, que poniendo en conmocion sus mas nobles inclinaciones, le dice:—«Esa es la grandeza, y eso es lo que debes ser tu.»—Y, en efecto, la facultad de percibir y amar la grandeza, atestigua su vocacion, siendo indicio seguro de que tambien está destinado á ser grande. Si tal no fuese su destino, no poseeria aquel generoso sentimiento, pasaria por delante de la grandeza moral sin conmoverse, ni notarla siquiera, no tendrian sus miradas alcance para verla, ni su corazon altura para amarla, ni generosidad su alma para estremecerse á su contacto. Mas, pues le ha otorgado Dios la facultad de verla, amarla y conmoverse así, desde los primeros dias de su existencia, señal es de que su vocacion le llama á adquirir aquellas grandezas que le presagia ya la necesidad que de ellas siente, señal es de que tienen vocacion de engrandecerse y elevarse, como todo hombre se eleva y engrandece, es decir, por medio del respeto.

Del respeto, sí. Cuando un alma sencilla y predispuesta por la naturaleza á comprender y sentir la superioridad agena, recibe el misterioso sacudimiento que produce el espectáculo de toda majestad, conmoviendo los mas nobles instintos y las fibras mas generosas, entonces mismo se ejerce sobre aquel alma una irresistible atraccion que la provoca á subir en busca de la grandeza, objeto de su admiracion y de su amor. Entonces dice el alma: ¡Valor! Subamos hácia ella; seamos grandes tambien.

Mas infalible es este efecto que produce el respeto en almas juveniles y hermosas, que el efecto producido en las flores por el sol, cuyo influjo las hace girar en busca de su luz y las atrae con su calor. No contento con infundir lozania á las plantas, posee tambien el sol virtud para elevarlas, llamándolas hácia sí, y tal es cabalmente la accion de la grandeza en las almas, siempre que llega á ser conocida, y á escitar simpatía y amor. No solamente logra en este caso, que se la contemple, admire y ame, sino tambien que se la desee y busque, no solamente agrada, sino



que deleita y regocija al alma que la contempla y sufre la fascinacion de sus miradas, y aun hace mas, arrebata, extasía, saca de tino al alma. ¡Arrebatos sublimes y éxtasis generosos! porque si sacan al alma fuera de sí, solo es para levantarla á mayor altura, uniéndola por medio de la contemplacion, el amor y la imitacion, á las grandezas que le son superiores. Así viene á ser cada nueva grandeza una aparicion parcial de infinito, cuya imágen imprimió la propia mano de Dios en lo interior del alma y como el artista, que desecha por imperfecta su obra y aspira á hacerla mejor, al cotejarla con el modelo ideal que ve en su mente, de la propia manera siente el niño respetuoso, al contacto de toda superioridad que le conmueve, invencibles deseos de elevarse, y elevarse sin tregua para llegar hasta su altura.

Preguntoos, señores si hubieseis encontrado en este mundo la figura mas grandiosa y noble de la creacion, si os fuera dado hacer que se estamparan toda su nobleza y majestad en el rostro de vuestros hijos, sin mas trabajo que enseñarles á mirar aquella figura, atenta y perseverante, ¿quién de vosotros no querria lograr para su hijo una transfiguracion que habia de darle la fisonomía mas hermosa del mundo entero? Y si de vosotros dependiese realizar transfiguracion semejante, no ya solo en su rostro, sino en su alma, convirtiéndola sin otro esfuerzo que el de la contemplacion en el alma mas grande y hermosa del universo, ¿no sentiriais, como un efecto naturalísimo de vuestros paternales sentimientos, la ambicion de poner en vuestros hijos, que son parte de vuestro propio ser, todo lo mas bello, magnífico y acabado que conoce la humanidad entera?

Pues no tomeis esto que os estoy diciendo, meramente como un modo de hablar, ó como una comparacion de poco ó mucho ingenio, tomadlo como una realidad sublime, fruto de toda educacion que se funde en los nobles principios del respeto. Si en cualquier tiempo y lugar sabeis mostrar á vuestros hijos cosas grandes, todas las cosas grandes, y nada que grande no sea, y si lograis que respete sincera y candorosamente lo que le mostreis, oid lo que sucederá. La grandeza estampará su efigie en el niño, le formará á su imágen, y al fin vereis convertido á vuestro hijo en tipo de grandeza y distincion, es decir, en hombre *elevadamente educado*, el cual será grande, por haber visto y respetado la grandeza. Pues si no tiene el aspecto de los grandes del mundo ni la distincion de modales á cuya adquisicion coadyuvan las duraderas tradiciones de nobleza que son privilegio de algunas familias, tendrá en cambio cosas de mas valor, tendrá grandeza en el alma y elevacion de los sentimientos. Fuera de que en la mayor parte de los casos, lo reunirá todo. Porque, si padece merma de padres á hijos la verdadera distincion, y se advierte menoscabo en los sentimientos, no hay que buscar explicaciones prolijas, consiste en que la educacion dada á los hijos por los padres no les ha comunicado con viveza y profundidad suficientes, ni la percepcion de las cosas grandes, ni la nobleza de alma que nace de la costumbre de respetar, y forma infaliblemente hombres distinguidos, por cuanto forma corazones superiores y almas verdaderamente elevadas.

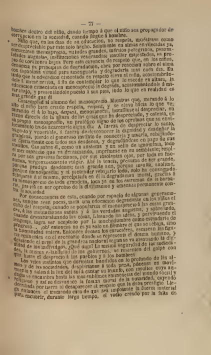
¡Ah! ¡hermoso es ver pasar por la vida á los sublimes alumnos de la escuela del respeto! No necesitan ellos referir al mundo que son hombres de honor y gente bien educada, impreso muestran en la frente el sello de la grandeza que los formó á su imágen. ¡Cuán levantados llevan por el mundo sus pensamientos, su corazon, sus sentimientos, su voluntad, su alma toda entera! ¡y con qué gracia, qué dignidad, con qué modestia su grandeza! Todo lo elevado los arrebata en pos de sí

todo lo noble hace palpitar su seno. Todo ejemplo de virtud insigne, abnegacion sublime, ó sacrificio heróico, inunda su alma en luz, su corazon en sentimiento, en lágrimas sus ojos; lágrimas generosas que brillan ante cualquier gloria pura y desinteresada, como gotas de rocío al resplandor de un rayo solar. Y por el contrario, lo que de suyo es innoble, rastrero, degradado y servil, despierta en su pecho valerosa indignacion y nobles estremecimientos de repugnancia aun cuando lo esté aplaudiendo el universo entero y coronándolo la victoria. Con tanta gracia llevan su dignidad, y con tal fuerza la defienden, que no parece sino que de ella se han hecho una segunda naturaleza. No se adapta su distincion á ninguna forma convencional, no es tiesa ni atildada como un traje de ceremonia, es natural y espontánea como la flor en su tallo, como la fragancia en la flor, no es un artificio, sino una espresion, ni un atavío del cuerpo, sino un destello del alma, no es, finalmente, la grandeza falsa, que va paseándose en estudiada actitud, para que la vean, sino la grandeza verdadera que descubren todos, sin que ella sepa que se deja ver. Y así camina por el mundo la raza de los seres bien criados, ostentando en la frente aquella misma corona que años antes fue objeto de su primer acatamiento, porque, mirándolos pasar, dicen todos: Ahí va la grandeza. Sin cuidarse de ello, encontraron en su camino lo que habian sabido conocer y saludar primero en otros, á fuerza de venerar se hicieron venerables.

A todo niño se debe sumo respeto, pero es deuda dos veces sagrada respetar á las sublimes criaturas que, respetando, supieron granjearse dignidad, honra y decoro. Puede el niño obediente profetizar con mucha anticipacion sus victorias, porque su obediencia le reviste de fuerza para resistir victorioso, y de pujanza para triunfar. Y al propio tenor puede el niño respetuoso pronosticar la consideracion que para él reserva la sociedad humana, porque su respeto le viste de dignidad é ilumina todo su ser con esplendores de grandeza. Y si se da el caso de que reciban todos, á semejanza suya, la educacion fundada en el respeto, que sabe engrandecer cuanto toca, vereis entonces multiplicarse por doquier vidas augustas, existencias magníficas, ser popular la grandeza, y no necesitar una nacion sesenta millones de hombres, defendidos por seiscientos mil soldados, para pasar por grande, porque la grandeza nacerá de las almas, y el Estado numéricamente más pequeño poseerá una majestad negada á otros cuyos individuos, aunque juntos en gigantescas sociedades, no formen lo que realmente se llama *grandes pueblos*.

Por el contrario, si la educacion fundada en respeto engrandece los pueblos, elevando las almas, la educacion fundada en menosprecio envilece los hombres y degrada á las sociedades. Para dar educacion de menosprecio, no se requiere decir á los niños, cuando pasa la grandeza: Insúltala, menospréciala. Basta que se les enseñe á no respetar.

No es posible que permanezca indiferente el niño ante las superioridades sociales, morales y religiosas que á su vista pasan, por necesidad han de sugerirle estas grandezas, ideas, juicios y sentimientos, si no las respeta, tiene que despreciarlas, y como le es natural el instinto de la grandeza y subsiste indestructible en él, realízase en su alma un trastorno que volcándola, si así puedo decirlo, hasta poner lo de abajo arriba, hace sea toda su educacion y su existencia. Paga tributo de simpatía á lo mezquino, vil y despreciable: menosprecia lo grande, venerable y sublime; enseñoréase de él la revolucion en su sentido mas verdadero y profundo, es aquello, en fin, una degradacion moral que empieza por corromper



hombre dentro del niño, dando tiempo á que el niño sea propagador de corrupcion en la sociedad, cuando llegue á hombre.

Niño que, en los dias de su educacion, no respeta, muéstrase como ser despreciable por este solo hecho. Solamente en almas envilecidas ya, encuentran menosprecio, virtudes grandes, méritos peregrinos, personalidades augustas, instituciones venerandas; insultar majestades, es propio de corazones bajos Pero esta carencia de respeto que, en los niños, denuncia ya principios de degradacion, obra por reaccion sobre el alma con espantosa virtud para amenguarla y degradarla mas cada dia. En tanto que la educacion cimentada en respeto eleva al niño, acostumbrándole á mirar arriba, á fin de contemplar lo que le escede en altura, la educacion cimentada en menosprecio le degrada, acostumbrándole á mirar abajo, y presentándole puesto á sus pies, todo lo que en realidad es mas grande que él

Contemplad al alumno del menosprecio Mientras que, mirando á lo alto el niño bien criado respeta, *respicit*, y se eleva hácia lo que ve, mirando él á lo bajo, *despicit*, menosprecia, humíllase al despreciar, en razon directa de la altura de las cosas que ha despreciado, y ostenta, en su propio menosprecio, un profético signo de los oprobios que su envilecimiento ha de acarrearle algun dia A fuerza de despreciar lo santo, augusto y venerable, á fuerza de desconocer la dignidad y desdeñar la grandeza, pierde el generoso instinto de conocerla y amarla, rebajándose diariamente con todos sus desdenes, y degradándose en pago de sus insultos. Cae sobre él, como un anatema y un sello de ignominia, todo el menosprecio que va derramando, imprímese en su semblante; respira por sus groseras facciones, por sus insolentes ojos, por toda su fisonomia, vergonzosamente vulgar. Ahí lo teneis, presume de ser grande, porque prodiga desdenes; mas grande aun, porque insulta, sublime, porque menosprecia; y al pretender rebajarlo todo, solo ha conseguido rebajarse á sí mismo, precipitada en él la degradacion moral, gracias á su menosprecio de toda grandeza, toca ya en los estremos de la barbarie, para irá en ser oprobio de la civilizacion y amenaza permanente contra la sociedad

Por consecuencia de esto, cuando por espacio de algunas generaciones, aunque sean pocas, mata una educacion degradante en los niños el culto del respeto, cuando se populariza el menosprecio á las cosas grandes, á las instituciones santas y á las verdades augustas, y sobre todo, cuando desnaturalizando las cosas, falseando las ideas, y pervirtiendo el lenguaje, logra ser aceptado por la muchedumbre como estandarte de progreso... ¡oh! entonces no es ya solo un hombre el que se rebaja, sino la humanidad entera. Entonces decaen los caractéres, escasean las figuras eminentes en el escenario donde se representa el drama humano, y desciende el nivel de la grandeza nacional segun se va atenuando la dignidad de los individuos. ¿Qué digo? La misma seguridad de las sociedades, la misma estabilidad de los gobiernos, se resienten del golpe con que hiere el desprecio á los pueblos y á los hombres

Los viles instintos que dormitan hundidos en lo profundo de las almas y de las sociedades, despiértanse á toda prisa, pónense en movimiento y salen á la luz del sol á cantar su triunfo, con insultos cuya audacia se encumbra hasta las mas sublimes eminencias del mundo social y religioso y así se desvanece la fuerza moral de la autoridad, cayendo derribada por tierra al desaparecer el respeto que la daba prestigio Llega entonces el tremendo caso de que sea impotente la fuerza material para encubrir, durante largo tiempo, el vacío creado por la falta de

fuerza moral, en vano demanda proteccion la autoridad á sus batallones; cuando ya no la defiende el respeto, sus triunfos sirven solo para aplazar su derrota, si no sucumbe hoy, sucumbirá mañana, porque, si bien es posible, con brazos vigorosos y cuchillas bien templadas destruir en determinados dias la conspiracion de la fuerza, no hay en el mundo poder que baste á resistir la conspiracion universal del menosprecio.

Fúndase, pues, señores, en el respeto, no solamente la grandeza social, no solamente la dignidad humana, sino tambien la salvacion de las sociedades. ¿Mas á qué objetos deben consagrarse la veneracion y el respeto de los niños rectamente educados? Pudiera responder, en una sola palabra, que deben tener por objeto todo lo venerable, es decir, todo lo que nos representa en el mundo imágenes divinas, aunque se diferencian unas de otras por la intensidad de su esplendor. Ya espuse antes cómo desciende gradualmente el respeto, por Jesucristo y su Iglesia, desde su perenne orígen, que es Dios, hasta el padre, la madre y el maestro que han de educar al niño. No basta, empero, que quien da educacion grande venerable para quien la recibe, debe además hacer que el alma del niño rinda culto á todas las grandezas legítimas, las cuales son mancomunadamente objeto de veneracion ó menosprecio, debe lograr que, aun sin echarlo de ver, multiplique el niño en su alma el respeto de las grandezas en general, por el que separadamente le merezcan, y el respeto de cada una de ellas por el que tribute á su conjunto.

Imposible fuera enumerar aquí todas las grandezas que poseen derecho al respeto de los niños. Me contentaré con indicar tres séries que las abarcan por completo, y son, el respeto á los hombres, á las instituciones, y á los principios, de cuyo conjunto nace el respeto del hombre á sí mismo.

Respeto á los hombres. Segun vaya el niño estendiendo sus miradas fuera de las regiones domésticas, hasta los horizontes cada vez mas dilatados de la sociedad pública, debe la educacion irle mostrando y describiendo en toda su grandeza, las superioridades sociales que en cierta manera le salen espontáneamente al camino para reclamar su respeto.

Muéstrele lo primero los sacerdocios y pontificados, las magistraturas y funciones públicas, las legislaturas, los gobiernos y las soberanías, debidamente autorizados todos con parte de la majestad de la Religion y de la patria. Enséñele despues todas las superioridades individuales que exornan una y otra majestad con el esplendor de su propia gloria, capitanes ilustres, héroes egregios, Santos heróicos, bienhechores insignes de la humanidad, todas las celebridades legítimamente adquiridas, todos los genios fieles á su Dios y consagrados al bien de sus semejantes, todo ser, en suma, que con dignidad santa y alteza inmaculada lleve en su frente la pura y venerable aureola de la grandeza moral. Y muéstrele, por último, al hombre mismo, al hombre que siempre es *majestad*, por ser siempre inteligencia, libertad, espíritu, por ser, en fin, la mas grande imágen de Dios sobre la tierra.

A la par de este respeto á los hombres, debe la educacion inculcar en los niños el respeto á las instituciones. Refiérome principalmente á las santas y venerables instituciones que la Providencia, el tiempo y sus beneficios recibieron una grandeza, á la que para nada hemos contribuido, y que de grado ó por fuerza, nos impone respeto, instituciones cuya existencia se cuenta por siglos, que se ostentan doblemente caracterizados por el amor y la majestad, que atestiguando con sus obras el génio de las edades pasadas á vista de los contemporáneos, presé[illegible] el fecundo ardor de nuestros antecesores, la [illegible] del trabajo, las cien-

zos de la lucha, es el sello de la abnegacion, la consagracion de la experiencia, el sufragio de los siglos, la gratitud de los pueblos, las bendiciones, próximas ó remotas, de cuantas gentes crecieron á su sombra, y sobre todo, la hermosa y venerable aureola de su antigüedad.

En cosas puras y santas, es la antigüedad una aparicion de la grandeza de todos los siglos que las vieron pasar ante sí, y acuden á darles, delante de nosotros, testimonio de su amor. De esta venerabilidad de lo antiguo reniegan la soberbia y la impiedad, pero la Religion, enamorada de todo aquello que mejor representa á Dios entre los hombres, incita á respetarla, por ser la antigüedad como una imitacion de la eternidad divina en el tiempo, y porque la grandeza de su duracion da por supuestas otras muchas grandezas. La antigüedad representa, juntamente con la majestad del tiempo, la majestad de la fuerza, salva de muchas tormentas vencedora de muchas potestades, se escuda en lo presente con las grandezas de lo pasado, muéstrase engalanada con todos los esplendores de su historia, y ciñe, en fin, su cabeza con corona de venerabilidad, como legítima presea de sus árduos triunfos.

Debe, por último, la educacion inculcar preferentemente en los niños otro linaje de respeto, de donde han de nacer en su dia la dignidad humana y la grandeza de las sociedades. Tal es el respeto á los principios, el respeto al derecho, raiz y consagracion de todos los demas.

Es el derecho juntamente con Dios, y dentro de Dios, la primera superioridad que debe fijar nuestro respeto, como que la justicia es la reverberacion de lo verdadero en la conciencia, la rúbrica de Dios, estampada en lo profundo del alma humana, la dignidad Soberana, en fin, que por sí misma nos somete á la ley de lo eterno é inmutable. Por respeto á los principios entiendo el que se debe á todo un órden de verdades que no depende de nosotros, que no son obra nuestra, que nos subyugan, y cuya régia prepotencia tienen que acatar, de buena ó mala voluntad, cuantos quieran vivir, y sobre todo, cuantos quieran elevarse. Reconocer los principios y darles obediencia, es la mayor dignidad del hombre, y la mas alta honra de las sociedades. El golpe mas mortífero que sobre la grandeza social y humana se pueda descargar, es el desprecio á este altísimo derecho, es que penetre en un hombre ó en un pueblo la insensata y soberbia persuasion de que no existe nada superior á la voluntad humana, de que es posible imperar sobre todo, hasta sobre el derecho, y alterarlo todo, hasta lo inmutable. ¡Pretension tan grosera como absurda! Nunca ha flaqueado, ni flaqueará, al impugnar tamaño yerro, la Religion verdadera: respetar en todo y donde quiera la soberanía absoluta é inenagenable del derecho, defenderle con su respeto contra el despotismo del capricho humano y la insolencia de la fuerza triunfante, esto proclama la Religion ante la infancia, como primera ley de las almas y de las sociedades. Y es porque ahí radica el principio del respeto, porque solamente ahí se puede adquirir, como en su verdadero manantial, juntamente con el respeto á los hombres y á las cosas, otro respeto no menos indispensable en los individuos que en las sociedades, el respeto del hombre á sí mismo.

He indicado bajo sus tres faces, cuál es el respeto que debe inculcar la educacion. Ahora bien, señores: inútil fuera empeñarnos en desconocerlo, una de las mayores heridas que en la humanidad contemporánea se han abierto, es la disminucion del respeto y el auge que ha tomado el desprecio en las generaciones nuevas. Confieso, por mi parte, como hombre y como apóstol, que esta úlcera humana y social arranca á lo mas hondo de mi corazon gemidos cuya indecible tristeza quisiera con

toda el alma manifestaros. ¡Ah, señores! ¡Ver insultada la grandeza, ultrajada la dignidad, encumbrado el menosprecio á toda la altura que puede alcanzar en la tierra! ¡Cuando todos los que recibieran de Dios palabra ó pluma, talento ó influencia intelectual, ó moral, debieron aplicarse de mancomun al generoso trabajo de restaurar el respeto de las almas, encontrar uno siempre ante sí, hombres ¡ay! que conciertan sus esfuerzos á fin de acelerar la caida de las almas, precipitando la decadencia del respeto, hombres que, todos los dias, todos los dias sí, renuevan con incansable empeño sus trabajos para rebajar al hombre y á la sociedad! ¡Ver cuál buscan estos hombres, para menospreciarla á la faz de la muchedumbre, cosas, instituciones, creencias augustas, con qué predileccion escojen, como hicieron los judíos con Cristo, lo mas venerable y venerado que hay y ha habido en la tierra, para colmarlo de mayores insultos y coronarlo con menosprecio mayor! ¡Ah! lo repito, asistir á semejante espectáculo, es un dolor indecible para todo corazon noble y toda alma generosa! ¡Y esto es, no obstante, lo que hemos visto y estamos viendo todavía!

Y como los desprecios, de la propia manera que los respetos, están enlazados unos á otros con cadenas invisibles, este menosprecio de todo lo que vive estrechamente unido con tantas almas y corazones y ha sido honrado por la humanidad con respeto profundo y duradero mas que otro alguno, conduce indefectiblemente al menosprecio de los hombres entre sí. ¡Ah! se ha llegado á fuerza de exaltar en falso la parte vil de la humanidad, háse producido desprecio al hombre. ¿No es cierto, señores, que habeis sentido pasar ese menosprecio del hombre por el hombre, marchitando y abatiendo las almas como el soplo de un huracan? ¿No basta leer lo que se escribe, oir lo que se habla y ver lo que se hace, para comprender y sentir cuánto se desdeñan y desprecian en general, unos á otros los hombres de estos tiempos? ¿Quién supone en su hermano convicciones profundas, intenciones rectas, movimientos desinteresados, impulsos de abnegacion? ¡Abnegacion! ¿Creeis siquiera en ella todos los que me ois? No lo sé. ¡Yo sí, porque la he visto! La he visto descollar hermosa, heróica, no intimidada por ningun sacrificio, ni abatida por dolor alguno, pero tambien la he visto escarnecida, insultada, despreciada, y á su lado solo habia una cosa recogiendo cosecha de plácemes y honores, el triunfo de la iniquidad.

Y por este desprecio á las cosas y á los hombres, como por una pendiente irresistible, hemos llegado al desprecio mas grande y envilecedor de cuantos se conocen, el desprecio del hombre á sí mismo. No al sublime desprecio del Evangelio, que es, con otro nombre el soberano respeto debido á Jesucristo, sino al desprecio que arrastra al hombre á tenerse en tan poco que tome por digna representacion de su valor social ó humano un vil metal, ó un billete cotizado en el Banco, desprecio del hombre á sí mismo, que le lleva á venderlo todo, sin que se le enardezcan las mejillas, todo, sí, sus ideas, sus palabras, su talento sus funciones, su ser entero, á quien mejor sepa pagarlo, y darle por añadidura triunfos y gloria, en premio de su bajeza. De aquí las apostasías que consternan á las almas probas, y parecen insultos arrojados á la faz del público decoro, y abdicaciones solemnes de toda dignidad humana. De aquí tanta adulacion mercenaria á crímenes afortunados, tanto anatema comprado, con que se pretende deshonrar las causas que con el derecho sucumben al triunfo de la fuerza bruta. De aquí tantos escándalos de la inteligencia, tantos cambios de opinion, de doctrina, de palabra ó por escrito, en cada dia y en cada hora, segun corre el aire de los aconte-



mientos, escándalos inauditos, que no solo denuncien menosprecio á los principios y al derecho, sino tambien desprecio soberano á los hombres y ausencia completa del respeto que todo hombre se debe á sí mismo.

Por estos rumbos lleva á la humanidad la educacion fundada en menosprecio por el espíritu anti cristiano. ¿Quién nos levantará de tanta humillacion? La educacion, fundada en el respeto, que da el cristianismo.

La educacion católica es la que mejor enseña á respetar, supuesto que, por obra suya, desciende gradualmente la majestad de Dios, por Jesucristo y su Iglesia, hasta el alma de los niños, creando en ella la percepcion de la grandeza infinita orígen de todas las demas, y el respeto á Dios, razon fundamental de todos los respetos. Luego que se produce el respeto en el alma humana, la va levantando hasta su propia altura, y á fuerza de comunicarla el discernimiento de la grandeza verdadera, la eleva á conquistar las grandezas mismas, que comenzaron por embargar su respeto. Por el contrario, la educacion fundada en el desprecio, inhabilita á las almas para conocer lo grande, las [illegible] en razon directa de lo que menosprecian, y cuando el desprecio [illegible] y se populariza, llega á ser causa general de degradacion y de peligros para las sociedades, cabalmente por haber perdido estas, juntamente con el respeto, toda la elevacion y fuerza que les son necesarias para defenderse.

Decíamos al terminar la Conferencia anterior que la falta de respeto es uno de los síntomas mas capaces de aterrar á [illegible] la condicion de los tiempos actuales. Ahora, que tanto el [illegible] enaltecerío todo, trabajando sin descanso para restaurar el respeto en todas sus esferas, tenemos, por el contrario, hombres que se [illegible] furibundos á crear una abyeccion universal, destruyando respetos y multiplicando menosprecios, con perseverancia que no se desmiente un solo dia. Habia rechazado nuestro siglo una cosa nauseabunda, [illegible] por el siglo XVIII: habíase guardado de hacer *befa* de los [illegible] de su ódio, absteniéndose de aquel frio y cínico gesto con que [illegible] Satanás las cosas majestuosas. Pero hoy ya no sucede así: ha [illegible] la raza de los escarnecedores, que triunfa con los escándalos, y cuando estos aparecen en regiones elevadas, ó salen del santuario mismo, en vez de preservar de la curiosidad pública con solícito y religioso [illegible] que arrancan llanto á los ángeles, afánanse por divulgarlos, *celebrándolas é ilustrándolas* impíamente. ¡Inútil afan! Quien acometa, en pleno cristianismo la obra, mil veces ignominiosa de propagar el menosprecio, conseguirá infaliblemente un solo resultado, conquistar el desprecio para sí, y todo lo venerable continuará siéndolo. ¡Ah! Las generaciones cristianas están para siempre ungidas con óleo de respeto; [illegible] en la frente su indeleble señal, y en el alma su indestructible ins[illegible].

La humanidad continuará aprendiendo á respetar en las grandes enseñanzas católicas, continuará el catolicismo revelando á las almas la grandeza de Dios, por Jesucristo, Nuestro Señor, [illegible] grandeza de Jesucristo por la Iglesia nuestra Madre, y merced [illegible] respeto [illegible] aprendan, se harán las generaciones formadas en su escuela, [illegible] grandes en lo porvenir como lo fueron en lo pasado.

Llegados á este punto, quizá preguntareis, señores, si queda algo por decir. Hemos visto á la educacion cristiana enseñar á los niños, juntamente con la Religion, que es el espíritu vital de todo, cuatro cosas tan sencillas como fundamentales, que son: creer, amar, [illegible] y respetar. Enseñando á creer, da por robusta base á su [illegible] y á su vida los principios y los dogmas. enseñando á amar, [illegible] el corazon y con-

cede campo á la actividad vital, enseñando á obedecer, forma la voluntad, y da fuerza á la vida enseñando á respetar, infunde en el alma la percepcion de la grandeza verdadera y comunica á la vida dignidad y elevacion.

Mas para remalar y coronar cual obra maestra la educacion, ¿sabeis qué cosa falta? Pues falta lo único que puede custodiar y embellecer todas las adquisiciones así dichas, falta el complemento de la belleza humana, falta la aureola de una pureza angélica. Porque mientras no ejerza su poderoso influjo sobre todo el hombre la pureza del cuerpo mismo, no solamente se podrá decir que nada hay acabado, sino tambien que nada se sostendrá en el hombre. Su educacion, por el contrario, estará herida de muerte.

Examinando este asunto, delicado sí, pero imprescindible daré término á lo que tenia que decir acerca del progreso realizado por la educacion cristiana. ¡Dígnese el Dios de toda pureza limpiar mis labios y mi corazon, á fin de que broten de mis palabras destellos de luz tan puros que solo produzcan en vuestras almas amor á la pureza misma, sacrosanto aroma de la educacion, y atractivo el mas celestial de cuantos concurren en la niñez bien criada! Por hoy me reduciré á declarar cómo se custodia la pureza por medio de la educacion. Mañana os haré ver lo que es la educacion sin pureza. De esta suerte servirá la conclusion de nuestras Conferencias para inaugurar nuestros ejercicios piadosos; el asunto es de suyo suficientemente práctico para que, al darse principio á un retiro, no parezca que está fuera de lugar.

I.

Tambien hoy, señores, empezaré citando un texto. «Siempre he visto (dice un célebre escritor) que los jóvenes corrompidos en edad temprana y entregados al vicio, son inhumanos y crueles. La impetuosidad de su temperamento los hace mal sufridos, vengativos y propensos á enfurecerse. Embargada su imaginacion por un solo objeto, sustráese á todo lo que él no sea; no conocen la compasion ni la misericordia, por satisfacer el menor de sus caprichos sacrifican á su padre, á su madre, al mundo entero. Y por el contrario, los jóvenes á quienes cabe la ventura de conservarse puros durante su educacion, siéntense inclinados á pasiones tiernas y afectuosas, por los primeros impulsos de la naturaleza; dispuestos siempre á compartir los sentimientos de sus semejantes, ó se conmueve su corazon con los dolores agenos, ó palpita de placer cuando ven un rostro amigo; saben sus brazos estrechar cariñosamente, y sus ojos derramar lágrimas de ternura...

»Sí, lo repito; un mancebo que no tenga índole aviesa y haya conservado su inocencia hasta los veinte años, será á esta edad el hombre mas generoso, el mejor, el más amoroso y amable. Nunca os lo han dicho, pero no me estraña: educados vuestros filósofos en medio de la corrupcion, distan mucho de saber estas cosas.»

¿Quién ha escrito, señores, estas notables palabras? ¿Quién es el que tan perfectamente ha comprendido los inmensos resultados de la pureza y la inocencia, conservadas por medio de la educacion? Quien así se espresa, es el mismo que tan pasmosos yerros cometió en varias ocasiones al hablar de la educacion humana, es aquel mismo escritor de ingenio calenturiento que, en todos los asuntos que trató, tuvo intervalos lúcidos, y logró que le alumbrase el sentido comun con resplandores, por desgracia, poco duraderos. Acabais de oir palabras del autor de *Emilio*.

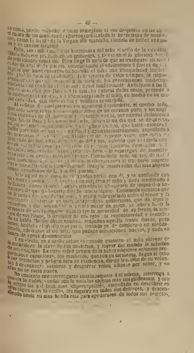
Cumple demostrar que esta vez ha dado testimonio de verdad el Pa... de tantos errores

La pureza de los niños (importa entenderlo bien y consignarlo co... fundamento necesario de nuestro estudio), está amagada de un mal q... á toda costa conviene combatir, si no se quiere ver lamentablemente d... truida por él la vida entera, y aniquilada la obra de la educacion

Queda ya dicho que la satisfaccion dada á necesidades legítima... acarrea el progreso bien ordenado de las facultades del alma, pero sab... es que toda belleza del espíritu tiene que descubrirse y resplande... atravesando por el cuerpo, el cual, junto con aquel, forma la persona... dad humana, siendo tan estrechos é intensos los vínculos con que... unen, que no pueden menos de guardar uno con otro indisoluble rel... cion en todas sus vicisitudes Menester es, por lo tanto, educar el cuer... para completar la formacion del hombre. Esta formacion de la parte m... terial, obra casi esclusiva de la naturaleza, seria completamente age... la predicacion que he emprendido, si no hubiera en el ser humano un p... to vulnerable, por donde pueden sumir hasta el alma las heridas del cu... po, introduciendo perturbaciones, y aun quizá llevando la muerte á s... mas misteriosas profundidades. ¿Cuál es el punto vulnerable del cu... humano, que concede al mal franco acceso hasta el alma de los niño... á veces desarraiga de ella con lastimoso estrago todo cuanto sembr... buena educacion? El sensualismo la depravacion de los sentidos, los... órdenes de la carne, y, en una palabra, la voluptuosidad Despiértans... de ó temprano instintos peligrosos, y empieza el cuerpo á conspirar... tra la dignidad del alma En la crisis que entonces se prepara, deci... casi siempre la existencia entera del hombre por lo bueno ó por lo ma... unas veces entra en las sendas del progreso, otras se precipita resu... mente por las vias de la decadencia

Hay una edad rica en atractivos, tanto mas seductores para nu... corazon, cuanto mas nos va apartando de ella la incesante marcha... tiempo edad cuyos recuerdos nos asaltan, como otras tantas serenas a... riciones, en medio de las tormentas de la vida, edad que sería la... venturosa de todas, si conociese bien su propia ventura, y en la cual... perturban siquiera la paz de lo presente, presentimientos de las ten... tades que guarda lo porvenir, entregándose por completo el niño a... plendoroso júbilo que infunde la inocencia en todo corazon, au... de la vida, mas llena de pureza que la aurora mas pura, y en que los p... samientos, los deseos, la memoria, la imaginacion, los ojos la lisonj... y hasta el cuerpo del niño protegido por las miradas de su madre, ... cosas tan serenas, puras y límpidas, que ni aun cabe sospechar ... en ellas, trasparentándose la pureza por el cuerpo mismo, como el... por un cristal. ¡Oh! hermoso aparece el niño, cuando en todas las ir... diaciones de su existencia resplandece la luz de su castidad, no e... da por el hálito mas leve, no alterada por la menor conmocion Al ver... se retrata en su candorosa frente, en sus trasparentes miradas y en s... inimitables sonrisas un alma tan ingénua y encantadora, tan hermo... tan ignorante de su hermosura, ofrécese al pensamiento la felicidad... será contemplar á los Angeles en el cielo cuando estos ángeles de la ti... rra causan tanta delicia en quien los ve.

Ni la flor que abre su matizada corola al resplandor del sol; ni el... cuya tranquila pureza refleja el azul del firmamento; ni el ave que rev... entre rayos de luz; ni el árbol que ostenta, bajo un cielo primavera... pomposa corona de flores; ni el manantial que corre sobre arenas de... retratando en sus límpias ondas la belleza de sus márgenes; nada cr...



en suma, puede [illegible] deleite semejante al que desprenta en las al[illegible] el rostro de un niño donde aparece inmaculada la hermosura de nuestro ser, como la [illegible] de la Virgen sin mancilla, modelo de belleza humana y de candor virginal.

Falta, sin embargo, [illegible] esta hermosura del niño el sello de la virtud [illegible] falta haberse probado en los combates, y llevar en sí la gloriosa [illegible] de tentaciones vencidas. Pero llega la hora de que se trasfigure en [illegible] el don [illegible] de la pureza, conquistando el adolescente á fuerza de [illegible] lo que hasta entonces ha poseido el niño con tranquilidad [illegible] ble. [illegible] la desgracia de estos tiempos, la impura atmósfera [illegible] la vida de las generaciones modernas adelanta [illegible] aquel fatal instante. Anticípase á las leyes [illegible] por Dios y á la marcha natural de las cosas, precede á la adolescencia [illegible], y [illegible] veces sorprende al niño, en medio de su mayor debilidad, con [illegible] y violenta acometida.

Al influjo de [illegible] ocasional é inmediata, el mismo niño que solo conocia [illegible] inspiraciones de un corazon puro, y los angélicos instintos [illegible] vuelta, por natural inclinacion suya hácia Dios y las [illegible] cielo, advierte un dia que se despiertan en su [illegible] que hasta entonces [illegible] habia parecido [illegible] y apacible instrumento, avasallado á las armonías [illegible] de repente voces que están en profundo [illegible] del alma, súbdito que se rebela con [illegible] instintos desusados [illegible] descubre [illegible] le embargan de asombro [illegible] Conmovido todo su ser, de [illegible] otra esperanza [illegible] perturbaciones al tranquilo imperio cuya [illegible] insurrectos del mas abyecto linaje [illegible] de la hez del pueblo.

Ante aquel mis[illegible] á todas partes con él, y se confunde con su [illegible] el niño y mira temblando á lo futuro [illegible] ofreciesen de improviso horizontes de que no habria tenido noticia alguna. Contempla caminos que se brindan á [illegible] sobresaltado entre el temor y la esperanza [illegible] misteriosas, que de lejos le encantan [illegible] de cerca, se altera hasta la armonía de sus [illegible] disminuye la serenidad de su frente, la sonrisa de sus labios, la [illegible] de sus ojos, la espontaneidad y sencillez de su habla [illegible] sombras empañan aquella frente donde, poco antes, brillaba el [illegible] mas puro, trocado ya de candoroso en meditabundo, adviértese al [illegible] que padece sensaciones nuevas, y anda en busca de cosas desconocidas.

Y en efecto, en aquella sazon es cuando quisiera el niño obtener de la naturaleza la clave de sus misterios, y lograr del mundo la solucion de sus enigmas. La curiosidad propia de la niñez adquiere entonces proporciones espantosas, los misterios, que son su tormento, llegan al cabo á ser tentacion y peligro para su existencia, dirige la accion de su voluntad á desvanecer sombras y desgarrar velos, afánase por saber, y su afan no se sacia nunca.

No contento con interrogarse continuamente á sí mismo, interroga á cuanto le rodea, sondea con la vista los objetos mas insignificantes y con la mente las palabras mas imperceptibles, empeñado en descubrir en ellas algun sentido oculto, las registra en todos sus dobleces, y descendiendo hasta su mas honda raíz para apoderarse de todos sus secretos,

pretenda obtener de su interpretacion revelaciones de cosas nuevas, y así consigue que aquellas mismas palabras que hasta entonces no le habían interesado, ni llamado siquiera su atencion, pronuncien á su oído oráculos inesperados, y cautiven con inmenso poder su imaginacion que, ya despierta, comienza á prodigar encantos á su vida, y pugna por enseñorearse fascinadora de todos sus sentimientos.

¡Ah! ¡en esa imaginacion reside el mayor peligro para los adolescentes! Ofreciendo, como poderosa maga, á sus vagos deseos é inquietas inspiraciones, un mundo poblado de encantos inefables, multiplica interminablemente lo real por lo posible, pone hasta en lo material reflejos de lo infinito, y encamina por las cosas del cuerpo y de la carne la espansion de los sentimientos mas nobles del corazon, y de las mas santas aspiraciones del ánimo. ¿Y que sucede? Acomete al niño una necesidad de gozar, ignorada de él en sus primeros dias, necesidad que abre sus ojos, dilata sus deseos, hace palpitar su corazon y comunica estremecimientos á todo su ser. Y semejante á Cristóbal Colon en las horas que precedieron á su inmortal descubrimiento, figúrase que á la dudosa luz del alba, columbra las costas del Nuevo Mundo que ha de conquistar, y respira sus aromas, traidos de lejos en alas de la brisa.

Por cierto, señores, que aun cuando no tuviera el niño en esta crisis otro enemigo que su propia persona, seria harto grande el peligro que corriese su amenazada pureza. Pero al mismo tiempo que pugna con las tempestades de su imaginacion, deseos y aspiraciones, al mismo tiempo que se trueca por él su carne propia en campo de batalla, donde lucha tal vez valerosamente para lograr las palmas de la castidad militante, preparále el mundo asechanzas y agresiones esteriores, mas peligrosas ¡ay! que las mismas con que se ve interiormente hostilizado. Llegan á sus manos ciertos libros que hasta con sus seductores títulos prometen declararle toda clase de misterios,—Misterios de Paris y de Lóndres, misterios del pueblo y de la nobleza: ¡*misterios* siempre! Y cuando no misterios, son *revelaciones, confidencias, confesiones, memorias*, libros encantadores donde la poesía y la literatura ofrecen descubrir, en medio de las perspectivas mas risueñas todos los secretos de la vida.

Admitida en el hogar doméstico, por imprudencia ó indiferencia de sus padres, preséntase así ante sus ojos la novela sensualista; y la imaginacion del niño, que hasta entonces habia permanecido como sumergida en vagos ensueños, aprende poco á poco á fijarse en escenas donde descuella, á manera de soberana, la voluptuosidad, con ostentoso séquito de placeres, y se presenta, ante corazones ya quebrantados, como si fuese el ídolo de la vida humana. Ni será poca ventura que algun novelista tan corruptor como corrompido, revolcándose con un depravado corazon en el realismo mas abyecto, no triunfe de aquella imaginacion juvenil obligándola á desflorarse por sí misma y á descender juntamente con él hasta los cenagales de la crápula y hasta los sumideros de la humanidad. Y si burlando la vigilancia de sus padres, arrastra algun dia al niño su insaciable curiosidad á los teatros donde alcanzan vivísima representacion los dramas de la vida humana ¡con qué tentacion tan poderosa se acrecentará entonces la fuerza de las demas tentaciones! ¡Ó é ideas qué imágenes qué sentimientos y sensaciones le asaltan, en medio de aquella abrasada atmósfera donde se pudiera decir que la voluptuosidad ha de envolverlo todo como una vestidura!

Mas aunque lograra apartarse de los libros en que revelan sus misterios la voluptuosidad y de los templos en que ob... estafu... esta diosa adoracion, incienso, himnos, héroes y víctimas, ¿acaso no bastaría al solo

atravesar por nuestras ciudades populosas para sentir en torno de su corazon la fuerza con que conspira todo á fomentar la enfermedad que en él se ceba? ¿Acaso no llegará hasta él por donde quiera el hálito de la voluptuosidad, y no verá sus imágenes en todas partes? ¿Qué digo, sus imágenes y su hálito? Verá y sentirá mas, porque percibirá la realidad misma. Presumirá asombrado que vé á la humanidad entera sumida en caudaloso rio de deleites, é instándole á sumirse tambien en él, como si fuera el rio mismo de la vida; y al ver con cuánta naturalidad y placidez se abandona la humanidad á su fácil y alegre impulso, se preguntará á sí mismo por qué razon ha de hallarse él solo condenado á permanecer en la playa, con fatigoso esfuerzo, ó á nadar corriente arriba por ondas que en su arrebatada marcha parecen ir cargadas con tesoros de inagotable ventura. Se preguntará, en suma, si no es la voluptuosidad una ley y la castidad una escepcion en la vida humana, y sospechará que la primera necesidad de su alma puede consistir en rendirse humilde á las exigencias del cuerpo.

Simultáneamente sometido así á durísimas pruebas en lo esterior y en lo interior, ¿podrá el niño sostener en toda su integridad la altísima honra que granjean un alma pura y una carne sin mancilla? Y ¿qué será de ambas si algun compañero de sus juegos ó de sus estudios, víctima de aquellos misteriosos embates, lo mismo que él, pero que á la tentacion del mal que asedia reuna la esperiencia del mal consumado, se llegue á su oido y le diga, como el ángel del mal á la mujer inocente «¿Por qué tienes miedo de tocar á esa fruta? ¡Si supieras cuánta dulzura encierra, cuánta felicidad, cuán indecible encanto!» ¡Oh! estraviada la imaginacion del niño por los malignos impulsos que en sus adentros le incitan, y por las sugestiones de un tentador que le estimula desde afuera, se figurará oir entonces aquella frase con que se consumó la primera de todas las seducciones *Eritis sicut dii*: Sereis como dioses. Vereis horizontes infinitos; surgirán en vuestro interior venturas que os son desconocidas. Sí, aquel es el momento crítico, momento en que se halla la inocencia en peligro mortal de perecer, aun suponiendo que todavía se salve.

Tal es, señores, la crísis pavorosa á que están sujetas la niñez y la adolescencia. En rigor, es posible aplazarla hasta que se pase la primera época de la formacion del hombre, si con prudencia é infatigable celo se atiende á remover todo peligro; y débese tener á gran ventura que al descargar el enemigo sus primeros golpes no halle frente á sí un niño, sino un hombre armado de razon, energía y voluntad resuelta. Pero no es este por lo regular, que antes bien, en los momentos mismos en que se está educando el niño, aparecece aquella crísis, amenazando con esterilizar y hasta con destruir los mas generosos y asíduos trabajos. En esta convulsion, entendedlo bien, el obstáculo mas radical con que puede tropezar la educacion, en esto lo que mas gravemente puede comprometer sus resultados.

No hay, pues, remedio: tan importante fenómeno vital reclama que se escoja una actitud cualquiera, necesario es que los encargados de dar educacion resuelvan algo acerca del particular, necesario, sí, que para salvar á la niñez de los peligros que la amagan, se adopte un determinado modo de ver, hablar y obrar. Quien retroceda ante la dificultad, abdicará de su ministerio, comprometerá toda la existencia del niño, y hará traicion al gran elemento social de la familia. Esto supuesto, os preguntaré ahora, no sin sentirme lleno de paternal zozobra por la suerte de vuestros hijos y de amistoso afecto á vosotros mismos, ¿quien ampara con eficacia á la niñez en el presente caso? ¿Quién es mas fuerte? ¿el precep-

...or que pide inspiraciones á la naturaleza y á la razon, ó el que se las pide á Jesucristo y á su Iglesia?

II.

Respecto de este asunto, no caben en la sabiduría humana mas que tres sistemas, ó negar la crísis, y sino la crísis, el peligro y el mal que de ella se originan, ó confesar el mal, desesperando de remediarle, ó procurar desvanecer el peligro y remediar el mal.

Tambien aquí tropezamos, en primer lugar, con la filosofía muelle y acomodaticia que presume de sustraerse al mal, negando su existencia, y que, lejos de empeñarse en combatirle, le allana el camino, otorgándole generosa consagracion en nombre de lo que llama ella *ciencia nueva del hombre*. Esta ciencia, novísima en efecto, se distingue por su singular sencillez, y consiste en saber perfectamente, sin probarlo nunca, que en el hombre todo es perfecto; que *siempre son rectos los impulsos de nuestra naturaleza*, que *el hombre es naturalmente bueno*, que *en el corazon humano no hay perversion natural*. Fúndase, en suma, en la hipótesis racionalista de que otras veces he hecho mérito, y que no podia menos de ser aplicada á este asunto. Preguntar á los defensores de tal hipótesis cómo ha de remediarse en la infancia el mal de que estamos tratando, equivale para ellos casi á un absurdo. La filosofía, que profesa por dogma la negacion del mal en el hombre, no puede responder á aquella pregunta, como no sea con una desdeñosa sonrisa.

En la suposicion de que sea bueno el hombre, comprándese que todos los instintos nacidos con él, y que constituyen su propia vida, han de parecérsele, siendo tambien buenos. Y si esto es verdad, ¿qué motivos hay para inquietarse, porque la naturaleza se vaya despertando en el niño? ¿No es legítima y santa la carne del propio modo que el espíritu? Si tiene este necesidades legítimas que toca á la educacion satisfacer favoreciéndolas, ¿por qué han de ser las de la carne necesidades penosas todas, y por qué ha de combatirlas la educacion reprimiéndolas? Pasó ya el tiempo en que se le ponian mantillas á la vida para su mejor desarrollo, y en que, so pretesto de que tomase vuelo, no se le daban sino cadenas. Dejad que la vida del niño se ensanche libremente, como la de la encina del bosque, y la de la palmera del desierto, dejadle que en la edad en que la vida le rebosa y busca sus salidas, respire los perfumes de que siente impregnado el aire, y responda sin restriccion ni remordimientos á la voz con que la naturaleza misma llama á su adolescencia para despertarla. No haya miedo de que, permitiéndole seguir las inclinaciones de su vida, sea mas culpable que la flor que esparce su aroma, ni que el árbol que derrama su sábia no puede haber en esto otro mal que los escesos que matan la vida, ó rompen la armonía de sus facultades.

No puede negarse que tal doctrina tiene al menos el mérito incontestable de no ser rigorista, y solo es de temer, que sea un tanto relaxa. Cierto es que al practicarla, suele hallarse á veces sangre en su fondo por mas que no haya sino miel en el fondo de sus palabras: pero evidentemente, señores, tiene esta dichosa filosofía grandes ventajas sobre nosotros, con una sola palabra se desembaraza ella de obstáculos que á nosotros nos paran, y de peligros que á nosotros nos intimidan. Ella suele decir al preceptor de la infancia, que se asusta ante esta crísis de la infancia: «¿qué temes? ¿por qué te hace temblar un fenómeno que revela la florescencia del hombre y atestigua la exhuberancia de su vida? ¿tratas acaso de prevenir el mal antes de que suceda y de combatirlo antes de que haya llegado

Me admiro de tu solicitud y me complazco de tu simplicidad: ese mal no existe; todo eso no es otra cosa que una de las fases del ser y una superabundancia de sávia humana. Ese movimiento nuevo es el progreso mismo de la vida, es la vida que se dilata, la vida que se vigoriza y que quiere por lo mismo vivir mas. No es otra cosa todo eso que el bien derramado en el hombre por las manos del Criador, ó como dicen los teólogos del panteismo, una manifestacion de la vida universal, una forma del gran todo, en que el espíritu y la carne se abrazan en el seno de lo infinito.

Pero desgraciadamente el género humano opina de muy distinta manera, y cree que la perturbacion repentina, operada en el niño, denota la invasion de un mal. Cualquiera que haya visto de cerca á la infancia, no puede engañarse sobre este punto. ¡Ah señores! Si esa pasion, que tiene fuerza para seducir á toda humanidad, y especialmente á la juventud, fuese el bien, y nada mas que el bien, y no trajese consigo una depravacion oculta, entraria en las almas como entra el bien, ó sea en paz y con serenidad, y despues de haber entrado, verteria en ellas los tranquilos goces que el bien multiplica donde quiera que se posa, asi como al salir de la vida dejaria en pos de sí vértigos de felicidad, comparables al olor suave que deja en un vaso un perfume precioso. Ahora bien: ¿es eso lo que suele suceder? ¿Es lo que habeis visto en los niños al acercarse la hora del misterio? ¡Ay! No asi que en el niño se manifiestan los primeros síntomas de la concupiscencia (ya os lo he dicho, y vosotros mismos habeis podido leerlo en su cara), apodérase de él una perturbacion desconocida, y por la trasformacion que en él se verifica, puede juzgarse que algun mal le ha invadido. Si el niño abre á la voluptuosidad su corazon y su alma, si la voluptuosidad entra y permanece en ellos como en sus propios dominios, entonces produce esta los mismos efectos que el mal, es decir, mancha, deshonra, hace estragos; y cuando se retira, deja la misma huella que un mónstruo devorador, ó sea desastres y desolacion. Todo, pues, en la vida de los niños nos dice con voz mas alta que en la vida de los hombres hechos, que esa pasion que entra en el alma causando trastorno, que permanece en ella asolándola, y que sale dejándola llena de ruinas, no es un bien que necesita direccion ni un instinto legítimo que deba satisfacerse sino un mal que es necesario combatir, un instinto desordenado que ha de reprimirse forzosamente en el niño, si se quiere preservar la vida en el hombre.

Convengo, sin embargo, en que todas las filosofías, aun las meramente humanas, están en esto de acuerdo. Los sábios, afectando una doctrina mas austera, dirán: No, la invasion de la concupiscencia en el niño, no es ciertamente un bien, sino un mal, el gran mal de la infancia. Pero ese mal inherente á la condicion humana, es un mal necesario, es una crísis inevitable. El niño, en la hora normal de esta crísis, entra en posesion de sí mismo, y por lo tanto á él es á quien toca defenderse. Si la crísis, por culpa de los hombres ó por circunstancias desgraciadas, sobreviene antes de tiempo, será, si se quiere, un mal y un peligro mas; pero mal que no tiene cura y peligro que no puede conjurarse. Es este un mal por otro lado, que por sí solo no traspasa los límites de la personalidad, y mientras que no hiera con sus manifestaciones á los que se hallen próximos á él, ni choque violentamente con las altas conveniencias de la vida social, los preceptores de la infancia nada mas tienen que hacer sino dejar al niño entregado á los consejos de su propia razon, y á las deliberaciones de su propio alvedrío. Sobre este punto dicen los sábios: La vigilancia es imposible, el desvelo inútil y la represion peligrosa. Por

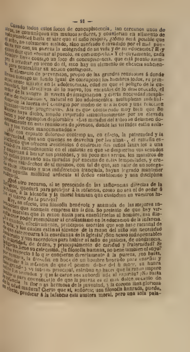
consiguiente, el sistema de pedagógico que los preceptores suelen confesar, sin temor á veces y que, sin temor tambien, aceptan á veces los padres, consiste en circunscribirse á una reserva y un abstenimiento prudentes, y en cerrar los ojos para no ver ni tener obligacion de castigar.

Pero pregunto yo, señores, ¿quién hay que, consultando su razon, su corazon y su conciencia, pueda aceptar ese sistema de abstenimiento que propone una sabiduría desesperada? Donde quiera que haya un preceptor celoso, un padre, y principalmente una madre, ¿cómo es posible cierren los ojos, sofoquen la conciencia, endurezcan su corazon y se crucen de brazos hasta el punto de decir en vista de una infancia tan espantosamente amenazada. «dejémosla estar, pues que nada puede hacerse por ella!» ¿Cómo, ni en qué sentido puede abstenimiento tan fácil, ó mejor dicho, tan cruel, producir para el niño y su educacion, frutos de vida, salud y fecundidad? ¿Cómo ni dónde, en fin, es posible que sea aceptada esa abdicacion de un ministerio de amor y autoridad ante el mayor mal de los males que pueden amenazar á un niño?

¿Será acaso en la educacion *privada*, santuario de Religion y reino de la abnegacion y del desinterés, donde la paternidad y la maternidad hayan de conspirar con el representante de su ternura y de su autoridad, para que su hijo quede en un aislamiento tan fatal para el desarrollo de su vida? ¡Oh padres! ¡Oh madres! ¡Cuando el mal fuese ya tan grande que os haya cerrado el corazon de vuestros hijos, se comprenderá vuestro embarazo! Pero aun así y todo, ¿qué madre en semejante situacion no haria esfuerzos con el fin de hallar algun portillo secreto para entrar, siéndole posible, en el corazon de su hijo? Y en el caso de que llegue á convencerse de su impotencia para entrar en él ella misma, ¿qué madre digna de tal nombre podrá calmar las alarmas de su corazon hasta haber hallado un ángel de la tierra que cuide de la pureza de su ángel?

¿Cómo podria ella entregarse al reposo mientras no hallase un amigo, un guia, un médico para alma tan querida, quien, ademas de auxiliarla con sábios consejos y de prestarla el apoyo de un corazon afectuoso, procurase cicatrizar sus heridas con las dulces manos de la caridad? No: el abstenimiento en este caso no seria prudente, ni cuerdo, ni paternal, ni generoso, ni santo, seria egoista, seria cruel, seria inmoral. ¡Y si al menos tuviese aquí el mal su último límite! ..

¿Cuándo, por consiguiente, puede ser aceptable el abstenimiento sistemático contra este mal progresivo? ¿Cuándo se da la educacion pública en un colegio ó en una casa pension? Llegado este momento no hay remedio, hay que tomar un partido, ni la vigilancia, ni la autoridad, ni la abnegacion bastan para penetrar en el fondo de la vida. En los colegios el niño se ajusta esteriormente á los reglamentos imperativos y á las exigencias de una disciplina que somete las voluntades á un órden inflexible. En los colegios, entrando el niño en posesion de su vida íntima, se queda solo, y si bien tiene allí si quiere, á Dios y su conciencia para aconsejarle y defenderle, nadie mas hay que le preste proteccion y auxilio, y nadie que entre en su corazon para combatir en él, por medio de la ternura, la abnegacion y la autoridad, el mal de que se halla atacado; se queda el niño tanto mas solo, cuanto que las compañías que le rodean multiplican su soledad al propio tiempo que sus peligros. ¿Quién, por consiguiente, puede desear para un niño de catorce años soledad tan terrible, cuando, demasiado débil aun para hallar en sí mismo fuerzas con que combatir á un enemigo que le ataca interiormente, es todavía mas débil y mas impotente para defenderse contra los ataques esteriores?



Cuando todos estos focos de concupiscencia, tan cercanos unos de otros, se comuniquen sus mutuos ardores, y conviertan en alimento de voluptuosidad hasta el aire que el niño respira, ¿cómo será posible que el niño, no solamente aislado, sino asediado é invadido por el mal, pueda salvar con su pureza la integridad de su vida y de su educacion? Hay quien dice que «reunir al pueblo, es corromperlo.» Y efectivamente, cada hombre lleva consigo un foco de concupiscencia, que está pronto siempre á irradiar en torno de él, sino hay un elemento de eficacia suficiente para neutralizar su accion contagiosa.

El elemento de perversion, propio de las grandes reuniones á donde llevan consigo un fondo igual de corrupcion los hombres todos, es principalmente temible en la adolescencia, edad en que el peligro de la curiosidad, los atractivos de lo nuevo, los encantos de lo desconocido, el ardor de la sangre, la viveza de imaginacion y cierta necesidad inesplicable de espansiones, natural en los adolescentes, multiplican indefinidamente la fuerza del contagio por medio de una accion y una reaccion incesantemente progresivas. Así es que comprendo muy bien que De Maistre haya dicho, siendo inspirado simultáneamente por su elevada razon y por ejemplos deplorables: «Las miradas del sabio se detienen dolorosamente en estas reuniones de jóvenes, donde las virtudes están aisladas y los vicios mancomunados.»

¡Ah! con espanto doloroso contemplan, en efecto, la paternidad y la maternidad, que son quienes se desvelan por las almas, el estraño espectáculo que ofrecen trescientos ó cuatrocientos niños lanzados á una atmósfera incandescente en el instante en que se despiertan sus sentidos y empiezan á hervir sus pasiones, y un poco mas arriba, los maestros de los niños paseando sus miradas por encima de estas tempestades, y creyéndose satisfechos de sí mismos, con tal de que, sin salir de un sosegamiento y una indiferencia tranquila, hayan logrado mantener entre aquella multitud ardiente al órden establecido y una disciplina rutinaria.

¿Qué otro recurso, si se prescinde de las influencias directas de la Religion, quedará para proteger á la infancia, como no sea el de pedir á la razon, á la filosofía y la moral humana que custodien en vuestros hijos el tesoro de la pureza?

Hay, en efecto, una filosofía benévola y animada de las mejores intenciones que acomete empresa tan árdua. So pretesto de que hay virtudes morales que la razon basta para enseñárselas al hombre, esa filosofía cree poder reemplazar al cristianismo en la educacion de la infancia. ¿No existen, efectivamente, principios morales que son base racional de la vida, y los cuales están al alcance de la razon del niño sin necesidad de que este recurra á la enseñanza de la Iglesia? ¿Son acaso indispensables Jesucristo y sus sacerdotes para hablar al niño de justicia, de obediencia, de autoridad, de órden, y principalmente de caridad y fraternidad? Si la Iglesia tiene su catecismo, ¿la filosofía humana, no tiene tambien el suyo? Y con respecto á lo que concierne directamente á la pureza, ¿no basta, por ventura, la filosofía en boca de un hombre honrado para enseñar y persuadir á la infancia de que el primer deber del hombre, su honra mas grande y su interes principal, estriban en hacer que la razon impere sobre los sentidos y que la carne sea subordinada al espíritu? ¿No basta tambien para convencerle de que la pureza es el mas dulce encanto de la infancia, la flor mas hermosa de la juventud, y la corona mas gloriosa de la edad madura? Cierto que sí, señores; una filosofía honrada, puede, en efecto, predicar á la infancia esta austera moral, pero una sola pala-

bra bastaria para destruir este último recurso de una educacion puramente humana, y es la palabra *impotencia*.

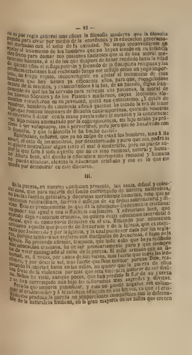
Todavía recordará este púlpito de *Nuestra Señora* los acentos que le conmovieron, así como tambien al grande auditorio que me escucha, cuando un orador incomparable demostró ante vosotros con una fuerza de raciocinio sobrepujada únicamente por la magia de su elocuencia, que no hay doctrina ni religion alguna humana capaces de producir la castidad. No repetiré yo aquí las razones en que se funda la afirmacion que ni por la incredulidad mas obstinada ni la tenacidad mas ciega pueden destruir, de que es impotente la filosofía para producir almas castas, pero sí esclamaré, apoyado en aquella demostracion como en una base inconmovible: «Si nada tienen y nada pueden las mejores doctrinas humanas para producir la pureza en los hombres, ¿cómo es creible que hallen de improviso poder y eficacia bastantes para producirla en los niños y los adolescentes?» ¡Ah! Si la filosofía meramente humana es estéril en hombres hechos, ó sea en las almas mas susceptibles de concebir la verdad de sus lecciones y apreciar sus consecuencias, ¿cómo he de creerla yo fecunda en los niños, cuya razon débil todavía no puede percibirla sino á medias, ni en los adolescentes, cuyas pasiones fuertes ya y desarrolladas se complacen en oscurecer mas y mas las claridades casi siempre dudosas de la razon humana?

¿No sería, por otra parte, cosa prodigiosa que la filosofía obrase en los que reciben sus lecciones con una eficacia que no tiene para los mismos que las dan? Se dice de la filosofía que ni á los filósofos mismos consigue hacer castos. Y aunque esta frase aplicada á los sábios de nuestros tiempos pueda ser tal vez una calumnia, prescindiendo ahora de nuestros filósofos contemporáneos, no puedo menos de recordar que San Pablo dejó descritas en páginas indelebles las orgías sensuales de los maestros de la antigua sabiduría, en términos que no puede reproducir fielmente nuestra lengua francesa, y que no obstante lo sagrados que son, no me atrevo yo tampoco á traduciros. Y los maestros á quienes San Pablo se refiere no pertenecian á la clase de pensadores vulgares, cuya raza célebre se reproduce y aumenta como una plaga, por desgracia de nuestra sociedad en los tiempos modernos.

Eran sábios ilustres, cuya ilustracion, sancionada y reconocida por el voto unánime de la posteridad, no ha servido sino para patentizar mas y mas en el trascurso de los siglos la impotencia de la filosofía para hacer castos y puros á los filósofos mismos.

Los discípulos en esta parte no han valido mas que los maestros. ¿Qué fue sino lo que sucedió en Atenas cuando Sócrates el sábio, y Platon el divino, daban sus lecciones de sabiduría en el santuario mas célebre de la filosofía antigua? Vióse al escepticismo, al materialismo y al cinismo pasearse por las calles con los nombres de Pirron, Diógenes y Arístipo, insultando con el desenfreno de sus costumbres y la estravagancia loca de sus doctrinas á la filosofía y á la moral, convictas de impotencia para crear la pureza de costumbres. Todos los voluptuosos continuaron aléndolo sin remordimientos y con orgullo. Todo aquel ruido de sabiduría y elocuencia no habia servido sino para hacer que se dudase de todo, inclusa la virtud, sin que pudiese ostentarse una sola castidad humana para glorificar aquellas lecciones reputadas como divinas.

Y no son tampoco mas felices, por mas que se diga lo contrario, los maestros de filosofía y los profesores de virtud de nuestros tiempos. Admitiendo como rarísima escepcion que la influencia de la moral humana en un alma dotada generosamente, baste para moderar ciertas pasiones



no es por regla general mas eficaz la filosofía moderna que la filosofía pagana para crear por medio de la enseñanza y la educacion generaciones marcadas con el sello de la castidad. No tengo inconveniente en apelar al testimonio de los hombres que no hayan tenido en su infancia otro freno para domar sus pasiones nacientes que al de una moral meramente humana, ó al de los que despues de haber recibido hasta la edad de quince años el influjo potente y fecundo de la disciplina religiosa y las prácticas cristianas han rechazado luego ese influjo como un yugo importuno, no tengo repito, inconveniente en apelar al testimonio de esos hombres que hoy tienen ya cincuenta años, para que, recogiéndose dentro de sí mismos, y examinándose á la luz, de su pasado, digan francamente de qué les ha servido para refrenar sus pasiones, la moral de los nuevos Sócrates y de los Platones modernos, cuyas lecciones elocuentes escucharon en su juventud, quizá con entusiasmo. ¿Y quién de vosotros, hombres de cincuenta años á quienes ha tocado la vez de tener hijos que reciban lecciones de filosofía contemporánea, quién de vosotros se atreveria á decir con la mano puesta sobre el corazon y la conciencia: «mi hijo estaba amenazado por la concupiscencia, mi hijo estaba ya próximo á ser voluptuoso, iba á pervertirse, pero juro que se ha salvado con la filosofía, y que la filosofía le ha hecho casto?»

Entiéndase, señores, que yo no culpo de esto á los hombres, sino á las cosas, el celo de los maestros, por desinteresado y puro que sea, podrá si se quiere neutralizar algun tanto el mal ó moderarlo, pero no puede suplir lo que falta á todo aquello que no es sino racional, natural y humano Ahora bien, allí donde la educacion meramente racional y humana no puede alcanzar, alcanza la educacion cristiana y eso es lo que me queda por demostrar en este discurso

III.

Es la pureza, en nuestra condicion presente, tan santa, difícil y celestial cosa, que para sacarla del fondo corrompido de nuestra naturaleza, no bastan fuerzas naturales y doctrinas meramente humanas, sino que se necesitan revelaciones, fuerzas é influjos de un órden sobrenatural y divino Esto es precisamente lo que dá la educacion francamente cristiana: un poder sin igual y una influencia sin límites Y adviértase bien, que cuando digo educacion cristiana, no quiero decir educacion sacerdotal ó clerical, que es como suele llamarse en el dia. Entiendo por educacion cristiana aquella que procede de Jesucristo y de la Iglesia, que es inspirada por Jesucristo y por la Iglesia, y la cual puede ser dada por los seglares, porque tambien los seglares son discípulos de Jesucristo, é hijos de la Iglesia. No pretendo afirmar, tampoco, que todo niño que haya recibido una educacion cristiana, ha de ser necesariamente puro y que siempre ha de vivir consagrado al culto de la pureza. El niño armado con su libertad, es, á veces, por causa de sus vicios, mas fuerte que todas las lecciones, y por decirlo así, mas fuerte que Dios mismo· porque Dios, respetando la libertad hasta en los niños, no quiere que la pureza de ellos sea fruto de la violencia por mas que esta violencia hubiese de ser divina. Niños he visto, aunque pocos, que han perdido la flor de su pureza y se han corrompido aun bajo las influencias mas sagradas y divinas.

Pero lo que importa patentizar, y esto no puede negarse sin calumniar al cristianismo y á la infancia educada en sus brazos, es que el cristianismo produce la pureza en proporciones compatibles con lo deleznable de la naturaleza humana, en la gran mayoría de los niños que crecen

á su sombra. Incrédulos habrá que no quieran dar asenso á lo que acabo de decir: porque tal es la desgracia de los tiempos y tal la perversion de nuestras costumbres, que hay hombres que no creyéndose otra cosa que sinceros, se preguntan si la pureza no ha sido completamente desterrada de la tierra y si entre nosotros existen todavía castos. Con algunos he tropezado yo en mi vida, que, aceptando sin combatir ni protesta el imperio de la concupiscencia en su juventud estimaban como bueno hacer en esta parte lo que hacen todos. Pero, señores, estad seguros de que el violar la pureza en sí mismo aun en la época mas ardorosa de la vida, no es hacer lo que todo el mundo hace, no, la pureza no ha sido ni aun en estos tiempos desterrada de la tierra, gracias al cielo y gloria á Jesucristo, hay todavía castos entre nosotros lo afirmo porque me consta. Mi alma, que está en contacto con muchas almas, y mi vida que lo está con muchas vidas, me impulsan á que declare, ante Dios que me ha de juzgar y en el siglo que me escucha, que hay en efecto castos. Conozco niños, conozco adolescentes, conozco jóvenes de ardiente corazon y pasiones fogosas, á quienes, usando de las palabras de un jóven Santo, pudiera llamárselas ángeles en carne humana, y los cuales dentro de esta carne tan tempestuosa como torturada, conservan una pureza virginal y una castidad angélicas.

Al hacer esta afirmacion, reto á las incredulidades mas obstinadas y á las denegaciones mas irónicas á que desmientan con verdad mis palabras; pero séame añadir, como complemento de mi testimonio, que los ángeles en la carne á quienes me refiero llevan en el corazon una huella profunda y en la frente una señal auténtica de la educacion verdaderamente cristiana. Y esto consiste en que la educacion cristiana tiene en efecto para preservar la pureza de los niños á ella confiados, incomparables recursos. Tiene esplendores, fuerzas é influjos que la filosofía no conoce, iluminaciones de la doctrina, fuerza de los Sacramentos, é influencia de las personas, que son tres cosas que se completan entre sí para constituir en la educacion cristiana la escuela de la pureza.

En primer lugar, cuanto pueda decir y enseñar la filosofía mas espiritualista, lo dice y enseña mejor que la misma filosofía, el cristianismo. Pero en esfera mas alta que aquella en que los oráculos de la filosofía humana son casi siempre, sin que ellos mismos lo sepan, ecos de enseñanza cristiana, la educacion cristiana ilumina el alma del niño, con trascendentales esplendores, los cuales sirven de corona celestial para la pureza que ella misma les pide, y tienen al propio tiempo una atraccion divina. Por medio de la educacion cristiana aprende el niño, que su cuerpo es un templo, su alma un santuario y su corazon un tabernáculo donde reside á veces Jesucristo vivo para convertir de esta manera todo su ser en un habitáculo de la divinidad, y en una especie de cielo donde debe brillar incesantemente á los ojos de Dios y de sus ángeles el astro de la santidad. Por medio de la educacion cristiana descubre el niño que los tesoros de su inocencia son precio de la sangre de un Dios, y se ve á sí mismo revestido de pureza, como de una celestial túnica de púrpura. Por la educacion cristiana, en fin, se le aparece en las profundidades del cielo y de lo infinito, el prototipo ideal de la pureza, que desde la augusta faz de Cristo y de la Vírgen sin mancilla, derrama sus rayos sobre toda la humanidad, llamada por el cristianismo á ser imágen suya.

Alumbra, pues, la educacion á los niños con esplendores que los enamoran de la pureza, ciñendo sus frentes con coronas de luz sobrenatural que reflejan en sus almas la santidad de Dios mismo. Y juntamente con aquella luz que les deja ver la pureza en toda su hermosura, real é

ideal, les suministra la educacion cristiana *fuerzas* para conquistar el objeto de sus deseos. Fuerzas indispensables, porque, á pesar de sentirse enamorados y maravillosamente atraidos por aquella celeste irradiacion que desciende sobre ellos y los embellece, llega la hora de que se despierte por obra de la naturaleza lo mas depravado de sus sentidos: y entonces no deja el niño de sentir una indecible repulsion á la pureza, la cual necesita vencer al hombre inferior, para reinar, coronada con la gloria de la lucha, en sus regiones mas elevadas y serenas.

Por eso há menester la voluntad fuerzas que la naturaleza no puede suministrar de por sí ademas de necesitar aquella luz que le muestra en la tierra la pureza, mas hermosa que los ángeles en el cielo. Harto sabeis, señores, que, por lo comun, no es luz, sino fuerza lo que habeis menester vosotros mismos para vencer al enemigo de que tratamos. Llevais en vuestro nombre el sello de la fuerza, pero en realidad todo vuestro ser es débil, y muy particularmente en cuanto á la pureza atañe. Para que se conserven invulnerables el alma, el corazon y el cuerpo que son todavía puros, necesitan, pues, bañarse, como Aquiles, en misteriosas aguas, de donde salgan revestidos, no solamente de candor y hermosura, sino tambien de la gracia y la fortaleza de Dios, á fin de triunfar en las batallas que riñe el hombre del cielo contra el hombre de la tierra. ¿Y quereis saber dónde reciben el alma, el corazon y el cuerpo mismo, entregados á la educacion cristiana, este baño que preserva de la muerte la pureza de los niños, ó la resucita á nueva vida? ¡Ah! no podeis ignorarlo, le reciben en la corriente con que Jesucristo nos fortalece y regenera por medio de los Sacramentos, en las aguas vivas de la Penitencia, en las oleadas de sangre de Jesus, en la Confesion y en la Comunion, recíbele, por último, lenta, pero seguramente, en la pura y celestial atmósfera que las cosas santas y las prácticas de devocion forman en torno de los niños.

Pero, ademas de despedir rayos de luz que prestan esplendor sobrenatural á la pureza, ademas de hacer surtir sagrados manantiales, de los cuales brota hasta el alma de los niños una fuerza enteramente divina, con que puedan triunfar de la voluptuosidad, hace el cristianismo otra cosa igualmente decisiva, creando los maestros mas capaces de inspirar pureza con su ejemplo, de favorecerla con su celo, y de protegerla, en caso necesario, con actos de la mayor abnegacion. ¡Ah señores! para esto es para lo que necesita principalmente sondearse á sí mismo quien desee aceptar el encargo, tres veces sagrado y tres veces temible, de preceptor de la infancia. Al pensar un maestro que está llamado á tocar diariamente con su mano á los niños, flores de la humanidad en que se pinta la belleza de Dios mismo, al pensar que tiene que formar aquellas almas con la suya propia, y aquellos corazones con su propio corazon, corazones tiernos y almas candorosas, que pueden mancillarse con una sola mirada, ajarse con el aliento, quedar heridos para siempre con una sola palabra... ¡Oh! entonces sí que es ocasion de que un hombre de buena voluntad examine á la faz de Dios y de su conciencia si posee todo lo que pide el cristianismo á los que hayan de ejercer el ministerio de la educacion. Mas, ¿qué demanda nuestra santa Religion al maestro cristiano? Quiere que sea á manera de un escudo humano, destinado á proteger la pureza de los niños, resguardada ya por la fuerza de Dios, y para que la proteccion sea eficaz, exige de él tres cosas que han de contribuir al logro del mismo objeto, pureza de ángel, celo de sacerdote y abnegacion de madre.

Pureza de ángel: sí; pues, aunque deba el maestro hablar muy poco

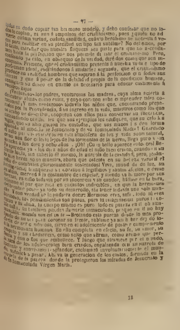
de esta virtud, á fin de no despertar en los niños ni siquiera la idea del vicio opuesto, importa que todo su ser respire é irradie pureza; importa que continuamente esté presentándola con su celestial aspecto ante las miradas del niño y llenando de su delicioso perfume los corazones, á cada palabra que pronuncie.

Celo de sacerdote, sí, vigilar noche y dia el corazon infantil en que aun reside, ignorante y candorosa, la pureza, ó el corazon del adolescente, donde ya comienza á rugir la tempestad, tal es la mas llana y vulgar obligacion entre cuantas debe cumplir quien ejerce el magisterio. Aplicar á todas partes la vista y el oido, espiando á su adversario, sorprender al vuelo señas y palabras, apartar con mano discreta el veneno, ora venga escondido en un libro, en una conversacion, ó en una amistad peligrosa, ó que amenace llegar á serlo, y en suma, custodiar continuamente el corazon de vuestros hijos, para que permanezca la pureza en él, como custodia infatigable un sacerdote el áureo tabernáculo donde mora Jesucristo; ser un sagrado vigía, que en medio de las tinieblas lo mismo que á la luz del sol, ampare con miradas amorosas el inestimable tesoro con que entra en la vida todo ser humano, llevándolo depositado por desgracia en un vaso harto frágil . hé aquí el segundo deber que pesa sobre los maestros cristianos dignos de su vocacion y de Jesucristo

Y al par de este celo sacerdotal y de aquella pureza angélica, produce el cristianismo otra cosa destinada á preservar la castidad de los niños, á saber una abnegacion de madre. ¡Ah! nadie conoce mejor que las madres cristianas el valor de la inocencia, tesoro celestial, encerrado por Cristo en las almas infantiles

Madres he visto á cuyos ojos arrancó lágrimas abrasadoras, una revelacion que, destrozando el velo de sus mas gratas ilusiones, les hizo conocer la ruina de aquella inocencia, lastimando desde entonces su corazon con incurable herida. algunas he visto que, contándose entre las mas santas y amorosas, no solamente hubieran preferido morir ellas antes de ver mancillada el alma angelical de sus hijos, sino que, á trueque de conservar la castidad de estos en toda su virginal entereza hubieran aceptado todos los sacrificios, sin exceptuar los mas terribles y heróicos. ¿Quién podrá, por lo tanto, ejercer dignamente para con un niño funciones maternales, si no posee el generoso amor y el sublime desinterés á que se deba que sea la abnegacion de nuestras madres la cosa mas bella y magnífica de la humanidad? Pues, ahora bien, sin que importe aquí averiguar por qué, ello es cierto, señores, que el cristianismo engendra en el alma del preceptor verdaderamente religioso aquella abnegacion maternal que ambiciona sacrificarse de todas maneras por conservar la inocencia de los niños; aquella abnegacion que, fortalecida con la sangre de Cristo, y deseando coadyuvar á que crezca con el benéfico rocío de la misma sangre la celestial flor de la castidad, consume en aplicar á este fin todo su tiempo, todo su entendimiento, todas sus fuerzas, sus fatigas, su trabajo, sus padecimientos, sus lágrimas sus lágrimas, sí, y en caso necesario su sangre misma.

Esto es lo que puede po engendrar donde quiera el cristianismo á fin de que se conserve con la educacion la virtud de la pureza, sin la cual no puede existir educacion alguna, segun me propongo demostraroslo Pero quizá estareis pensando en atajarme ahora, para decir: Ese maestro ideal, tan puro como un ángel, tan celoso como un sacerdote, tan pronto á sacrificarse como una madre, es un ensueño galano, un santo fantasma que podrá brotar en cualquier imaginacion; pero que realmente no se deja ver en parte alguna. Convengo en ello, señores, no á



todos es dado copiar tan hermoso modelo, y debo confesar que no todos le copian, ni aun á impulsos del cristianismo, pues ¿quién no advierte cuánta virtud, cuánta santidad, cuánto heroismo se necesita á veces para realizar en su plenitud un tipo tan sublime? No debemos, por lo tanto, estrañar que nuestra flaqueza sea parte para que no ascendamos hasta la perfeccion que nos permite divisar el cristianismo. Pero, confesado ya esto, en obsequio de la verdad, diré dos cosas que son inconcusas. Primera, que el cristianismo presenta á nuestra vista el tipo de perfeccion ideal, excitándonos á imitarle: segunda, que el cristianismo produce en realidad hombres que aspiran á la perfeccion con todas sus fuerzas y que á pesar de la debilidad propia de la condicion humana, consiguen su deseo en cuanto es necesario para educar castamente á nuestros hijos.

¡Venturosos los padres, venturosas las madres, cuya alma acierta á descubrir almas como estas, y cuyo corazon sabe comprender tales corazones! ¡Y mas venturosos todavía los niños que, encontrando preparados por la Providencia, á su ingreso en la vida, maestros como los que os acabo de describir, cooperan con ellos para conservar su inocencia, consintiendo oir de les que sus ejemplos los edifiquen, que su celo los vigile, que su abnegacion les custodie, que sus manos les den forma ajustada al modelo de Jesucristo y de su Inmaculada Madre! Guardado el niño por sus maestros en esta atmósfera de luz y vida sobrenatural, como una flor celeste lejos de las tormentas de la tierra, llega puro y sin mancha á los diez y ocho años. ¡Oh! ¡Cuán bello aparece entonces! Bella aparecia ya á los diez años de edad el niño bien criado, cuando en su frente lucia, sin saberlo él mismo, la aureola de la castidad, pero, ¡cuánto mas hermoso se muestra, ahora que ostenta en su belleza varonil el sello de combates gloriosamente sostenidos! Viva, inundada de luz, su inteligencia, blanquease su corazon á legítimos y santos afectos, elévase su alma, merced á la costumbre de respelar, y siendo ya hombre por sus fuerzas, es niño todavia por su inocencia y su candor, hállase en la hora, solemne al par que rica en encantos indecibles, en que la hermosura del hombre posee ya todo su desarrollo, sin tener todavía una sola mancha. Y con verdad se le pudiera decir: Hermoso eres, niño, todo tú eres hermoso, tus pensamientos son puros, pura tu imaginacion, puros tu corazon y tu alma, tu cuerpo mismo es puro, todo es pureza en tí, oh amable niño, tú tambien puedes llamarte inmaculado, porque en tí no hay mancilla: *macula non est in te*.—Brotando esta pureza desde lo mas profundo de su ser para coronar su frente, sublime ya sin haber dejado todavía de ser candorosa, sirve en el adolescente de postrer complemento á la hermosura humana. En ella completa en efecto, su fe, su amor, su respeto y su obediencia, como sello que afirma, como aroma que perfuma y como flor que embellece. Y luego que atraviese por el mundo, la raza de los adolescentes bien criados, engalanada con su aureola de luciente y suavísimo resplandor, esclamará involuntariamente el mundo, viéndolos pasar. Ahí va la generacion de los castos, formada en la escuela de la pureza, donde la protegieron las miradas de Jesucristo y de la Inmaculada Vírgen María.

Hemos visto que la pureza del cuerpo es un complemento indispensable de la formacion del hombre, reflejándose en todo nuestro ser, y que la educacion necesita enseñar castidad, además de enseñar fe, amor, obediencia y respeto. Suena, por lo general, en el primer período de la vida, una hora en que despertándose los sentidos é invadiéndolos la voluptuosidad, producen la mayor crísis de la existencia humana y ponen la educacion en estremo peligro. Importando, pues, vencer este peligro y triunfar de aquella crísis, ¿qué hace para ello la educacion que no se inspira en Jesucristo? Una de estas cosas: ó niega el mal, ó lo disminuye por no tener que repararlo, ó demanda remedios ineficaces á la sabiduría humana; y en todos estos casos se encuentra el niño solo y sin defensa contra el peligro mas grave de toda su vida.

El cristianismo, tiene por el contrario, en esta ocasion, como en todas, recursos ignorados de la sabiduría humana, para preservar y para curar, para sostener y para levantar al caido, recursos en sus doctrinas que derraman luz, recursos en sus Sacramentos que comunican fuerza, recursos en personas que protejen al niño con su ejemplo, su celo y su abnegacion. Y á menos que el génio del mal, ó una perversion estraordinaria logren frustrar en la educacion todos los afanes del cielo y de la tierra, será puro el educando, y al contemplarle el preceptor como á su obra maestra, podrá descansar y *ver que es buena*, á imitacion de Dios, despues de haber creado al hombre.

¡Ah! ¡Ahora es cuando quisiera yo poder entregarme en presencia vuestra á los arranques, á los arrebatos, al entusiasmo de la legítima admiracion que inspira una obra tan perfecta de Dios llevada á cabo por mano del hombre! Ahora es cuando quisiera poder recorrer toda la creacion y registrar el cielo y la tierra para hallar imágenes en que apareciesen visibles toda la grandeza y hermosura del niño bien criado, que resplandece en su alma y se trasparentan en su cuerpo. Baste una sola para que percibais vuestras almas como en imperfecto bosquejo y sombra fugaz, tantas perfecciones. Imaginad que es vida de una planta ó de un árbol la vida del hombre, llamado ya por algun autor *planta humana*. Sembrado este árbol por mano de Dios, ha echado en terreno firme raices profundas; azotado por las tempestades, se ha doblegado y erguido de nuevo sin romperse nunca, y así ha llegado á tener tronco robusto, al par de raices vigorosas, siendo á un tiempo mismo fuerte y estable.

Regado por las aguas del cielo y fecundizado por los cálidos rayos del sol, ha tendido sus vastas ramas cargadas de copioso follaje, impelido simultáneamente por la sávia que desde sus raices ascendia, y por el calor que le atraia desde lo alto, se ha elevado por los aires tocando con su cabeza al cielo, y desarrollándose, por fin, en una atmósfera limpia de elementos corruptores ha conservado toda la lozanía y pureza de su primera juventud, merced á lo cual descuella, bañado por la luz del cielo con gracia igual á su fuerza, con majestad no menor que su hermosura.

Tal es, señores, el niño bien criado: la fe le da raices, el amor desarrollo, la obediencia le dota de robustez, el respeto de grandeza, la casti-

dad de hermosura. Todo lo han trasfigurado la Religion y la piedad, él es la maravilla mayor entre las criaturas, él la obra mas hermosa de Dios

¿Y qué se necesita, señores, para anonadar esta obra de Dios y aniquilar el fruto de todos los esfuerzos del hombre? ¿Qué se necesita para destruir tanta fuerza, tanta grandeza, tanta hermosura; para agotar en su manantial toda la sávia de la existencia y lograr que, de resultas, se marchite con todas sus potencias el hombre entero? ¿Qué? una sola cosa: que llegue precozmente la voluptuosidad á apoderarse de la vida moral y material del corazon royendo como gusano sus mas secretas fibras y matando al hombre en flor

Háse pronunciado, hablando de educacion, una frase célebre que en cierta polémica, ardiente pero sincera, tuvo profundo eco, no de provecho ciertamente de interes ni de utilidad.—No necesito ahora tomar en cuenta la idea que pretendió espresar quien habló el primero del *gusano roedor de la educacion*, pero sí me apoderaré de estas palabras, y haciéndolas símbolo de una verdad en torno de la cual habrán de agruparse, desde los mas opuestos puntos del mundo moral, todas las convicciones desinteresadas y todos los deseos generosos, diré que hay un gusano roedor de la educacion humana, y que este gusano roedor es el vicio que en su mismo nombre lleva estampada la ignominia, no de otra suerte que en el nombre de la virtud opuesta, de la pureza, sávia la mas vital de la humanidad, va estampado y resplandece glorioso el sello de la honra Para dejar bien consignada esta verdad, bastará que, recorriendo otra vez la ruta que ya hemos andado, veamos de qué manera llegan los grandes elementos de la educacion que se completan y acaban con la pureza, á ser devorados por el vicio contrario, siempre que ataca este en el corazon la existencia de los jóvenes Estadme atentos y vereis que la voluptuosidad puede llamarse literalmente gusano roedor de la educacion, como quiera que deshace todo lo que hacen la abnegacion y el celo para llevar á cabo la educacion del hombre

I.

Designaré lo primero, señores, una cosa que infaliblemente ha de arruinarse en la educacion del niño· donde no hay pureza, no hay Religion, donde no existe la pureza, no existe la piedad En nuestra primer conferencia, notamos ya que la religion es manantial, sávia, vida y aroma de la educacion humana, y por lo tanto, el dia mismo en que se extingue la piedad y muere la religion en el alma de los niños, queda su educacion herida de muerte.

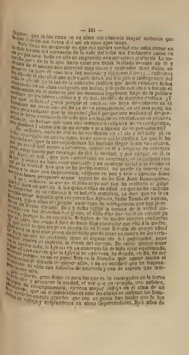
Siendo, pues la pureza del corazon el mejor preservativo de la Religion en los niños, el vicio que, apoderándose de ellos, aje la flor de sus sentimientos, y destruya su pureza, ajará y destruirá necesaria y simultáneamente su Religion y su piedad. Apenas sienten al contacto de aquel mónstruo, apenas muerde el gusano en lo profundo de su ser, huye de ellos la piedad, y entonces se doblegan tristemente las almas juveniles, que poco antes se elevaban erguidas aspirando tan solo á las cosas celestiales ¡Oh padres y madres! ¡Mirad á vuestro hijo! Ayer buscaba á Dios con todas sus fuerzas. hoy pudiera decirse que ya no sabe mirar al cielo. Por encima de su cabeza, se ha cerrado impenetrablemente el mundo de lo sobrenatural y de lo infinito ya no acierta la infeliz criatura á cruzar sus manos ni á doblar la rodilla, para decir á Dios: ¡*Padre nuestro*! Ni pueden ya sus labios murmurar una plegaria, ni su corazon

enviar un suspiro á su Soberano Hacedor, trocado ya para él en Dios extraño, cuando no enemigo, ya vive indiferente á Dios, insensible á Dios, sordo á la voz de Dios, molestado por Dios, hastiado de Dios. Sí, al pie de la letra puede decirse que le hastía Dios, que le cansa é incomoda cuanto procede y le habla de él. En vano resuena su Santo Nombre en predicaciones sagradas, en vano le cantan armónicos concentos, en vano sube al cielo el humo del incienso, con el clamor de los himnos, incitando á su alma á que suba también hasta Dios, en vano grita el sacerdote á los fieles: *Sursum corda*. ¡Arriba los corazones! ¡Arriba los pensamientos, los deseos, las almas! ¡Ay, en él todo se humilla, todo rastrea por la tierra, todo es cuerpo, nada sabe elevarse! Porque si la piedad aspira al cielo, y le busca siempre, la voluptuosidad busca siempre la tierra, porque, en una palabra, Dios y carne, Religion y voluptuosidad, son polos que eternamente se repelen, y los apetitos que buscan en la carne su satisfaccion y solo gustan de revolcarse en el lodo, no tienen mancomunidad ni relacion alguna con las sublimes aspiraciones que vienen de lo invisible, de lo eterno, de lo infinito, de Dios mismo. En el ser humano hay un hombre terrestre y otro hombre celestial, y el triunfo del deleite significa que el hombre de la tierra ha vencido al hombre del cielo. Y entonces, señores, queda destrozada profundamente la obra de la educacion, atento que el educando queda herido en lo más profundo de su vida, perdiendo, al mismo tiempo que la piedad, todas las aspiraciones que elevan el alma por ingénita virtud y proceden por ley natural suya desde lo inferior hasta lo superior, esto es, desde el hombre hasta Dios, desde la tierra hasta el cielo.

Así es como el gusano roedor de la educacion devora la piedad, despojando á la vida del principio capital de su elevacion, y al propio tiempo que ese mismo gusano la carcome por la cima, la mina tambien por su base, desplomándola literalmente de arriba abajo; porque el niño, así que pierde la piedad, tarda poco en perder su fe y en arruinar por sí mismo la base de su propia vida.

¿Por qué, es pensará alguno de vosotros, lo que de ordinario destruye la fe en las almas jóvenes? Por regla general la concupiscencia. Cuando el corazon de un niño se conserva puro como en su primera infancia, cuando no ha llegado á conocer sino los goces de la inocencia, las caricias de la familia y las dulces emociones de la amistad, cuando su vida no ha dejado de semejarse á un lago tranquilo, á un espejo sin mancha y á un cristal puro, ¡oh! entonces la verdad penetra en él sin el menor esfuerzo, y en él se queda como si fuera su residencia natural, el esplendor de nuestro dogma brilla y se refleja en el corazon del niño fácil y dulcemente, á la manera que la luz del sol se refleja en la tersura de un espejo en la superficie de un lago y en la diáfana blancura del cristal; entre esta alma de niño y la doctrina de la Iglesia, existen armonías íntimas, así como tambien cierta afinidad secreta y cierta fácil cordialidad; la verdad natural, que luce en su inteligencia como una antorcha encendida, se reune en ella con la verdad sobrenatural, procedente de la palabra de la Iglesia, la cual es otra antorcha que la ilumina con las claridades de Dios, y estas dos verdades reunidas en un corazon de ángel, se reconocen mutuamente como dos hijas del cielo y se abrazan en el misterio de una virginal pureza.

El niño no concibe siquiera que contra la Iglesia su madre y las doctrinas que ella enseña, pueda haber impugnadores, todo cuanto ella le dice tiene en su alma puros y fieles ecos, y parécenle al propio tiempo tan adecuadas á su inteligencia las verdades que la Iglesia proclama como



dogmas, que la luz entra en su alma sin causarla mayor molestia que la que causan los rayos del sol en unos ojos sanos.

Pero llega un momento en que esa misma verdad que solia entrar en lo mas íntimo del santuario de la vida del niño tan fácilmente como en su propia casa, halla en ella de improviso una oposicion profunda. La antorcha pura de la fe que hasta entonces habia brillado delante de él y dentro de él mismo con claridad muy suave y esplendor muy dulce, no despide ya para él sino una luz molesta; y así como á los ojos enfermos les ofende la claridad que antes anhelaban, así á la jóven inteligencia del niño le ofende ya la luz de la antorcha católica que hasta entonces habia iluminado en su alma imágenes tan bellas, y llegado este caso y herido el adolescente en el corazon por un demonio tenebroso huye de la palabra católica, de los libros católicos y de toda leccion de doctrina católica. ¿Y por qué, señores? ¿será porque el adolescente haya descubierto en el horizonte un poco mas ancho ya de su pensamiento, un sol mas puro, un astro mas radiante que le ilumine? ¿Será porque una mañana al despertarse le haya asaltado la idea de que las lecciones recibidas en su primera infancia, no habian sido sino una seduccion religiosa de su inteligencia, una piadosa fascinacion de su mente y una ilusion de su pensamiento?

No, señores, nada de eso se ha verificado en el alma del niño, ni se le ha aparecido un nuevo astro, ni un nuevo sol le ilumina. Lo que le ha sucedido es que la concupiscencia ha logrado llegar hasta su corazon, por yo no sé qué oscuros senderos, entrar en él y erigirse en soberana suya, empezando por desalojar de él á la verdad, y por apagar en él la luz. Ayer, el niño, que aun conservaba su inocencia, se regocijaba con la luz y sentia un bien estar indecible y un contento inefable al recibir el sol de la verdad; hoy que se ha hecho carnal, no puede ya soportar su brillo y la dice con impaciencia, «déjame en paz y vete.» *Carnalis homo veritatis lumen prospicere nequit* segun ha dicho San Juan Damasquino.

Y ved, señores, lo que es el niño cuyo corazon ha recibido el golpe mortal para su pureza. A los quince años de edad, en que no ha acabado de formarse ni su educacion es todavía completa, ya dice que no le es posible creer. Aquello que creyeron San Agustin, Santo Tomás de Aquino, Bossuet, y con ellos el ejército numeroso de inteligencias que han llevado en su frente durante diez y ocho siglos la corona de la virtud iluminada con los destellos del génio, el niño dice que no le es posible ya creerlo, porque tiene contra la Religion de su madre razones profundas que se calla temiendo á fuer de buen hijo contristar con ello á la madre. ¿Y qué será lo que tenga en contra de su fe este filósofo de quince años? ¿Qué será lo que este jóven iluminado pueda tener en contra de Jesucristo? Para no ser ya cristiano, tiene el argumento del paganismo, tiene además contra el espíritu, la razon del cuerpo. Su carne quiere tener razon contra todo, la Iglesia en su concepto ha debido vivir equivocada, y dice efectivamente que la Iglesia se equivoca, ha dejado, en fin, de ser creyente porque ya no es puro. Esta es la filosofía que opone contra el cristianismo el filósofo de quince años, y no os ocultaré que he tropezado durante mi vida con filósofos de cuarenta y aun de sesenta que tampoco tenian otra.

¡Ah! señores, gran dolor es para los que están encargados en la tierra de defender y propagar la verdad, el ver que un ejemplo, una palabra, un soplo de concupiscencia, ejercen mayor influjo en el alma de un adolescente, que las demostraciones ante las cuales se inclinan los hombres verdaderamente grandes que con su genio han hecho que la luz divina se refleje y resplandezca en obras imperecederas. Diez años de

estudio y de conviccion profunda suelen no tener fuerza bastante para resistir á la sensacion de un cuarto de hora de placer, y las pruebas invencibles, y las elocuencias victoriosas sucumben á veces ante una emocion de la carne y bajo el imperio insolente de esos instintos groseros que no viven á gusto sino en la oscuridad y que fácilmente no triunfan sino á fuerza de olvido, de duda y de ignorancia. Así es como perecen en la educacion la Religion y la fe.

A estas dos ruinas, que, propiamente hablando, no son sino una sola, suele seguir en el cráneo inmediatamente otra, que es la ruina del respeto. Para conservar el respeto de los demás y el respeto de sí mismo, condicion indispensable en toda educacion, es preciso atender á los puntos culminantes y luminosos de los hombres y las cosas, dejando en la sombra del misterio las ínfimas regiones de la vida: la bajeza animal toca tan de cerca á la grandeza, que solamente con esta condicion es como la facultad de pensar puede conservarse. Las almas, segun ya hemos dicho, aprenden á elevarse respetando, y aprenden á respetar contemplando la grandeza y acostumbrándose á fijar la atencion, no en la parte baja de las cosas y los hombres, sino en lo mas elevado que tengan, porque respetar es sinónimo de alzar la vista, para reconocer y acatar todo lo que es grande.

El niño precozmente atacado por el vicio destructor de su vida y su educacion, hace exactamente todo lo contrario, olvídase de la majestad que se despliega en su frente, de la inteligencia que brilla en sus ojos, de todos cuantos reflejos de grandeza iluminan su semblante, de todas cuantas aspiraciones sublimes se elevan desde su corazon, y descuida principalmente las elevaciones del espíritu y los ímpetus del alma que suben hasta Dios no obstante la atraccion de sus sentidos y el peso de su carne. Todo esto lo olvida, sí, señores, y ¿para qué? Para no ver otra cosa que al hombre de sus pensamientos, al hombre de sus ilusiones, al hombre de sus deseos, al hombre que es carne y nada más que carne.

De la propia manera, la dignidad humana va degradándose tambien poco á poco en su pensamiento, á despecho suyo. En la balanza donde él pesa el valor del hombre, tan solo la parte animal es lo que la inclina, y de aquí deduce que el hombre, si bien se reflexiona, no tiene el valor que se le da, ni el que él se da á sí mismo. Y esto se esplica perfectamente, como que él no ve ya en el hombre sino lo que tiene relacion con la materia, el hombre aparece ante sus ojos sin la aureola que le iluminaba, despojado de su gloria, y decaido de su majestad. Llegado á este caso, ¿cómo ha de exigírsele que lo respete y lo estime, siendo así que él no puede ya ni estimarse ni respetarse á sí mismo, y que, haga lo que haga ó diga lo que diga para encubrir su vergüenza con un manto de arrogancia y orgullo, se ruboriza ante sí mismo por sus propios actos? Cuando intente, en el efecto, el niño que se halle en este caso para legitimar ante sus ojos y absolver en su pensamiento el vicio que le domina y le deshonra, será en vano, el vicio subsistirá á la luz de su razon con un carácter vergonzoso y con el oprobio de su nombre, y el niño comprenderá instintivamente que toda concupiscencia otorgada á su cuerpo, ha de ser á espensas de las humillaciones de su alma. ¡Ah! el niño, y lo mismo el hombre, cuando se halla sometido al despotismo del cuerpo, conoce muy bien aquello que le rebaja á sus propios ojos, y conoce tambien su debilidad, su cobardía y su degradacion; conoce igualmente que le ha sacrificado á instintos innobles una majestad verdaderamente régia, y aunque el mundo entero erigiese altares en presencia suya á la concupiscencia para ser adorada, aunque el vicio bajase del cielo como en otro tiempo, y se

apareciese leyendo en la frente señales de una consagracion divina, no bastaria esto para que él recobrase el respeto y estimacion de sí mismo: en vano seria decir a: «Tu eres mi Dios, y yo te adoro» porque él replicaria desde lo íntimo de su corazon. —Yo soy un cobarde, y me desprecio.»

Ahora bien ¿Cómo es posible que se remonte hasta el punto de respetar á los demas hombres, el niño que, condenado por la fuerza de las cosas, ha descendido hasta despreciarse á sí mismo? ¿Cómo podria tampoco, pues que su imaginacion ve tan abyecto y empequeñecido al hombre, y así se lo representa su deseo, y así tambien lo considera en sus acciones, engrandecerlo lo bastante para tributarle un sincero respeto? ¿Cómo podria, en fin, hacer que resaltase y resplandeciese en los demas esa imágen de Dios tan degradada y borrada en su persona misma? Pues que él vive, luengos dias há, agobiado bajo el peso de esta ignominia, y él es al propio tiempo quien se ha revelado á sí mismo, no dirá es tarle lejos de creer que tiene en derredor de sí copartícipes de su oprobio, y sin gran esfuerzo admitirá á sus semejantes en la fraternidad de su esclavitud, por lo mismo que sería penoso para su orgullo el creerse que entre cuantos le rodean no hay mas que un esclavo, que es él, y que entre tantos soldados colocados en la vida como en un campo de batalla, no hay tampoco sino un cobarde que es él tambien, él solo el desprecio que se ga de él para alcanzar á todo cuanto no sea él mismo, será incorporado con todos y él tendrá á la tentacion mas degradante para el hombre, ó sea la tentacion del universal desprecio. Sobre este punto la esperiencia puede revelar á los ojos de todos lo que yo muestro en el fondo de las cosas. Prescindiendo de algunas escepciones posibles el niño impuro es por regla general irrespetuoso, pierde el sentimiento de las cosas grandes y santas adhiérese el desprecio á su alma como una lepra, y le sale á la frente como una mancha.

Ya lo veis señores, á una ruina sucede otra ruina, donde falta la pureza, desaparece la piedad, donde no hay fe, desaparece el respeto, añadiré tambien que donde falta la pureza, huye el amor, y por consiguiente inútil es en este caso pedirle amabilidad al niño. Nada hay mas encantador y bello en un niño cuya mirada tiene ya destellos de inteligencia, que el amor unido á una pureza completa. Este afecto inmaculado de fermentaciones impuras, y exento de todo cieno sensual, tiene un perfume que no se parece á ningun otro, y las almas que se conservan puras, lo respiran con una sensacion inefable de bienestar moral; es en el órden de las sensaciones humana, la delicia mas delicada quizás que puede gustar el hombre. Si nos atrae secreta é invenciblemente el corazon de los niños cuya pureza ha conservado todo su aroma, es porque de ellos emana el olor mas suave de felicidad que existe en la tierra, un afecto cordial al propio tiempo que inmaterial, tan tierno y puro que ni siquiera nos permite pensar en la materia, y tan generoso ademas que se olvida uno á su contacto de que existen en la tierra afectos interesados y amores egoistas.

Pues bien señores, ¿sabreis decirme qué es lo que hace que se desvanezca ese perfume afectuoso, esa flor de la vida, esa delicadeza de sentimiento, esas lindas espansiones de corazon que preparan al hombre en su educacion primera para la bondad, la abnegacion y la ternura, y esa suavidad fuerte, por último, que es la gracia viril de la vida bien educada?

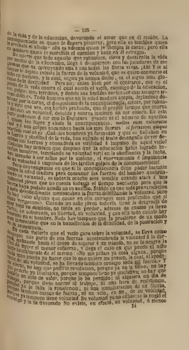
¿Sabreis decirme, asimismo qué es lo que destruye en pocos dias toda esa bondad, todo ese encanto, todo ese desinterés, toda esa ter-

nura, toda esa espansion, toda esa suavidad, y todas esas flores de puros afectos que prometen en la infancia frutos óptimos para cuando llegue á su sazon el hombre? ¡Ah señoras! vuestra esperiencia, vuestros pesares y vuestros recuerdos me han respondido ya. Esa es la picadura especialmente mortal de ese gusano roedor de toda educacion, porque el corazon es el sitio donde él se ceba principalmente, y su primera y acaso tambien su mas irremediable herida, tiene por objeto matar el amor en el corazon, y engendrar en él al egoismo.

Larga y tal vez delicada tarea seria el querer sondear aquí todo el abismo del misterio. Nos limitaremos, por tanto, á decir que cuando un niño busca sus goces en otras regiones que en su alma y en su corazon, inevitablemente cae en las regiones del puro egoismo. En esa region inferior de la virtud que desciende, dispone en su soledad festines agotistas, sin convidar á nadie mas que á sí mismo, y persuadiéndose de que amar no es goce bastante, repudia los verdaderos goces del hombre, ó sean aquellos que son hijos de la inteligencia y del corazon, del amor y de la verdad, llamando hermano suyo al egoismo, y á la sensualidad hermana suya. Desde este instante, acabáronse ya los dulces afectos que abren el corazon, las simpatías desinteresadas que conmueven las entrañas y esas ternuras deliciosas del alma que el egoismo no conoce, ¡oh Padres! ¡Oh madres, de cuyas simpáticas emociones participa en este momento mi alma! ¿Cuándo, decidme, vereis agolarse en el corazon de vuestros hijos los dulces goces de la ternura filial? ¿Cuándo dejarán de ser para ellos, con harto dolor vuestro, una felicidad vuestras mas tiernas caricias? ¿Cuándo vuestras lágrimas cesarán de ser recibidas en su corazon como una dulce lluvia que fecunda la vida y multiplica el contento? ¡Ah! sucederá eso el dia en que, al percibir aun vuestras caricias, por el bien parecer de la familia, no puedan ya mostraros pureza en su mirada, ni inocencia en su frente, desde ese mismo dia no parecerá sino que se hallan inspirados por un demonio impuro.

Vosotros, padres y madres que fundais en la ternura de vuestros hijos la mejor parte de vuestra felicidad, y que os hallais convencidos de qué no podriais vivir si su corazon se quedase sin amor y no os lo espresase con su palabra, ni os lo pintase con su sonrisa. ¡Oh! guardaos bien de que aquel demonio no los toque! Guardaos sobre todo de que no llegue á entrar en su corazon, porque entonces, os lo anuncio de antemano, saldreis vosotros de él, saldrá asimismo su inocencia, ocupará en él vuestro puesto el egoismo, os cerrará la puerta, y una vez cerrado su corazon, no volveríais á entrar en él aunque se empeñasen en abriros la cielo y tierra: os quedará todavía al jóven, pero ya no tendreis hijo.

Llegado ese caso, acabáronse para siempre aquella ingenuidad, aquellas confianzas y aquellas cándidas efusiones, merced á las cuales habiais podido hasta entonces leer en su alma y entrar en ella á todas horas como en vuestro propio domicilio. Conocereis entonces, aunque tarde, que el egoismo la ha hecho enteramente suya, que dentro de ella tiene reservado el mejor asiento, que para él son sus interioridades, para él sus secretos y para él sus misterios, sin que mirada alguna, inclusa la maternal que tiene derecho y ambicion de verlo todo, pueda ya penetrar en él! Y no será en este caso el espectáculo mas desconsolador vuestra tristeza, sino su desgracia, no será el ver cerrado para siempre un corazon en el cual entraba vuestro amor sin esfuerzo al paso que se complacia de reinar en él sin rivales, sino el ver deshecha en poco tiempo vuestra propia obra, y reducida á la nada la educacion que os costara tantas lágrimas y desvelos, por influjo de la concupiscencia, que corroe el corazon



de la vida y de la educacion, devorando el amor que en él reside. La concupiscencia es quien le depara placeres, pero ella es tambien quien le arrebata el afecto: ella es ademas quien le lisonjea la carne; pero ella es tambien quien le marchita el corazon y hace en él estragos.

De suerte que todo aquello que robustece, eleva y desarrolla la vida por medio de la educacion, llega á desaparecer con las picaduras de ese gusano que va corroyendo una á una todas las fibras vivas. ¡Ah! Y si al menos le dejase intacta la fuerza de la voluntad, que es quien convierte el niño en hombre, y la cual, segun ya hemos dicho, es el signo mas glorioso de la divinidad. Pero no, antes bien por el contrario, ese es el punto de la vida contra el cual asesta el vicio, enemigo de la educacion, sus golpes mas terribles, y donde sus heridas suelen ser casi siempre irremediables. Todo hombre que en la edad madura acepta, dejándose dominar por la carne, el despotismo de la concupiscencia, siente, por robusto y viril que sea, esa herida profunda, que al propio tiempo que enerva y debilita su voluntad, debilita y enerva tambien su ser entero. En esta parte podemos decir con la Escritura grande es el número de aquellos á quien les hiere y abate la concupiscencia. *multos enim vulneratos fecit* y á sus golpes sucumben hasta los mas fuertes: *et fortissimi quique interfecti sunt ab ea.* ¡Cuántos hombres ya formados y que se hallaban en la fuerza y plenitud de la vida, han sufrido el triste desengaño de ver decaidas sus fuerzas y anonadada su virilidad á impulso de aquel vicio! ¡Cuántos hay tambien que despues que la educacion habia logrado hacerlos hombres, templando su voluntad viril en la obediencia y la lucha, han tornado á ser niños por la molicie, al enervamiento é impotencia de su voluntad á impulsos de los tardíos golpes de la concupiscencia!

Pero convengamos en que si la concupiscencia tiene poder bastante contra la edad madura para consumir las fuerzas del hombre quebrantando su voluntad, es todavía mucho mas temible cuando ataca á una voluntad jóven que no cuenta todavía el tiempo necesario para que la fuerza haya podido acudir en su auxilio. Sabido es que toda prevaricacion y toda desobediencia menoscaban la fuerza debilitando la voluntad, pero no hay vicio alguno que cause en ella estragos mas profundos que el vicio vergonzoso. Cuando un niño jóven todavía tiene la desgracia de caer bajo su dominio, no tarda en perder, ademas de cuanto ya llevo dicho, su soberanía, su libertad, su voluntad, y con ella todo cuanto hay honroso en el hombre. Nada hay tampoco que la prosterne de un modo mas lamentable que en la humillacion de la debilidad, de la postracion y de la impotencia.

En cada victoria que el vicio gana sobre la voluntad, se lleva como despojos una parte de sus fuerzas: acostumbrada la voluntad á la derrota, quítasele hasta el deseo de aspirar á un triunfo, no se le ocurre la idea de hacer el menor esfuerzo, y llega el caso en que puede el niño decir literalmente de sí mismo: «No me pidais ya cosa alguna, porque nada mas puedo yo hacer que lo que quiere mi pasion, la cual, al apoderarse de mi voluntad, se ha llevado tambien consigo toda mi fuerza.» Y en efecto, no hay que pedirle resolucion, porque ya no la tiene, no hay que pedirle ya iniciativa, porque tampoco tiene ya iniciativa; no hay que pedirle un acto de valor, porque lo ha perdido; ni siquiera un dia de trabajo, porque tiene horror al trabajo, ni una hora de resistencia, porque ya le falta la resistencia, ni una manifestacion de su fuerza, porque tambien carece de fuerza, ni un acto, en fin, de su voluntad, porque ya tampoco tiene voluntad. Su voluntad ya no existe; se la cogió el enemigo y la ha devorado. No existe, en efecto, su voluntad, á menos

que no queráis adornar con tal nombre á lo que no es sino un simulacro, un fantasma, una sombra de ella misma, á lo que no es sino una voluntad tan débil é impotente, que no hay palabras con que calificarla en nuestro idioma; voluntad lánguida, cobarde, incierta, pusilánime, tornadiza, móvil, fugaz é intangible, voluntad nula, en fin que patentiza el triunfo de la concupiscencia el anonadamiento de la debilidad, voluntad que ya ni querer puede, ó que si quiere algo, es únicamente aquello que es compatible con la debilidad, el abandono, la indiferencia y la cobardía; aquello que no exije trabajo, ni esfuerzo, ni resolucion, y por decirlo así ni voluntad alguna, en otros términos, quiere el mal, únicamente el mal que sale por sí solo de un alma sin resistencia, sin recursos y sin fuerza. Ahora bien ¿qué será del niño que no cuenta sino con esa voluntad floja, lánguida, inerte, y semejante á un enfermo que tenga los riñones deshechos y los nervios paralizados? ¿Llevará consigo signo alguno de virilidad, despues de haber abdicado espontáneamente el cetro de la soberanía del hombre?

No aun cuando fuese un genio portentoso, aun cuando llevase depositados en su memoria, en su inteligencia y su mente tesoros de erudicion, de ciencia y de poesía, nunca, pues que no sabe tener voluntad llegará tampoco á ser hombre. Diré mas, y es que todas estas facultades tan brillantes como la voluntad misma, en el mero hecho de haber quedado reducidas á la nulidad ó á la esclavitud, se asociarán á la humillacion de su servidumbre y de su esterilidad, hallándose dotado de las mas ricas facultades, y siendo capaz de las mas grandes cosas, ó no hará nada, ó hará que solo brote de una vida que pudiera ser fecunda en bienes, la asquerosa fecundidad del mal.

Y cuando todos los grandes elementos de la vida moral hayan sido destruidos por ese vicio vergonzoso devastador de la vida en su propia primavera; cuando la voluntad misma haya perdido su energía, su fuerza, y toda su eficacia para fecundar la vida, ¿cuál será entonces la suerte de todas esas otras facultades menos íntimamente relacionadas con la educacion, y que al parecer han sido creadas con el fin principal de dar á la vida el complemento de su grandeza? ¿Qué será de su memoria, su imaginacion, su inteligencia y su carácter mismo?

Con respecto á su memoria, se menoscabará conforme vaya extendiendo sus estragos el mal que corroe al niño, languidecerá poco á poco, y se entorpecerá hasta quedar reducida á la impotencia. Para despertar la memoria se necesita energía, y él no tiene energía, para cultivarla y fomentarla es indispensable el trabajo, y él tiene horror al trabajo, la pereza, madre de tantos males en la vida, es en el niño hija primogénita del vicio vergonzoso. En el hombre ya formado, la ambicion ó una pasion generosa pueden servir á veces para restablecer ciertos resortes de la vida, relajados por la concupiscencia, pero en el niño, nunca la concupiscencia engendra la pereza, y la pereza mata ó hiere á la memoria. En vez de pedir al trabajo que cree para él esos tesoros de ciencia que son embellecimientos del hombre, pide á la concupiscencia que cree para él recuerdos que sirvan de pasto á su memoria, y fantasmas en los cuales puedan hacer presa sus deseos.

¿Y su imaginacion? Esta facultad que habia de dar brio á su pensamiento, energía á su palabra, movimiento á su vida, fecundidad á sus obras ¡ay! queda condenada á ser cómplice de sus oprobios y degradaciones. Esta facultad que tiene alas para volar á la region de lo invisible que debia reflejar como un espejo en aquel alma juvenil, para embellecerlas mas todavía, las fases radiantes y puras de la creacion, ó mejor de

cho, que, semejante al prisma, debia descomponer y recomponer la luz de la verdad para hacerla resplandecer con todos sus colores y en todo el fulgor de su hermosura, esta facultad que debia elevarle del mundo positivo á las espléndidas regiones del mundo ideal, esta imaginacion, en fin, la revuelca, juntamente con todo su ser, en el fango donde el vicio lo tiene cautivo y aprisionado, él mismo le corta las alas que habian de elevarle con vuelo sublime á cosas espirituales, y la encadena en la cárcel de la materia, soltándola como buho solitario para que revolotee en mansiones tenebrosas y torne á él cargada con las imágenes impuras de que se apacienta, obligándola perpétuamente á encenagar en el terreno del lodo aquellas alas de ángel que le habian sido dadas para remontarse á los cielos. Si un dia le ocurre buscar gloria en los floridos senderos de la literatura y de la poesía ¡ah! yo sé bien lo que hará: precipitar frenético en lo mas hondo del lodazal, sellar sus inmundas producciones con todos los sueños abominables que han manchado su imaginacion cuando tenia quince años, ser, no un ilustrador de inteligencias, sino un corruptor de almas.

¡Ah! Y su inteligencia tambien, ¿qué va á ser de ella en ese niño dominado por su tirana carne? Tambien arrastrará sus alas por tierra, si ya no le han causado mortal é incurable herida los precoces deleites que han estragado su naturaleza. Esta facultad nobilísima que habita en la cúspide de la vida natural, y que desde estas serenas y luminosas alturas nos hace remontarnos sobre el mundo de la materia, esta facultad, celestial en cierto modo, que respira verdad como los pulmones aire, que espontáneamente, y como al sol la planta, se torna hácia el cielo y Dios, verémosla descender irresistiblemente la carne y, á una con los sentidos, enflaquecer la voluntad á quien debia servir de guía y lumbrera en el camino de la vida y en la direccion de los actos humanos. A fuerza de posarse en la materia, de rozarse con la materia, de habitar en la materia, de no discurrir sino sobre la materia, verémosla tambien irse materializando paulatinamente, oscurecerse, perturbarse, y en vez de respirar, vivir y volar en el puro inteligible, que es su destino, irse agravando, entristeciendo, ahogándose en la pesada atmósfera donde el niño la sepulta y recluíca para hacerla esclava de sus sentidos. Dichoso él si las groseras emociones que pide á su flaca naturaleza de adolescente, no acaban por trastornarle el juicio y afectar su cerebro con una perturbacion enfermiza que le reduzca á la impotencia ó quizás al idiotismo.

Muchas cosas, señores, tengo que encubrir acerca de este punto con el velo del silencio: no todo puedo decirlo, ni puedo saberlo todo, pero como todos los llamados á tocar de alguna manera las llagas vivas de la humanidad, deben mutuamente auxiliarse, permitidme citaros aquí el testimonio de un hombre llamado con doble carácter á sondar en dos opuestos estremos los hondísimos abismos de la humana miseria. Escuchad:

«Los jóvenes víctimas de esta desdichada y vergonzosa pasion, pierden, cual mas, cual menos, la inteligencia y la memoria, se vuelven necios, imbéciles sombríos, indolentes, cobardes, perezosos, son de un carácter desigual hasta mas poder, y cobran hastío á todo goce y recreo honesto, quieren estar siempre solos, y se les vé encerrados en un silencio estúpido, sin energía ni vivacidad alguna en el alma, llegan á ser incapaces de todo estudio y de toda tarea grave, en una palabra, se vuelven completamente nulos.»

Tal es, señores, el decir de un hombre de gran autoridad en la materia, el final paradero de un jóven que haya alimentado en su seno el

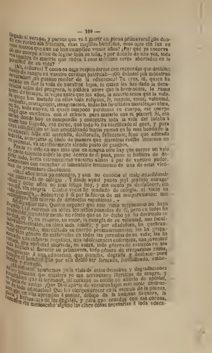
gusano roedor de toda educacion, nulidad completa, nulidad principalmente de su carácter; es decir, de la señal del hombre y del sello de su virilidad y en lugar de esta señal estinguida y de este sello borrado, ¿qué queda? ¡Ah señores! no me atrevería á decirlo si la Sagrada Escritura no lo hubiese revelado queda lo que con divina elegancia llama el Apocalipsis carácter y señal de la bestia *signum bestiæ*.

De este modo se consuma en el niño la destruccion de la vida moral en el punto mismo en que la educacion trata de formarla.

Aquí pudiera terminar con cuanto dejo hablado acerca del desenvolvimiento moral y de la educacion del alma. Pero ¿pensais que el cuerpo afectado tambien principalmente por este mal devorador, no ha de llevar en sí algunos estigmas que esteriormente muestran los estragos interiores? ¿Pensais que la vida física ha de salir incólume de estos mortíferos ataques? ¿Creeis que esa organizacion, frágil todavía y delicada, como vida no llegada aun á plena florescencia, resistirá á este mal que roe la vida antes de su madurez, y devora su sávia, no solo antes de que haya fructificado, sino de que haya florecido? ¡Ah! enunciar solo esta cuestion, es ya resolverla. Si aun el hombre hecho, en plena madurez de su vida no se entrega impunemente á este demonio tan homicida como lisonjero ¿qué será de una existencia, ignorante todavía de sus mas ardorosos embates, y cuyas fibras delicadas han menester robustecerse y desarrollarse lentamente bajo la custodia del tiempo, de la naturaleza y de Dios?

— Para mejor comprender el estrago que este oprobioso vicio causa en la vida física, tanto como en la vida moral, para sondar mejor la llaga que abre en el cuerpo al mismo tiempo que en el alma del adolescente, recordad la comparacion que dejo hecha entre la vida de un niño y la de una planta. mirad ese árbol, nuevo todavía pero ya de corpulento tronco, de espeso ramaje y floreciente por virtud de la fecunda sávia que circula y vivifica desde su raíz hasta su mas elevado follaje y por el contínuo movimiento de esa sávia, que dia tras dia, hora tras hora, le va llevando á pleno crecimiento para dar en sazon, tras de las flores, el fruto. Parece que esta imágen de naturaleza vegetal, representa, salvo las condiciones del libre y espontáneo movimiento propio de la vida humana, el crecimiento del hombre. Pues bien, suponed un instante á ese árbol dotado de libertad, y que capaz de esteriorizar en su ramaje la sávia que por él circula, sacude un dia con voluntaria violencia su follaje y dispersa en las olas del viento que lo agita aquella sávia que constituye su hermosura, fuerza y fecundidad; ¿qué sucedería? La vida, atacada en su centro mismo dejaría de crecer, comenzaria su sávia á secarse; y marchitas sus hojas, ajados sus ramos, desangrado su tronco, enfermo, lánguido hoy, estaria seco mañana y al fin caeria podrido en tierra.

Pues tal es la vida material del niño poseido por el deleite, de este propio modo, llevado por el vertigo, estraviado por la turbacion, entrega al viento de sus concupiscencias la sávia de su vida floreciente. Y ya privado así del armonioso crecimiento que solo se logra con el curso ordenado de la vida, no espereis hallar en él fuerza ni fecundidad, ni aquel esmalte con que la pureza abrillanta de ordinario los rostros virginales, ni os estrañe no hallar en él otra cosa que debilidad, languidez y una como mancha general, presagio de ruina y nuncio de muerte. ¿Por qué tanta arruga en esa frente juvenil? ¿Por qué ese prematuro envejecimiento? ¿Qué brisa envenenada ha marchitado los tallos vigorosos de esa planta florida y despojándola de su rica vestidura, anticipándola el invierno? ¿Por qué esa melancolía y palidez de otoño en esa vida que aun no ha



llegado al verano, y parece que va á morir en plena primavera? ¿De dónde ese rostro sin frescura, esas mejillas hundidas, esos ojos sin luz en esos rostros que aun no han cumplido veinte años? ¿Por qué ya encorvado ese cuerpo antes de lograr toda su talla, y por decirlo de una vez, toda esa sombra de muerte que rodea á esos infelices seres abortados en la plenitud de su vida?

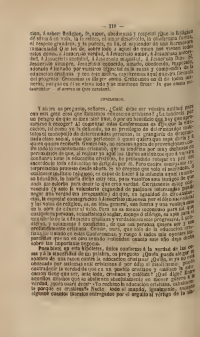
¡Ah, señores! Y como os oigo respondarme con recuerdos que destilan llanto de sangre en vuestro corazon paternal:—¡Oh deleite! ¡oh mónstruo devorador! ¡oh gusano roedor de la educacion! Tu eres, tú, quien ha segado en flor la vida de nuestros hijos, tu quien les has dado la decadencia antes del progreso, la palidez antes que la hermosura, la ruina antes de tiempo, la vejez antes que los años, la muerte antes que la vida. tu quien has matado en ellos toda religion, fe, respeto, amor, voluntad, memoria, inteligencia, imaginacion, todas las facultades morales, su alma, en fin, toda entera, tú quien tampoco perdonas su cuerpo, ese cuerpo frágil que envileces con el crímen para matarlo con el placer! Sí, esa carne donde hoy se compendia y concentra toda la vida del infeliz á quien has llegado, esa carne, que todo lo ha sacrificado al goce, y para cuya satisfaccion se han amontonado tantas ruinas en lo mas hondo de la existencia, hela ahí marchita, desflorada, falleciente, bien que adorada todavía, semejante al ídolo de manera que mientras recibe incienso en su pedestal, va interiormente siendo pasto de gusanos.

Punto es este en que mas que en ningun otro hay que correr un velo de casto silencio sobre lo que acerca de él pasa, pues si hubiera de decirlo todo, haria estremecerse vuestras almas á par de vuestro pudor. Contentaos con escuchar el lamentable testimonio de una de estas víctimas de prematura disolucion

«Diez años tenia yo entonces, y aun no conocia el mal; enseñómele »un camarada de colegio . Y desde aquel punto ¡ay! ¡cuánto estrago! »Diez y ocho años no mas tengo hoy, y me siento ya desfallecer, sin »sueño, sin alegría Cuatro veces he mudado de colegio. el vicio ha »ido conmigo .. Sobrevivo á él por la fuerza de mi temperamento: mis »cómplices han muerto de dolencias espantosas . »

No digamos mas. Quiero suponer que este vicio vergonzoso no haya llegado á tal estremo en todos los niños poseidos de él, pero en todos ha producido inevitablemente un efecto que os he dicho ya ha destruido su piedad, su fe, su respeto, su amor, la energía de su voluntad, sus facultades intelectuales, su alma toda entera, y por añadidura, ha quebrantado, encorvado, marchitado su cuerpo prematuramente; les ha preparado todo género de catástrofes en todas las jornadas de su vida; les ha causado una infancia raquítica, una adolescencia enfermiza, una juventud caduca, una virilidad abortada, en suma, todo género de estragos en esa vida llegada al florecer su primavera, todo género de irreparable ruina, consiguiente á una educacion que mancha, degrada y deshace pues siempre al hombre que por ella debió ser formado, fecundizado, embellecido y elevado.

¡Ah señores! apartemos ya la vista de estos desastres y degradaciones del ser humano que quisiera yo me arrancasen lágrimas de sangre, y permitidme que al terminar, mi corazon os confíe un anhelo de apóstol, una queja de amigo ¡Que Dios aparte de vuestros hijos este azote destructor de toda educacion! Que les otorgue crecer en la escuela de la pureza, para que en ella aprendan á poseer, debajo de la humana flaqueza, la gloria y hermosura de los ángeles, y para que ornados con esa corona, custodien sin menoscabo alguno las cinco cosas necesarias á toda educa-



cion, á saber: Religion, fe, amor, obediencia y respeto! ¡Que la Religion dé sávia á su vida, la fe raices, el amor desarrollo, la obediencia fuerza, el respeto grandeza, y la pureza, en fin, el esplendor de una hermosura inmaculada! Que les dé, sobre todo á aquel de quien nos vienen todos estos dones, á Jesucristo verdad, á Jesucristo amor, á Jesucristo autoridad, á Jesucristo santidad, á Jesucristo majestad, á Jesucristo Dios. Sí, Jesucristo siempre, Jesucristo conocido, amado, obedecido, respetado, adorado é imitado por vuestros hijos: tal es la suma y compendio de la educacion cristiana, y con este motivo repetiremos aquí nuestra fórmula del progreso. *Crescamus in illo per omnia.* Crezcamos en él de todas maneras, porque en él se eleva todo y se mantiene firme. *In quo omnia instaurentur... et omnia in ipso constant.*

CONCLUSION.

Y ahora os pregunto, señores. ¿Cuál debe ser vuestra actitud para con esta gran cosa que llamamos educacion cristiana? ¿La tendreis por un peligro de que es menester huir, ó por un beneficio que hay que apresurarse á recoger? Al comenzar estas Conferencias os dije que la educacion, tal como yo la defiendo, no es privilegio de determinados institutos ni monopolio de determinadas personas, ni granjería de determinada clase social, sino que pertenece á quien quiera que sepa darla y á quien quiera recibirla. Gentes hay, no escasas nunca de prevenciones contra todo lo resueltamente cristiano, que se tendrian por muy dichosas en persuadirse de que, al realzar yo aquí los títulos auténticos que á vuestra confianza tiene la educacion cristiana, he pretendido rebajar en pró del sacerdocio toda educacion no dirigida por él. Pero contra semejante interpretacion protesto desde ahora. Si yo creyese que solo el sacerdote, ó cualquier instituto religioso, es capaz de hacer á la infancia aquel inmenso beneficio, lo habria dicho muy alto, pues vosotros sois testigos de que nada me estorba para decir lo que creo verdad. Ciertamente estoy convencido (y solo la voluntaria ceguedad de pasiones interesadas puede negar una verdad tan irrecusable) de que, en igualdad de circunstancias, la especial consagracion á Jesucristo impuesta por el óleo sacerdotal y los votos de religion, es, en tésis general, una fuerza y una ventaja más en la obra de educar al niño. Pero no es menos inconcuso para mí que cualquiera persona, eclesiástico ó seglar, monge ó clérigo, es apta para el ministerio de la educacion cristiana y verdaderamente progresiva, á condicion, y solamente á condicion, de que esa persona quiera ser y sea profundamente cristiana. Conste, pues, que solo de la educacion cristiana he tratado en estas Conferencias, y ruego á todos mis oyentes imparciales que no en otro sentido entiendan cuanto este año dejo dicho sobre tan importante negocio.

Pues bien; en esta hipótesis, única conforme á la verdad de las cosas y á la sinceridad de mi palabra, os pregunto: ¿Quién puede alegar ni sombra de una razon contra la educacion cristiana? ¿Quién, si ya no está obcecado por sistemas anti cristianos ó por ódio al catolicismo, puede contradecir la verdad de que en un pueblo cristiano y católico la educacion tiene que ser, ante todo, cristiana y católica? ¿Qué digo? Entre aquellos mismos que se abstienen absolutamente en mover guerra á la verdad, ¿quién osará decir: «Yo rechazo la educacion cristiana, cabalmente porque es cristiana?» Nadie: todo el mundo, igualmente, excepto algunos cuantos literatos entregados por el orgullo al vértigo de lo im-

piedad y á paradojas insensatas, conviene en que no hay educacion posible sin alguna especie de Religion, y todo el mundo, por último, confiesa que el cristianismo es la mas elevada de las religiones, y el catolicismo la cúspide mas alta del cristianismo.

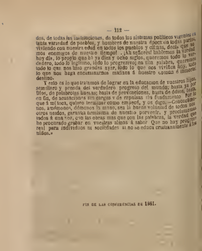
Siendo esto así, ¿qué podeis recelar de la educacion cristiana y católica? ¿Qué cargo puede hacerle vuestra razon? ¿Qué mal ha hecho á vuestros hijos? ¿Los ha enseñado á dudar? ¿Los ha enseñado á aborrecer? ¿Los ha enseñado á rebelarse? ¿Los ha enseñado á menospreciar? ¿Los ha enseñado á enlodazarse? ¿Ha pervertido ella sus almas, embrutecido sus inteligencias, corrompido sus corazones? ¿Ejerce ella su ministerio entre sombras, y se envuelve en tinieblas? ¿Cuáles son, dígase sus culpas, sus prevaricaciones, sus maldades? ¿Qué se la echa en cara? Nada... ¡Ah! no, me engaño, se me olvidaba una acusacion ya tantas veces desvanecida, y que, sin embargo, no cesa de salir á plaza. Prestadme atencion, señores, y oid el capítulo de culpas que el racionalismo anti cristiano forma contra la educacion cristiana y católica. «Vosotros, católicos (nos dice), y principalmente vosotros, sacerdotes, educais á nuestros hijos con ideas contrarias á nuestra civilizacion, y les inoculais el odio á nuestras instituciones.»

Lo de siempre: *¡Nuestra civilizacion! ¡Nuestras instituciones!* Palabras tan retumbantes como vacías de sentido; fórmulas tan fáciles de emplear como desmesuradamente comprensivas, que tienen el mérito de acusar perpetuamente sin articular jamás ningun cargo.

¡Nuestra civilizacion! ¿Cuál? ¿La industria? ¿El comercio? ¿La economía? ¿Los ferro-carriles? ¿El telégrafo eléctrico? ¿Los cañones rayados? ¿Y qué cristiano hay que rechace nada de esto? Si por civilizacion entendeis lo que nosotros, es decir, CULTURA DE LAS ALMAS, PERFECCIONAMIENTO DE LOS HOMBRES, ¿quién tiene ánsia de realizar la una y el otro, quién hace tanto para ello como la educacion cristiana? Y si, como vosotros mismos lo estais proclamando á todas horas, la civilizacion actual no es mas sino una nueva espansion de la vitalidad del cristianismo, ¿qué podeis recelar del progreso de la educacion cristiana y católica?

—Es que vosotros sois enemigos de *nuestras instituciones*—decís. ¿Qué instituciones? os pregunto. ¿La libertad? ¿La igualdad? ¿La fraternidad? ¡Desdichados! Pues ¿quién sino el cristianismo os ha esplicado la significacion de estas palabras; y quién sino él puede salvaros de que olvideis su sentido? Decidnos una vez, claramente, concretamente, cuáles son esas instituciones que detestamos y enseñamos á detestar. Esplicaos. ¿Suponeis que no se puede ser cristiano y amar nuestras instituciones? ¿ó creeis que nuestras instituciones son tales que ningun verdadero cristiano pueda amarlas? En este segundo caso, consta que vosotros sois quienes acusan á lo que llamais *instituciones modernas* de estar en oposicion flagrante con el cristianismo.

Pero si, por el contrario, sosteneis que estas instituciones son un florecimiento mas tardío, aunque real, de la sávia cristiana, ¿qué daño puede hacer, vuelvo á preguntaros, la educacion cristiana á instituciones que están animadas por el espíritu de Cristo y vivan con la vida del cristianismo? Mirad bien lo que respondeis, señores. Viviendo nos vais á los cristianos, á los católicos, en todas las regiones de este mundo de hoy, al cual decís vosotros tan gratuitamente que profesamos antipatía, no estamos encerrados en los límites de un reino ni en las fórmulas de un mapa, moramos en Francia, en España, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Europa entera, moramos en América, en Asia, en Africa, vivimos, hablamos, enseñamos bajo el imperio de todos los otros conoci-



dos, de todas las instituciones, de todos los sistemas políticos vigentes en tanta variedad de pueblos, y hombres de nuestra época en todas partes, viviendo con nuestra edad en todos los pueblos y climas, decís que somos enemigos de nuestro tiempo! . ¡Ah señores! hablemos la verdad hoy dia, lo propio que há ya diez y ocho siglos, queremos todo lo verdadero, todo lo legítimo, todo lo progresivo; en una palabra, queremos todo lo que nos hizo grandes ayer, todo lo que nos vivifica hoy, todo lo que nos haga encaminarnos mañana á nuestro comun é inmortal destino.

Y esto es lo que tratamos de lograr en la educacion de vuestros hijos, semillero y prenda del verdadero progreso del mundo; basta ya por Dios, de palabrotas huecas; basta de prevenciones, basta de ódios, basta, en fin, de acusaciones sin cargos y de repulsas sin fundamento Por lo que á mí toca, quiero terminar como empecé, y os digo. —Conozcámonos, amémonos, démonos la mano, sea la buena voluntad de todos nosotros unidos, garantía firmísima de nuestro porvenir, y proclamemos todos á una voz, con las obras mas que con las palabras, la verdad que he procurado grabar en vuestras almas á saber Que no hay progreso real para individuos ni sociedades si no se educa cristianamente á los niños.»

FIN DE LAS CONFERENCIAS DE 1861.